

EL GENERO EN LA INVESTIGACION CIENTIFICA



LECTURA
6

Programa Interdisciplinario de Estudios de Género
Universidad Centroamericana (UCA)

302.42

P-964

Programa Interdisciplinario de Estudios de Género
El Género en la Investigación Científica/Programa
Interdisciplinario de Estudios de Género.—
Managua: UCA. 1994. 74 pgs. — (Colección Alternativa.
Serie Género; No. 6)

1. MUJERES-CONDICIONES SOCIALES.
2. FEMINISMO. 3. MUJERES-CUESTIONES SOCIALES Y
MORALES. I. t.

Selección de Lecturas y Nota Introductoria:

Amalia Chamorro
Nelly Miranda
Gilma Tinoco

Edición limitada para uso de Educación Superior.

La edición de este libro fue posible gracias al apoyo financiero de la
Autoridad Noruega para el Desarrollo (NORAD) al Programa Interdis-
ciplinario de Estudios de Género de la Universidad Centroamericana.

Impreso en Imprenta UCA,
Managua, octubre, 1994

PRESENTACION

Los aportes del feminismo a la historia y filosofía de las ciencias son analizados brillantemente en un conjunto de artículos que componen esta selección de lecturas, preparadas por el Área de Estudios de Género de la Carrera de Sociología.

En el artículo titulado "Feminismo y Ciencia" **Evelin Fox Keller** estudia pormenorizadamente las críticas elaboradas por las corrientes feministas de pensamiento al postulado de la neutralidad y universalidad científicas. Demuestra que estas críticas oscilan entre una postura liberal —que señala cómo la comunidad científica está compuesta predominantemente por hombres— hasta la crítica más radical que remarca el carácter androcéntrico de las ciencias, incluyendo las llamadas exactas.

La autora considera que la inclusión del pensamiento feminista en la historia y la filosofía de las ciencias es un gran aporte, pero al mismo tiempo, encierra dos peligros políticos: el relativismo y el realismo. En el primer caso, el énfasis en la objetividad científica como un producto masculino puede engendrar una subjetividad femenina, exacerbando así lo que se quiere eliminar. En el segundo, el realismo puede llevar a considerar la perspectiva feminista única y absoluta.

El escrito "Conceptos y categorías para los estudios de la mujer", elaborado por **Grane Prada**, ofrece un glosario de términos relacionados con la epistemología y metodología no sexistas. Es un instrumento útil para quienes desean incursionar en este terreno especializado.

El mito de la necesidad de elaborar un método feminista en la ciencia es analizado por **Sandra Harding** en, ¿Existe un método feminista? La autora argumenta que en la metodología y epistemología convencionales de las ciencias sociales, el sesgo androcéntrico se ha tratado de resolver de tres maneras: a) Empleando un mayor número de mujeres en el trabajo científico; b) examinando las contribuciones de las mujeres en la vida pública y, c) estudiando a las mujeres como víctimas de la dominación masculina. Estos tres enfoques presentan varias limitaciones.

Sandra Harding propone que en la investigación feminista se empleen nuevos recursos empírico-teóricos, entre los cuales se encuentran: partir de la experiencia de las propias mujeres como un recurso para el análisis social. Ofrecer explicaciones científicas para las mujeres y finalmente, ubicar al investigador en el mismo plano crítico que el sujeto de la investigación.

El origen de la palabra género y la periodización de los estudios sobre el tema, aparecen ampliamente descritos en el trabajo de **Enrique Gomáriz**, titulado "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas."

El autor del artículo analiza la discusión actual sobre la pertinencia de crear un **episteme feminista**. Gomáriz centra su atención en la periodización del nacimiento y evolución de los estudios de género, ubicando cinco etapas fundamentales: a) la formulación del pensamiento clásico (siglo XIX); b) sufragismo y ciencias sociales (1880-1940); c) fase clásica de la reflexión fe-

minista (1940-1965); d) la reflexión del nuevo feminismo (1965-1979) y, e) la teoría de género (años ochenta). El trabajo finaliza con un balance del estado actual de la teoría social en relación con el tema de género.

La necesidad del movimiento feminista de los años sesenta de desarrollar un marco conceptual que apoyara su lucha es descrita magistralmente por **Teresita de Barbieri** en el artículo titulado "Sobre la categoría de género. Una introducción teórica-metodológica."

Después de reflexionar sobre el origen del término, la autora identifica dos momentos en la evolución de este concepto: el primero, vinculado al análisis de las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres. El segundo, referido a la creación y a la cultura producida por las mujeres. Finalmente, Barbieri señala que la investigación en materia de género se encuentra en la etapa de las proto-teorías o en el sentido "mertoniano" del término, de teorías de alcance medio. De igual forma, se analizan las repercusiones de los estudios sobre el poder, emprendidos por el post-estructuralismo y su influencia en el desarrollo de los trabajos y la metodología de investigación de género.

Esta selección de lecturas finaliza con un artículo de **Marcia Millman y Rosabeth Moss Kanter**. El escrito constituye un reto para la sociología, ya que plantea un conjunto de críticas a esta disciplina del conocimiento.

La sociología debido a la influencia del androcentrismo ha privilegiado el estudio de ciertos modelos de estructura social en detrimento de otros. Por ejemplo, el estudio de las conductas racionales y el descuido de los factores emotivos. Las autoras sugieren que: "*el análisis de modelos alternativos podría abrir nuevas áreas de examen tanto sobre hombres como mujeres.*"

Esta rama del conocimiento asume además la existencia de una realidad única, generalizando las conductas, tendencias y comportamientos de sus participantes. Este rasgo junto con el acento en el estudio de los fenómenos públicos, ha incidido en la ausencia de una dimensión de género en la mayoría de los trabajos de los investigadores sociales.

Por otra parte, la sociología ha descuidado la variable sexo y su importancia en la definición de los comportamientos colectivos. Un ejemplo claro de esto, lo constituye la rama educativa, en donde la mayor parte de los maestros son mujeres. Muchas veces la sociología es más declarativa que propositiva. Los científicos sociales, según Millman y Moss Kanter, deberían "ser conscientes del impacto que podría tener su investigación sobre la política social y sobre la legitimización de la actual situación social."

Las autoras señalan finalmente las dificultades que los investigadores masculinos enfrentan al querer estudiar determinadas situaciones que involucran a las mujeres. De igual forma, muestran que: "los preceptos y técnicas metodológicas pueden limitar la visión del investigador y producir resultados cuestionables".



FEMINISMO Y CIENCIA*

Evelin Fox Keller



* Tomado de "Feminist Theory: a critique of ideology."
Keohane, Nannerl O., ed.: Chicago, University of Chicago, 1982.



Recientemente, una serie de escritos feministas están haciendo una nueva crítica a la ciencia. Esta crítica utiliza el lente de la política feminista para enfocar ciertas distorsiones masculinas de la empresa científica, creando para nosotras las científicas, un potencial dilema.

¿Existirá algún conflicto entre nuestro compromiso con el feminismo y nuestro compromiso con la ciencia? Como feminista y científica, estoy más familiarizada de lo que desearía con el nerviosismo y defensividad que este potencial conflicto genera. Como científicas tenemos verdaderas dificultades para pensar en los puntos en discusión o las cuestiones que precisamente como feministas hemos estado levantando.

Sin embargo, estas dificultades pueden ser productivas en última instancia. Mi intención en este ensayo es explorar las implicaciones que puedan tener las críticas feministas a la ciencia para la relación que pueda haber entre la ciencia y el feminismo. ¿Será que estas críticas implican conflicto? Y si es así es, ¿Cuán necesario es ese conflicto?. Mi hipótesis es que esos elementos de la crítica feminista que más parecen estar en conflicto con, al menos, las concepciones más convencionales de la ciencia, podrían, en realidad, ser un potencial liberador para la ciencia. Por esta razón sería muy beneficioso para los científicos ponerle atención a la crítica feminista. Sugiero que hasta podríamos utilizar el pensamiento feminista para aclarar parte de la subestructura de la ciencia (que podría estar históricamente condicionada a la distorsión) con el fin de preservar las cosas que la ciencia nos ha enseñado, para poder ser más objetivos. Pero primero tendremos que revisar las distintas críticas que las feministas han articulado.

La gama de sus críticas es amplia. Aunque todas insisten en que la ciencia conlleva una fuerte parcialidad androcéntrica, el contenido que le dan a esta acusación varía muchísimo. Tal vez una forma conveniente de representar estas diferencias es la de una gama de opiniones similar a la gama política que caracteriza al feminismo en su totalidad. Yo etiqueto esta gama de derecha a izquierda, empezando en algún lugar un poco a la izquierda del centro en lo que podría llamarse la posición liberal. Desde la crítica liberal, las acusaciones de androcentrismo que emergen son relativamente fáciles de corregir.

La crítica más radical, requiere de correcciones más radicales: requiere de un reexamen de la hipótesis que

subyacen en la teoría y metodología científica para detectar la presencia del sesgo androcéntrico (o parcialidad masculina). La diferencia entre estas dos posiciones, a menudo, es oscurecida por la tendencia que tienen muchos científicos a considerar toda crítica como una sola -como el cuestionario a la neutralidad de la ciencia.

Uno de los puntos que quiere enfatizar es que la gama de significados o contenidos atribuidos al cargo de parcialidad androcéntrica, refleja diferentes niveles de retos o desafíos, algunos de los cuales hasta el más conservador de los científicos debería aceptar. Primero, en lo que yo he llamado la crítica liberal, está el cargo o acusación que en esencia es una acusación de prácticas de empleo injustas. Viene de la observación de que casi todos los científicos son hombres. Esta crítica es liberal en el sentido de que de ninguna manera contradicen ni las concepciones tradicionales de la ciencia, ni la actual corriente liberal en la política.

De hecho, esta crítica es en el fondo una crítica puramente política y una que puede ser apoyada por todos aquellos que estamos a favor de la igualdad de oportunidades para todos. Conforme a este punto de vista, la ciencia misma no sería afectada por la presencia o ausencia de mujeres. Una crítica un poco más radical toma la crítica anterior y la lleva un poco más lejos, argumentando que la preponderancia de hombres en la ciencia ha causado un sesgo androcéntrico en la escogencia y definición de los problemas a los cuales los científicos les dedican su tiempo y trabajo. Este argumento se utiliza más fácil y frecuentemente con respecto a las ciencias de la salud.

Se dice, por ejemplo, que la contracepción no ha recibido la atención científica que su importancia para la humanidad se merece y además, que la atención que ha recibido se ha abocado principalmente a desarrollar técnicas anticonceptivas para ser utilizadas por mujeres. Otra queja relacionada con lo anterior, es la externada por las feministas que argumentan que los dolores menstruales que aquejan a muchas mujeres no han sido tomados en serio por la profesión médica. Presumiblemente, si la preocupación de la ciencia médica hubiese sido articulada por mujeres este desequilibrio no se hubiese producido. Sesgos similares en ciencias más alejadas del cuerpo de la mujer son más difíciles de encontrar, sin embargo, podría, existir.

Aún así, este tipo de crítica no toca nuestra concepción de lo que es la ciencia ni nuestra confianza en la neutrali-

dad de la ciencia. Puede ser cierto que en algunas áreas hemos ignorado algunos problemas, pero nuestra definición no incluye la escogencia del problema, ésta ha sido influida siempre por las fuerzas sociales. Por lo tanto, esta crítica también pertenece al dominio liberal.

Más a la izquierda, nos encontramos con alegatos de parcialidad en el diseño e interpretación de los experimentos. Por ejemplo, se ha enseñado que virtualmente todas las investigaciones sobre el aprendizaje animal hecho en ratas han sido llevados con ratas machos. Aunque se ofrece una explicación simple —que las ratas hembras tienen un ciclo de cuatro días que complica las cosas— la crítica no es invalidada por la explicación. La suposición implícita es que las ratas macho representa a la especie. Existen muchos otros ejemplos similares en psicología. Es más difícil encontrar ejemplos en las ciencias biológicas, aunque se sospecha que deben existir.

Un área en que esta sospecha es particularmente fuerte, es en la de las investigaciones sexuales. En ellas, la influencia de preconceptos parece inevitable. de hecho, aunque la existencia de tales preconceptos ha sido bien documentada históricamente, un argumento convincente de la existencia de un prejuicio correspondiente en el diseño o interpretación de los experimentos no ha sido articulado aún. Que esto es así puede, creo yo, tomarse como prueba de la eficiencia del nivel de objetividad utilizado.

Pero es más fácil encontrar evidencia de un sesgo masculinista en la interpretación y experimentación en las ciencias más sociales. El área de la primatología es un blanco frecuente. A lo largo de los últimos quince años, las mujeres que trabajan en este campo han hecho una amplia reexaminación de los conceptos teóricos, usando esencialmente los mismos instrumentos metodológicos. Los esfuerzos han resultado en algunas formulaciones radicalmente diferentes. La gama de las diferencias frecuentemente refleja la influencia poderosa del lenguaje común en el mantenimiento de ciertos prejuicios en nuestras formulaciones teóricas. Se han realizado una gran cantidad de trabajos interesantes que analizan tales distorsiones.

Aunque yo no pueda ni siquiera empezar a hacerle justicia a tales trabajos en este ensayo, sí quiero ofrecerles un único ejemplo, la descripción de una tropa de animales con un sólo macho que nos hace Jane Lancaster, en vez del más utilizado concepto de "harem". "Para una hembra, los machos son un recurso en su medio ambiente que ella puede utilizar para garantizar su sobrevivencia y la de sus descendientes. Si las condiciones ambientales son tales que el rol del macho puede ser reducido al mínimo, el grupo será posiblemente compuesto por un sólo macho. Esto es así porque solo es necesario un macho para un grupo de hembras si su única función es la de impregnarlas."

Estas críticas que mantienen que un importante efecto sobre la teoría científica resulta de la preponderancia de hombres en el campo, casi que solo se dirigen a las ciencias "suaves" y de éstas, a las más "suaves". De esta manera las críticas todavía se pueden acomodar dentro del marco tradicional con el simple razonamiento de que estas críticas, si son válidas, sólo reflejan el hecho de que estas materias no son suficientemente científicas.

Presumiblemente, científicos con una mentalidad justa (o científica) pueden y deben unir fuerzas con las feministas para intentar identificar la presencia de sesgos androcéntricos —igualmente ofensivos, aunque por razones diferentes, tanto para las feministas como para los científicos— para poder lograr que estas ciencias "suaves" sean más rigurosas. Es mucho más difícil lidiar con la verdaderamente radical crítica que intenta encontrar sesgos androcéntricos, aún en las ciencias "duras" o "exactas" o "puras"; es más, en la ideología científica misma.

Esta gama de críticas nos saca del dominio liberal y nos obliga a cuestionarnos las propias suposiciones de objetividad y racionalidad que subyacen en cualquier empresa científica. Retar la verdad y necesidad de las conclusiones de las ciencias naturales bajo la suposición de que ellas también reflejan los juicios o criterios de cabeza. No es cierto que las conclusiones de las ciencias naturales sean verdaderas y necesarias ni que los juicios o criterios del hombre en nada las influye, lo que sí es cierto es que los criterios de las mujeres nunca las han influenciado y nada tiene que ver con ellas.

El ímpetu detrás de este movimiento radical es doble. En primer lugar, está apoyado en la experiencia de eruditas feministas en otras áreas de investigación. Repetidamente las feministas han encontrado que es necesario, cuando se trata de reinstalar a la mujer como agente y como sujeto, cuestionar los cánones de sus propios campos de estudio o investigación. Han volteado su atención al estudio de cómo operan los sesgos patriarcales en los niveles más profundos de la estructura social, y así han penetrado hasta el lenguaje y el pensamiento mismo. Pero la posibilidad de extender la crítica feminista a las bases del pensamiento científica es producto de recientes desarrollos en la historia y filosofía de la ciencia misma.

Mientras se consideró que la trayectoria del pensamiento científico la determinaba su propia lógica y necesidades empíricas, no podría haber existido ninguna autoría, masculina u otra, en ese sistema de conocimiento. Es más, cualquier sugerencia de diferencias de género en nuestra forma de pensar el mundo era razón suficiente para argüir aún más la necesidad de excluir a las mujeres de ciencia.

Pero entre más se demostraba lo inadecuado de las concepciones clásicas se la ciencia desde la perspectiva filosófica o histórica, y los historiadores y los sociólogos comenzaban a identificar las formas en que el desarrollo del conocimiento científico ha sido formado por su particular contexto político y social, nuestro entendimiento de la ciencia como un proceso social se iba desarrollando. Esta comprensión es un prerequisite necesario, tanto política como intelectualmente, para una teórica feminista en la ciencia.

Unir un pensamiento feminista a otros estudios sociales de la ciencia, nos trae la promesa de percepciones radicales nuevas, pero también le agrega el actual peligro intelectual una amenaza política. El peligro intelectual reside en ver la ciencia como un producto puramente social: así la ciencia se disuelve en ideología y la objetividad pierde su significado intrínseco. En el resultante relativismo cultural, cualquier función emancipadora de la ciencia moderna es negada y el arbitraje de la verdad se retira al campo de lo político. Esto crea la tentación en las feministas de abandonar su derecho a la representatividad en la cultura científica y en su lugar, a invitar a las mujeres a volver a una pura subjetividad femenina, dejando la racionalidad y la objetividad en el dominio de los hombres, rechazadas como productos exclusivos de la conciencia masculina. Muchos autores se han referido a los problemas creados por el relativismo total. Aquí yo sólo quiero mencionar algunos de los problemas especiales que le agregan su vertiente feminista.

Son varios. En importantes aspectos, el relativismo feminista es precisamente la clase de medidas o movimientos que convierten la gama política en un círculo. Al rechazar la objetividad como un ideal masculino, simultáneamente une su voz a un coro enemigo y condena a las mujeres a residir fuera de la real política de la cultura moderna: exacerbaba el problema que deseaba eliminar.

También anula el potencial radical de la crítica feminista para nuestro entendimiento de la ciencia. Como yo lo veo, la labor de una teórica feminista en la ciencia es doble: distinguir aquello que es parroquial de lo que es universal es el impulso científico, reclamando para las mujeres lo que históricamente les ha sido negado; y legitimar aquellos elementos de la cultura científica que han sido negados precisamente porque fueron definidos como femeninos.

Es importante reconocer que el marco teórico que invita a lo que podríamos llamar el retiro nihilista es de hecho proveído por la misma ideología de la objetividad que tanto deseamos escapar. Esta es la ideología que afirma la oposición entre la objetividad (masculina) y la subjetividad (femenina) y niega la posibilidad de mediación entre las dos.

Un primer paso, por lo tanto, en la ampliación de la crítica feminista a las bases del pensamiento científico es reconceptualizar la objetividad como un proceso dialéctico para permitir la posibilidad de distinguir entre un esfuerzo de objetividad y una ilusión de objetividad. Como bien nos dice Piaget: La objetividad consiste en concientizarse tan plenamente de la innumerables intrusiones de yo en el pensamiento cotidiano y las innumerables ilusiones que resultan ilusiones de los sentidos, del lenguaje, del punto de vista, de los valores, etc., —que el paso preliminar a todo juicio es el esfuerzo por excluir ese yo intruso.

El realismo, por el contrario, consiste en ignorar la existencia del yo y por lo tanto en considerar mi perspectiva como inmediatamente objetiva y absoluta. El realismo es por lo tanto, antropocéntrico. La ilusión, finalmente, son todas esas ilusiones que pululan en la historia de la ciencia. Mientras el pensamiento no se conscientiza de su yo, es víctima de confusiones perpetuas entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo ostensible.

En síntesis, en lugar de abandonar el esencialismo esfuerzo humano por comprender el mundo en términos racionales, necesitamos refinar ese esfuerzo. Para lograr esto, necesitamos agregar a los conocidos métodos de investigación racional y empírica, el proceso adicional de autoreflexión crítica. Siguiendo a Piaget, necesitamos conscientizarnos del yo.

De esta manera, podemos estar conscientes de los elementos del proyecto científico que desmiente su alegato de universalidad. Los ingredientes ideológicos de particular interés para las feministas se encuentran en el lugar en donde la objetividad se vincula con la autonomía y la masculinidad, y a su vez, en el lugar donde se vinculan las metas de la ciencia con el poder y la dominación.

La vinculación de la objetividad con la autonomía política ha sido examinada por muchos autores quienes han demostrado su gran variedad de importantes funciones políticas. Las implicaciones de vincular la objetividad con la masculinidad son menos comprendidas. Esta vinculación también sirve como función de crítica política.

Pero la comprensión del significado sociopolítico de toda la constelación requiere un examen de los procesos psicológicos por medio de los cuales estas vinculaciones se internalizan y perpetúan. Aquí el psicoanálisis nos ofrece una perspectiva valiosísima y es hacia la explotación de esta perspectiva que he dirigido casi todo mi trabajo. En otro ensayo, traté de demostrar como las teorías psicoanalíticas del desarrollo arrojan luz sobre la estructura y significado de un sistema interactuante de asociaciones vinculando la objetividad (un rasgo cognoscitivo) con la autonomía (un

rasgo afectivo) y la masculinidad (un rasgo de género). Es en relación a esto que, luego de un breve resumen de mis anteriores argumentos quiero explorar la relación de este sistema con el poder y la dominación.

Junto con Nancy Chodorow y Dorothy Dinnerstein, he encontrado aquella rama de la teoría psicoanalítica conocida como la teoría de las relaciones objetales muy útil. El buscar explicar el desarrollo de la personalidad en términos tanto de impulsos innatos como de nuestras reales relaciones con objetos (es decir, sujetos) tempranas experiencias —experiencias determinadas en mucho por las relaciones estructuradas socialmente que forman el contexto de nuestros procesos de desarrollo— ayudan a conformar nuestra concepción del mundo y nuestra orientación personal hacia él.

En especial, nuestros primeros pasos en el mundo son guiados por nuestras progenitoras de un sexo —nuestras madres: esto determina un marco de maduración para nuestro desarrollo emocional, cognoscitivo y de género, un marco que después será llenado por expectativas culturales.

En síntesis, yo argumentaré lo siguiente: Nuestro ambiente maternal primario, junto la definición cultural de lo masculino (aquello que nunca debe parecer femenino) y la autonomía (aquello que nunca puede ser comprometido por la dependencia) lleva a asociar lo femenino con los placeres y peligros de la unión, y a lo masculino con el confort y la sociedad de la separación. La ansiedad internacionalizada del niño sobre su yo y el género encuentra su eco en la más generalizada ansiedad cultural, lo que le alienta a asumir posiciones de autonomía y masculinidad, que pueden y posiblemente son diseñadas para defenderse contra esa ansiedad y el deseo que la genera.

Finalmente, para todos nosotros, nuestro sentido de la realidad sale de la misma matriz de desarrollo. Como lo han enfatizado Piaget y otros la capacidad para realizar distinciones cognoscitivas entre el yo y lo otro (objetividad) evoluciona de manera concurrente e interdependientemente con el desarrollo de la autonomía síquica: nuestros ideales cognoscitivos están sujetos por lo tanto, a las mismas influencias psicológicas que nuestros ideales emocionales y de género.

Junto con la autonomía, el acto mismo de separar el sujeto del objeto —la objetividad misma— se asocia a la masculinidad. Las presiones lógicas y culturales así combinadas, llevan a los tres ideales —el afectivo, el género y el cognitivo— a reforzarse mutuamente en un proceso de exageración y rigidización. El resultado es el atrinchamiento de la ideología objetivista y su correlativa devaluación de la subjetividad (femenina).

Este análisis deja por fuera muchas cosas. Por sobre todo omite la discusión del significado psicológico del poder y la dominación, y es a ese significado que quiero referirme ahora. Central a la teoría de las relaciones objetales, está el reconocimiento de que la condición de autonomía síquica es de doble filo: ofrece una profunda fuente de placer y simultáneamente potencia el terror. Los valores de la autonomía son consonantes con los valores de la competencia, de la maestría sobre algo y de la destreza. Por cierto que la competencia es una condición a priori para la autonomía y sirve para confirmar nuestro sentido del yo.

Pero, ¿Será necesario que el desarrollo de la competencia (en el sentido de ser competente en algo) y el sentido de la maestría o destreza (en el sentido de la habilidad en ejecutar alguna cosa) lleven inexorablemente a un estado de alineación ensimismada, de negación de la conectividad (la autora usa esta palabra en el sentido de estar en comunión o comunicación estrecha con otra persona), de separación defensiva? ¿Será que el desarrollo de estos sentidos de competencia y destreza o maestría sobre algo llevan a formas de autonomía que pueden ser vistas como barreras contra el miedo? La teoría de las relaciones objetales nos sensibiliza a la gama de significados de autonomía: simultáneamente nos sugiere la necesidad de tomar en cuenta los correspondientes significados de la competencia. ¿Bajo que circunstancias implica la competencia, maestría sobre nuestro propio destino y bajo que otras circunstancias implica maestría sobre el destino de otro?

En síntesis, ¿Son el control y la dominación ingredientes esenciales para la competencia e intrínsecos al ser, o son corolarios de un ser alienado? Una manera de contestar estas preguntas es usando la lógica del análisis sintetizado arriba y examinar el traslado de la competencia al poder y control de la economía síquica de un niño pequeño. Desde ese análisis, el impulso hacia la dominación puede ser entendido como un natural concomitante de la separación defensiva —como lo ha dicho Jessica Benjamín, “Una manera de repudiar la semejanza, dependencia e intimidad con otra persona, mientras tanto de evadir el consecuente sentimiento de soledad”.

Talvez nadie haya escrito tan sensitivamente como el psicoanalista D. W. Winnicott sobre las turbulentas aguas en las que tienen que viajar el niño cuando está negociando la transición de una unión simbiótica hacia el reconocimiento de su ser y otros entes autónomos. El nos señala un peligro que otros no han visto —el peligro que viene de la fantasía inconsciente de que el sujeto ha destruido al objeto en el proceso de la separación.

Verdaderamente, nos dice, “Es la destrucción del objeto que lo pone fuera del área de control. Después de el suje-

to logra relacionarse objetivamente, viene el sujeto destruye al objeto. Pero puede o puede que no sobreviva". Cuando hay sobrevivencia "debido a la sobrevivencia del objeto, el sujeto puede ahora empezar a vivir una vida en el mundo de objetos, y así el sujeto logra enormes ganancias: pero el precio que debe ser pagado es la aceptación de la subsiguiente destrucción de la fantasía inconsciente relativa a las relaciones objetales".

Winnicott, por supuesto, no está hablando de una sobrevivencia literal sino de una confianza subjetiva en la sobrevivencia del otro.

En este sentido, la sobrevivencia requiere que el niño pueda mantener la posibilidad de vivir en relación: el fracaso lleva inevitablemente a sentimientos de culpa y temor. El niño está frente a un precipicio que le causa pavor. De un lado está el miedo de haber destruido al objeto y en el otro está la pérdida del yo. El niño puede tratar de asegurarse en esta precaria situación, dominando la otra.

El ciclo de destrucción y sobrevivencia son reejecutadas mientras el otro es mantenimiento a una distancia segura y, como dice Benjamín, "la auto-afirmación original es transformada, de una inocente maestría a una maestría sobre y contra el otro." En términos sicodinámicos, esta particular forma de resolución del conflicto preedipal es un producto de la consolidación edipal. El niño (varón) logra esto y encuentra la seguridad identificándose con el padre —una identificación que implica simultáneamente la negación de la madre y la transformación de la culpa y el temor en agresividad.

La agresión, por supuesto, tiene muchos significados, muchas fuentes y muchas formas de expresión. Con ello estoy haciendo referencia solamente a la forma que subyace detrás del impulso hacia la dominación: Hago uso de la teoría sicoanalítica para ayudarme a ilustrar las formas de expresión que ese impulso encuentra en la ciencia como un todo y su relación con la objetivización en lo particular. Las mismas preguntas que hice sobre el niño puedo hacerlas sobre la ciencia. ¿Bajo qué circunstancias se busca el conocimiento científico?. ¿Bajo que otras se busca por el incremento en nuestra competencia o por el incremento de la maestría (real o imaginaria) sobre nuestro propio destino? ¿Bajo que circunstancias es justo decir que la ciencia busca dominar la naturaleza? ¿Existe alguna distinción importante que deba hacerse en este sentido?. En su trabajo "La Dominación de la Naturaleza", William Leiss observa, "la necesaria correlación de la dominación es la consciencia de la subordinación de aquellos que deben obedecer la voluntad de otros; así, sólo otros hombres pueden ser los objetos de dominación". (o mujeres podríamos agregar) Leiss infiere de esta observación que no es posible dominar la natura-

leza física pero que en todo caso no es eso lo que nos debe preocupar, sino el uso de nuestro conocimiento de la naturaleza física como un instrumento para la dominación de la naturaleza humana

Por eso él cree en la necesidad de correctivos, no en la ciencia pero sí en sus usos. Este es su punto de divergencia con otros autores de la Escuela de Frankfurt, quienes asumen que la misma lógica de la ciencia es la lógica de la dominación. Conuerdo con la observación básica de Leiss pero saco algunas inferencias un poco distintas. Sugiero que el impulso hacia la dominación no encuentra su expresión en las metas u objetivos (y hasta en las teorías y prácticas) de la ciencia moderna y considero que en donde sí encuentre una tal expresión el impulso debe ser reconocido como una proyección.

En síntesis, considero que no sólo en la negación de la interacción entre el sujeto y el otro pero también en la introducción de la necesidad de dominación en las metas y objetivos del conocimiento humano, se encuentra la intrusión de un ser que empezamos a reconocer como partícipe de la construcción cultural de la masculinidad. El valor de la conciencia es que nos permite escoger —tanto como individuos como científicos. El control y la dominación no son intrínsecos ni al ser (es decir, a la autonomía) ni al conocimiento científico. Quisiera sugerir, por el contrario, que el énfasis que la ciencia occidental ha puesto sobre estas funciones del conocimiento es igual al ideal objetivista. El conocimiento en general, y el científico en particular, sirven a dos dioses: el poder y la trascendencia. Aspira alternativamente dominar la naturaleza y a sentirse uno con ella. La sexualidad sirve a estos mismos dioses, aspirando a al dominación y a la comunión estática — es decir, agresión y eros.

Y, no podemos decir que estamos percibiendo las cosas de una manera nueva cuando se afirma que el poder, el control y la dominación reciben su energía principalmente de la agresión, mientras que la unión satisface un impulso puramente erótico. Ver en el énfasis en el poder y el control, tan prevalecientes en la teórica de la ciencia occidental, una proyección de una conciencia específicamente masculina, no requiere una gran imaginación.

Por cierto que esa percepción ya es un lugar común. Por sobre todo, se llega a ella por la retórica que conjuga la dominación de la naturaleza con una imagen insistente de la naturaleza como femenina, como lo mantenía Francis Bacon en sus escritos. Para Bacon, el conocimiento y el poder son un solo, y la promesa de la ciencia es expresar como "llevando la Naturaleza con todos sus hijos hacia nosotros para amarrarla a nuestro servicio y hacerla nuestra esclava..." Por medios que no "solamente funcionar como una guía benévola sobre el curso de la naturaleza; pues tiene el

poder de conquistar y sojuzgarla, y extremeserla hasta sus propias basas". En el contexto de la visión de Bacon, la conclusión de Bruno Bettelheim parece ineludible: "Solamente con la sicología fálica se hizo posible la manipulación agresiva de la naturaleza."

La visión de la ciencia como un proyecto edípico se estructura también en los escritos de Herbert Marcuse y de Normas O. Brown. Pero la preocupación de Brown, tanto como la de Marcuse, es con lo que Brown denomina, una ciencia "morbida". Conforme a esto, para ambos autores la búsqueda de una ciencia no mórbida, una ciencia "erótica" es una búsqueda romántica. Esto es así porque su visión de la ciencia es incompleta: omite de su consideración el crucial, aunque menos vistoso, componente erótico ya presente en la tradición científica. Nuestra propia búsqueda, si va a ser realista en vez de romántica, debe basarse en una comprensión más profunda de la tradición científica, en todas sus dimensiones y sobre sus dimensiones y de las maneras en que esta tradición dialéctica y compleja se transforma en una retórica monolítica.

Ni el niño edípico, ni nuestra ciencia moderna han logrado liberarse de sus anhelos preedipales y fundamentalmente bisexuales. Es con este reconocimiento que la búsqueda de una ciencia diferente, una ciencia no distorsionada por la parcialidad masculina, debe iniciarse. La presencia de temas contrastantes, de una dialéctica entre los impulsos agresivos y eróticos, puede encontrarse tanto en los escritos de científicos vistos individualmente, como en la yuxtaposición de los escritos de varios científicos. Francis Bacon nos muestra un modelo de lo anterior: hay muchos otros. Consideramos la siguiente recomendación típicamente contrastante hecha por el científico quien insiste en la importancia de "dejar que el material le hable a usted" que lo deje "decirle cuál es el siguiente paso" -el mismo científico que critica a otros por tratar de "imponer la respuesta" en lo que ven.

Para este científico, el descubrimiento se facilita si el científico se convierte en "parte del sistema" en vez de mantenerse afuera, el científico debe tener "sentimiento hacia el organismo". Es cierto que el autor de estas afirmaciones es de otra época y de otro campo (Bacon mismo no era un científico en el tradicional sentido de la palabra) sino que, además era una mujer. También es cierto que hay muchas razones, algunas de las cuales ya he mencionado, para pensar que el género (el mismo también construido en un contexto ideológico) si hace una diferencia en la investigación científica. Sin embargo, mi punto es que ni la ciencia ni los individuos están totalmente amarrados por la ideología. De hecho, no es difícil encontrar sentimientos similares expresados por científicos varones.

Consideramos, por ejemplo, las siguientes afirmaciones: "Frecuentemente he tenido la sensación de que mis manos son más inteligentes que mi cabeza". Esta es una manera de caracterizar la dialéctica de la experimentación. Cuando todo va bien, es como "una tranquila conversación con la naturaleza.". La diferencia entre concepciones de la ciencia que implican "una conversación con ella," no son necesariamente diferencias debido a distintas épocas o distintos sexos.

En vez, puede verse como la representación de los dos temas que deben ser trabajados por todo científico de todos los tiempos. Pero los dos polos de esta dialéctica no aparecen con igual fuerza en la historia de la ciencia. Por lo tanto, a lo que debemos poner atención es al proceso evolutivo que escoge a un tema como el dominante. En otro lugar he explicado la importancia de encontrar otro proceso de selección. En parte, los mismos científicos son seleccionados por su atracción a una particular (y estereotipada) imagen de la ciencia.

Estoy tratando de explicar la importancia de la selección dentro del pensamiento científico —primero que la selección de las metodologías y metas preferidas y finalmente de la selección de las teorías preferidas. Los dos procesos están relacionados. Aunque los estereotipos no son ineludibles (no describen a todos y talvez a ningún individuo) lo cierto es que el primer proceso de selección influye indudablemente en el segundo. Es decir, los individuos que se sienten atraídos por una particular ideología, tenderán a seleccionar los temas que sean consistentes con esa ideología.

Un ejemplo en el cual este proceso es desarrollado a nivel teórico es en el destino de las teorías interaccionistas en la historia de la biología. Consideramos por ejemplo, la contienda que se ha dado entre las visiones organísticas (la visión del organismo como un todo) o particulísticas (la visión que estudia cada partícula aisladamente) de la organización celular —entre lo que puede ser descrito como la disputa entre las teorías jerárquicas y las no jerárquicas.

Sea o no el debate sobre la primacía del núcleo o de la célula como un todo, los proponentes de la jerarquía han ganado. Un geneticista describe este conflicto en términos explícitamente políticos: Dos conceptos sobre los mecanismos genéticos han persistido simultáneamente a lo largo del desarrollo de la genética moderna, pero el énfasis ha sido muy fuerte a favor de uno de ellos... El primero lo llamaremos el concepto "Molécula en Jefe". Este es en esencia la Teoría del Gen, interpretada de manera que surge un gobierno totalitario. Al segundo concepto lo denominaremos el de "Estado Estable". Por este término entendemos una organización dinámica que se perpetúa a sí misma con

una variedad de especie moleculares que deben sus propiedades específicas no a las características de una molécula en especial, sino a las interrelaciones funcionales de todas estas especies moleculares.”

Poco después de que estas afirmaciones fueron articuladas, el debate entre “moléculas en Jefe”, y la interacción dinámica fue cerrado con una síntesis proveída por el DNA y el “dogma central”. Con el éxito de la nueva biología molecular, las teorías igualitarias del “estado estable” perdieron interés para casi todos los geneticistas. Pero hoy en día, el mismo conflicto parece estar renaciendo de nuevo — en la genética, en las teorías sobre el sistema inmunitológico y en las teorías del desarrollo. Quisiera sugerir qué método y teoría podrían constituir una continuidad natural a pesar de lo que diga Popper y que el mismo proceso de selección puede estar igual y simultáneamente tanto en los medios y metas de la ciencia como en las descripciones teóricas que emergen. Sugiero esto en parte debido a la recurrente y consonante manera en que trabajan los científicos, las relaciones que establecen con su objeto de estudio, y las orientaciones teóricas que prefieren.

Para seguir con el ejemplo citado anteriormente, la misma científica que se permitió a ella misma convertirse en “parte del sistema”, cuyas investigaciones fueron guiadas por su “sentir por el organismo”, desarrolló un paradigma que se diferenció tan radicalmente del paradigma dominante de su campo tanto como su estilo metodológico se diferenciaba del tradicional. En lugar de la jerarquía lineal descrita por el dogma central de la biología moderna en que el DNA descodifica y transmite todas las instrucciones para el desarrollo de una célula viviente, su investigación dio como resultado una visión del DNA en una delicada interacción con el ambiente celular —es decir, una visión organísmica (en el sentido de ver al organismo como un todo sin darle

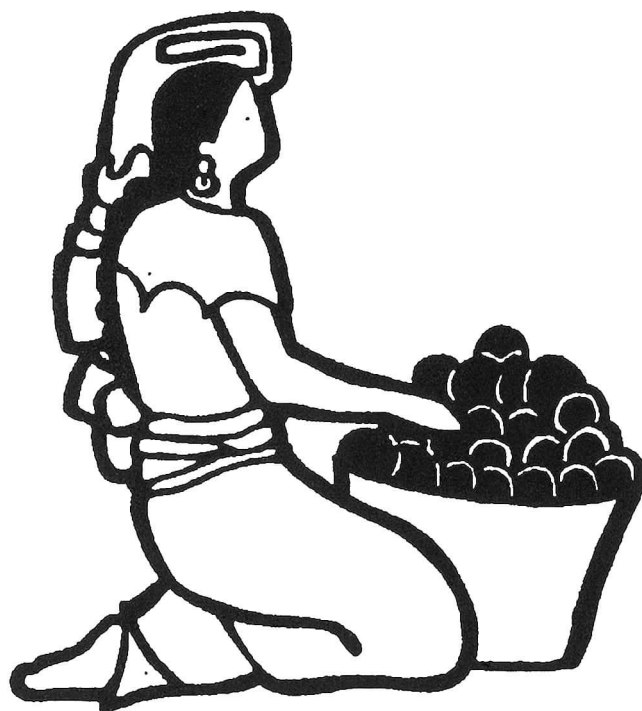
mayor importancia a ninguna de sus componentes). Más importante que el gen en sí, es el organismo en su totalidad.

En su manera de verlo, el gene funciona “solo con respecto al ambiente en que se encuentra”. En esta investigación, el programa que el DNA descodifica es también sujeto a cambio. Ya no encuentra un control principal en sólo uno de los componentes de una célula, sino que el control reside en las complejas interacciones de todo el sistema. Cuando primero fue presentada, la investigación que fundamenta esta visión no fue comprendida ni bien recibida. Hoy día gran parte de ese trabajo está sufriendo un renacimiento, aunque es importante señalar que la mayoría de los biólogos consideran que la visión total de esta científica es demasiado radical como para aceptarla. Este ejemplo nos sugiere que no necesitamos recurrir a nuestra imaginación para lograr una visión de una ciencia diferente —una ciencia menos limitada por la necesidad de dominación.

Más bien, solo tenemos que buscar en el pluralismo temático de la evolución de la ciencia en la historia de nuestra propia ciencia. Muchos otros ejemplos pueden ser encontrados, pero nos falta una adecuada comprensión de la amplia gama de influencias que llevan a la aceptación o rechazo no sólo de una determinada teoría, sino también de las diferentes orientaciones teóricas. Lo que estoy sugiriendo es que si ciertas interpretaciones teóricas han sido seleccionadas, es precisamente en este proceso de selección en donde podemos encontrar la influencia que ejerce la ideología, y en particular, la ideología masculina o androcéntrica. Esto implica que la primera labor de una crítica radical feminista de la ciencia es una investigación histórica pero finalmente transformadora. En ese esfuerzo histórico, las feministas pueden aportar por toda una nueva gama de sensibilidades que llevarán a una correspondiente nueva conciencia de las potenciales latentes en el proyecto científico.

CONCEPTOS Y CATEGORIAS PARA LOS ESTUDIOS DE LA MUJER

*MSC. Grane Prada O.**



* En. Gurdian A. y Sharratt, S. (comps) 1990.
Compendio bibliográfico para el curso de post-grado:
Investigación Epistemológica y Metodología no sexista.
Guatemala: Universidad de San Carlos. Proyecto
CSUCAI-Unifem.

Sexo:

Diferencias biológica entre macho y hembra.

Género:

Designa la identidad del hombre y de la mujer como determinada por condiciones sociales que explican las relaciones establecidas entre ambos. (Citada por Hartman 19-20). Ana Sojo, 53.

El sexo en cuanto a hecho natural, se transforma en hecho social a través de lo que podemos llamar un sistema de género/sexo. El género es la forma social que adquiere cada sexo una vez que recibe connotaciones específicas en término de valores y normas. Así ser mujer implica sensibilidad, ternura, mientras ser hombre implica racionalidad y agresividad. Las mujeres se ocupan de la esfera de lo privado y los hombres de los asuntos públicos. (Nueva Sociedad, Julio/Agosto 1985,84).

ANDROCENTRISMO:

Corriente del pensamiento que exalta la figura del hombre y sus valores, imponiendo la supremacía del macho en la sociedad.

DISCRIMINACION:

Trato desigual. Relación diferenciada de una y otra persona en la sociedad.

SUBORDINACION:

Sujección, dependencia.

Subordinar:

Sujetar a personas o cosas a la dependencia de otras. Clasificar como inferiores en cuanto a importancia oposición jerárquica.

Subordinación de la mujer:

Sometimiento de la mujer al control y la dependencia del macho o de las estructuras patriarcales. Pérdida del control de la mujer sobre diversos aspectos de su vida tales

como: su sexualidad, su capacidad reproductiva, su capacidad de trabajo.

CULTURA:

Conjuntos de productos y creaciones materiales y símbolos manifestados en valores, costumbres, expresiones, creencias y conductas. Resultado de la inventiva individual así como la experiencia colectiva en cuya gestación participan las más elevadas creaciones del genio individual, como la rica y permanente contribución de las comunidades étnicas y los diversos grupos y clases sociales.

PATRIARCADO:

En tanto este es concepto altamente polémico, presentamos varias definiciones.

Conjunto de relaciones sociales de la reproducción humana que se estructuran de modo tal que las relaciones entre los sexos son relaciones de dominación y subordinación. (Teoría feminista), selección de textos. Ediciones CIPAF, República Dominicana, 1984.

*Sistema familia y social ideológico y político en el cual los varones por medio de la fuerza, la presión directa, los rituales, la tradición, la ley, el lenguaje, las costumbres, la educación y especialmente la división del trabajo determinan cuál es o no el papel que las mujeres deben interpretar a fin de mantenerlas siempre sometidas a la autoridad del varón. "Mujer, Realidad Religiosa y Comunicación, EDUCAR, 1988. Citado por este trabajo de Cora, tomada de Sau Victoria, un diccionario ideológico feminista. ICARIA. Barcelona, 1981, pp. 205-207).

SISTEMA PATRIARCAL:

Es un sistema, una forma de organización entre los sexos que legitimada material e ideológicamente, confiere al hombre poder sobre la mujer, de donde se derivan sus privilegios sobre las mujeres. Este sistema se sustenta en una rígida división sexual de roles que asigna a mujeres y hombres tareas diferentes en la familia y la sociedad. Tareas que son valoradas en forma diferente en desmedro de la mujer.

Dos instituciones patriarcales por excelencia son la familia y la ideología patriarcal.

IDEOLOGIA PATRIARCAL:

El elemento más importante de la ideología patriarcal es que hay una jerarquía entre los sexos. El origen de ésta ha sido explicado de diferentes maneras. Casi todas las religiones surgieron que ésta jerarquía es de origen divino, lo que aparece en cantidad de mito sobre la creación de hombres y mujeres. La jerarquía de sexos aparece prácticamente en todo el pensamiento filosófico y científico, (por ejemplo la teoría del siglo XIX, sobre la diferencia de peso del cerebro de la mujer con respecto al hombre. El lenguaje es buena muestra de esta ideología. La concepción del mundo que nos formamos está siempre predominante en masculino. La humanidad se confunde con los hombres, de modo de que todo lo que es humano necesariamente es masculino. (Teoría Feminista. p. 57). Ediciones CIPAF, 1984.

IDEOLOGIA:

Sistema de representaciones y creencias de carácter mítico que segregan las sociedades en cuya base hay explotación con la finalidad de ocultar, disimular y preservar las relaciones de poder de la sociedad.

La ideología tiene por función encubrir la explotación (Ludovico Silva) y no sólo encubrirlas sino también legitimarlas y validarlas, haciéndolas pasar por naturales y justas.

Sistema de representaciones, creencias y valores que son impuestos de modo no consciente al hombre, al entrar en las relaciones de producción social y que funcionan en él como fetiches, como ídolos, no como ideas (Ludovico Silva).

MATRIARCADO:

Sistema social en que predomina la autoridad de la madre. Sin embargo ella no participa en la toma de decisiones importantes ni tiene puestos importantes en las estructuras de poder

MACHISMO:

Para algunos autores el machismo: "una serie de conductas, actitudes y valores que se caracterizan fundamentalmente por una autosuficiencia sistemática y reiterada de las masculinidades; o como una actitud propia del hombre que abriga serias dudas sobre su virilidad... o como la exaltación de la condición masculina mediante conductas que exaltan la virilidad, la violencia, la ostentación de la potencia sexual, de la capacidad de ingerir alcohol o para responder violentamente a la agresión del otro; en suma el machismo es la expresión de la magnificación de lo masculino en menoscabo de la constitución, la personalidad y la esencia femenina; la exaltación de la superioridad física, de la fuerza bruta y la legitimación de un estereotipo que recrea y re-

produce injustas relaciones de poder". (Revista Nueva Sociedad. No. 78/41. "Machismo y Violencia". Lugo Carmen. San José, Costa Rica, julio, agosto de 1985.

FEMINISMO:

Movimiento social y político que surge a finales del siglo XVIII, momento en que las mujeres como grupo colectivo humano toman conciencia de la dominación y explotación de que han sido objeto en la sociedad patriarcal. El feminismo lucha por igual entre varones y mujeres.

Los orígenes del feminismo se remontan a la Revolución Francesa, la cual por su carácter patriarcal y burgués, no incluyó a las mujeres ni satisfizo sus demandas, como el derecho a la instrucción y/o un empleo que les permita evitar la prostitución y dar mejor educación a sus hijos.

En el siglo XIX surgen dentro del feminismo dos corrientes una de ellas, el sufragismo de orientación burguesa, luchaba por la obtención del voto para la mujer y otra de las mujeres trabajadoras que decidieron organizarse e nivel de partidos y sindicatos para dar luchas concretas.

En los años 60 del siglo XX en los países centrales, motivado por las contradicciones que sufren las mujeres en sus roles familiares y laborales, su marginación de la cultura y de la política. Este hecho lleva a la organización de las mujeres en forma autónoma y hace que la izquierda europea y norteamericana revise críticamente sus posiciones ortodoxas sobre la situación de las mujeres en la llamada "Cuestión femenina". El feminismo es un fenómeno histórico complejo y profundo que se caracteriza por tener diferentes enfoques y prácticas, lo cual constituye hoy día su mayor riqueza. En la década de los 70, el movimiento feminista se representa como un conjunto de diversos grupos de variadas tendencias ideológicas y distintas concepciones teóricas. Las principales corrientes del feminismo son:

- Feminismo liberal o burgués
- Feminismo sufragista
- Feminismo cultural
- Feminismo socialista
- Feminismo radical

SUFRAGISMO:

Forma de feminismo liberal que se concreto a la lucha por el derecho del voto como medio de solución a los problemas de la mujer. Se extendió desde la Revolución Francesa hasta la I Guerra Mundial. Puso en evidencia la capacidad de lucha y la inteligencia de las mujeres. (Cora Ferro y Ana Quirós, Mujer, Realidad religiosa y Comunicación, Educa, 1988).

FEMINIDAD:

Comportamiento de carácter social que se le atribuye a la mujer desde niña;

Características de Feminidad:

- suave
- dulce
- sentimental
- intuitiva
- impulsiva
- atolondrada
- superficial
- frágil
- sumisa
- dependiente
- tímida-cobarde
- recatada-prudente
- materna
- voluble-incensata
- seductora-conquistadora
- bonita
- puede llorar
- insegura
- pasiva
- sacrificada
- abnegada
- envidiosa
- rajona

Moral Sexual:

- Monógama
- Virgen
- Fiel

Existencia Social

de la casa

Psiquiatría:

masoquista

histérica

VIRGINIDAD:

Comportamiento de condicionamiento social que se impone al hombre desde su infancia.

Características de virilidad:

- Duro rudo
- frío
- intelectual
- racional
- planificado
- profundo
- fuerte
- dominante
- independiente
- valiente-protector
- agresivo
- audaz
- paternal
- sombrío
- estable
- conquistador
- feo
- hombres no lloran
- seguro
- activo

MORAL SEXUAL

polígamo

experto

infiel

EXISTENCIA SOCIAL

del mundo

Psiquiatría

sádico

obsesivo

Ideología de la opresión. Hombre-mujer-Mitología de la feminidad, Cristina Portocarero, Documento del Centro de la Mujer Peruana, Lima, Perú, 1973.

TRABAJO:

Etimológicamente la palabra "trabajo" proviene del latín "tripaliare" que significa "torturar"; el trabajo es la aplicación de un esfuerzo mental ó corporal para obtener un fin determinado". Con relación al trabajo de la mujer lo podemos definir como: labor, faena, obra y tarea.

Es el proceso de aplicación productiva de la fuerza de trabajo.

Labor: Se atribuye a toda la actividad de las mujeres.

Faena: Se refiere al trabajo físico de la trabajadora doméstica contratada por hora.

Obra: Se refiere al trabajo físico remunerado.

Tarea: Cualquier tipo de trabajo que se hace en un tiempo limitado.

Quehaceres y Obligaciones: Estos se aplican solamente a las mujeres, porque destacan el aspecto impulsivo sobre el aspecto del intercambio.

TRABAJO DOMESTICO:

Resulta difícil el trabajo doméstico. En un nivel general correspondiente al "conjunto de actividades de mantenimiento requeridas para producir diariamente la fuerza de trabajo, lo cual comprende la transformación de bienes de valores de uso para el consumo. En todas las sociedades el de trabajo doméstico se distingue del no doméstico y es considerado predominantemente de la mujer. Sin embargo, la definición en concreto de las formas que asume el trabajo doméstico es muy heterogénea y varía según las condiciones culturales, ecológicas y regionales, el grado de desarrollo y de modernización, y depende de las clases sociales de las que se trate y muy definitivamente de la conceptualización ideológica que se postule acerca del rol de la mujer-madre-esposa-dueña de la casa.

FUERZA DE TRABAJO:

Es la capacidad productiva: el conjunto combinado o concurrencia de energía física y psíquica humanas capaces de imprimir movimiento a los objetos de trabajo y los medios de trabajo.

Objetos de trabajo:

Son las cosas o recursos materiales que reciben la acción formativa o transformativa de la fuerza de trabajo durante el proceso de trabajo. Son las materias primas, los materiales, la tierra y otras riquezas provenientes de la naturaleza que cuando reciban la acción de la fuerza de trabajo se

convertirán en bienes no destinados a consumirse, sino a emplearse en un proceso productivo posterior.

MEDIOS DE TRABAJO:

Son los objetos de trabajo, convertidos en herramientas, máquinas, instalaciones, energías humanas, combustibles, lubricantes, tierra roturada, abonos, etc. que sirven de instrumento o vehículo: de palanca o de auxiliares técnicos para transmitir o multiplicar la eficiencia transformativa de la fuerza de trabajo

FUERZAS PRODUCTIVAS:

Es la unidad dialéctica de los objetos y medios de trabajo, cuya unidad radica en la práctica del trabajo, las fuerzas productivas expresan el vínculo objetivo y práctico entre trabajadores y medios de producción y las relaciones entre los componentes de cada uno de estos elementos fundamentales.

PRODUCCION DE SUBSISTENCIA COMO CONCEPTO:

La producción de subsistencia (P.d.s.) es la base general de la existencia social. Es la producción elemental para la sobrevivencia. Es la forma originaria de todo trabajo subsecuente.

La producción de subsistencia significa todo tipo de trabajo directo necesario para la producción y reproducción de la vida humana misma, o sea, incluye desde parir y criar las nuevas generaciones, preocuparse de la comida, la vestimenta y la vivienda en general, trabajo de mujeres-hasta la producción de los pequeños agricultores (hombres y mujeres) destinada al consumo propio.

La producción de subsistencia tiene como objetivo la producción de valores de uso para el consumo directo por parte de sus productores y demás miembros del hogar su motivación es la mantención de la vida humana.

La producción de subsistencia es la condicionante del trabajo asalariado capitalista, ya que ella es la que genera, educa y regenera fuerza de trabajo para la acumulación capitalista, la que genera la reproducción de la fuerza de trabajo en situación de cesante y la que, en definitiva, subvenciona la reproducción de trabajadores asalariados ocupados, por medio de servicios y producción material.¹

1. PRODUCCION DE SUBSISTENCIA Y HABITAT: Hacia una desmitificación del "sector informal"

UNIDAD DOMESTICA:

Es una unidad de producción y consumo con el fin de reproducción. Es un grupo corporativo para la producción de los ingresos (de fuentes variadas) del hogar y la defensa de la vida.

Es una compleja forma de organización social, que se caracteriza tanto por la desigualdad de sus miembros como por el comportamiento solidario de éstos. La membrecía tiene un carácter coercitivo por razones económicas.

La unidad doméstica no es (simple) igual a la familia; generalmente es una unidad de parentesco, a la que pueden incorporarse otros miembros no parientes.

Zschaebitz, Ulrike (1987)².

Hábitat: El hábitat en el medio físico y social de personas agrupadas en unidades domésticas; es el espacio vital habitable de ellas.

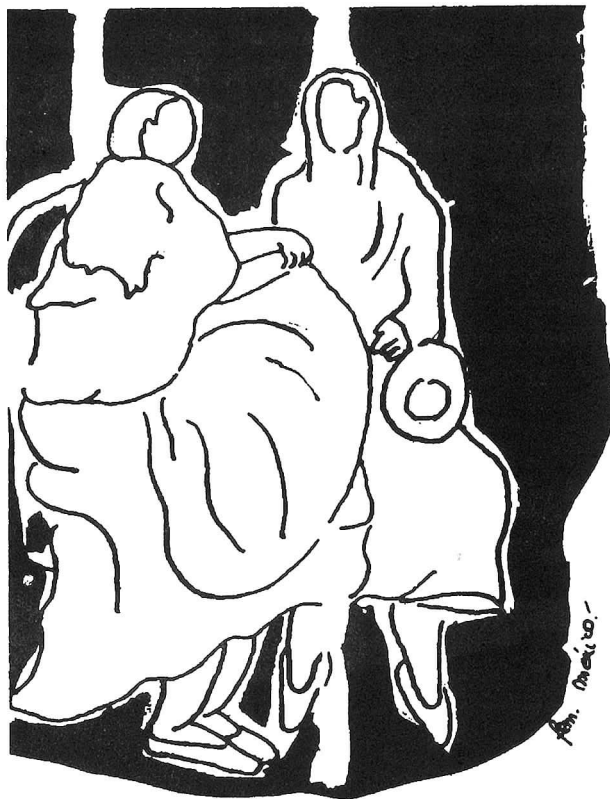
El concepto de hábitat incluye la vivienda, la infraestructura (agua, canalización, electricidad) el equipamiento y los servicios (instalaciones de salud pública, de educación mercados, casa comunal, transporte público, recolección) (recreación, esparcimiento, etc.) y los puestos/centros de trabajo (sobre todo de tipo "formal"); incluye desde luego los moradores, organizados o no en grupos de base, y las estructuras administradoras y políticos que determinan el hábitat por parte del Estado, del sistema. En este concepto del hábitat están incluidas por último su producción y reproducción, su planificación y conformación física.

Zschiaesbits, Ulrike (1987)...(Ver cita anterior de la misma autora).

2. En: Harms. Hans / Zschaebitz. Ulrike (Eds). Renovación urbana y vivienda popular en áreas metropolitanas de América Latina. Informe de las jornadas internacionales. Universidad Técnica de Hamburgo, 12 al 17 de febrero de 1985. ABIII. FSP6-Tum, Volúmen 3 (Teoría) Tomo 24 III. mayo 1987, pág. 407, 439.

¿ EXISTE UN METODO FEMINISTA?*

Sandra Harding



* Tomado de Introducción al libro "Feminist and Methodology."
Indiana University Press. 1987. Editad by Sandra Harding

I. INTRODUCCION

En las últimas dos décadas las investigadoras feministas han planteado retos fundamentales a las formas en como las ciencias sociales han analizado a las mujeres, a los hombres y la vida social. Desde el principio, los tópicos sobre el método, metodología y epistemología han estado entrelazados con discusiones sobre cual es la mejor forma de corregir los resultados parciales y distorsionados en los análisis tradicionales. ¿Existe un método de investigación feminista particular? ¿De qué manera la metodología feminista cuestiona o complementa las metodologías tradicionales? ¿Sobre que bases defendería uno de los preceptos y procedimientos de los investigadores feministas? Preguntas como estas han generado importantes controversias dentro de la política y teoría feminista, así como curiosidad y participación dentro del discurso tradicional.

La pregunta que con as frecuencia se hace es la primera: ¿Existe un método de investigación feminista distinto?. Sin embargo, ha sido difícil tener una idea clara del tipo de respuestas que buscamos a esta pregunta. Mi objetivo aquí es argumentar en contra de la idea de un método de investigación feminista distinto. Lo hago con base en que la preocupación sobre el método mistifica los aspectos más interesantes de los procesos de investigación feminista. Más aún, creo que es realmente una preocupación diferente la que motiva y se expresa a través de la mayor parte de las formulaciones sobre el asunto del método: ¿Qué es lo que hace tan poderosas a algunas de las investigaciones más influyentes de inspiración feminista en las ciencias sociales y biológicas en los últimos años? Primero trataré de desenredar algunos de los asuntos relativos al método, a la metodología y a la epistemología. Después trataré de repasar brevemente (o de introducir, dependiendo del lector) los problemas de aquella forma de pensar que pretende que "adicionar mujeres" a los análisis existentes de las ciencias sociales es todo lo que se debe hacer en respuesta a las críticas feministas. Finalmente, llamaré la atención hacia tres características particulares de aquellos análisis feministas que van más allá de los enfoques aditivos. Trataré de demostrar por qué no debemos pensar en éstos como métodos de investigación, aunque claramente tienen implicaciones significativas para nuestra evaluación de los métodos de investigación.

Método, metodología, epistemología

Una de las razones por las cuáles es difícil encontrar respuesta satisfactorias a preguntas relativas a un método feminista distintivo es que el debate sobre el método (técnicas para la recolección de la evidencia) y sobre metodología (una teoría y análisis de como debe proceder la investigación) han estado interrelacionadas una con otra así como con tópicos de epistemología (tópicos sobre una teoría adecuada del conocimiento o una estrategia de justificación) tanto en el discurso tradicional como en el feminista. Este planteamiento es complejo y debemos identificar sus componentes. Pero el punto aquí es simplemente que el "método" con frecuencia se usa para referirse a todos los tres aspectos de la investigación. Consecuentemente, no está claro qué se supone que uno tiene que buscar cuando trata de identificar un "método de investigación feminista" disitintivo. Esta falta de claridad permite que los críticos eviten enfrentar que es distintivo en la mejor investigación social feminista. También hace más difícil reconocer lo que debe hacerse para avanzar dentro de la investigación feminista.

Un método de investigación es una técnica (o una forma de proceder) para recolectar evidencia. Uno podría argumentar razonablemente que todas las técnicas de recolección de evidencia caen dentro de alguna de las tres siguientes categorías: Escuchar (o interrogar) a informantes, observar conductas, o examinar los registros o trazos históricos. En este sentido sólo existen tres métodos de investigación social. Como lo demostrarán los ensayos en esta compilación, las investigadoras feministas utilizan cada uno y todos los métodos (es este sentido concreto del término) que los investigadores tradicionales androcéntricos han utilizado. Por supuesto, la forma precisa en que desarrolla cada uno de estos métodos de recolección de información es notablemente diferente. Por ejemplo, ellas escuchan con cuidado cómo piensan las mujeres informantes sobre sus vidas y sobre las vidas de los hombres, y críticamente cómo los científicos sociales tradicionales conceptualizan la vida de hombres y mujeres. Ellas observan las conductas de hombres y mujeres que los científicos sociales tradicionales han considerado no significativas. Buscan ejemplos de patrones recientemente reconocidos en la información histórica.

Hay mucho más y mucho menos que un problema de método de investigación en estos casos. Lo "menos" es que parece introducir un falso sentido de unidad a todas las "pequeñas cosas" diferentes que las investigadoras feminis-

tas hacen con los métodos comunes para conceptualizar éstos como “nuevos métodos de investigación feminista”. No obstante, lo “más” es que son las nuevas metodologías y epistemologías las que están exigiendo estos nuevos usos de las técnicas comunes de investigación. Si lo que se quiere significar como “método de investigación” es justamente este sentido concreto del término, esto menospreciaría las transformaciones que el análisis feminista requiere para caracterizarlas en términos exclusivos del descubrimiento de un método particular de investigación.

Es un problema que los científicos sociales tiendan a pensar en problemas de método primariamente en términos de métodos de cuestionamiento (por ejemplo, en “cursos de métodos en psicología, sociología”, etc.) Es decir, es cuando hablan de las técnicas concretas de recolección de evidencia que plantean problemas metodológicos. Sin duda es este hábito el que tienta a los científicos a buscar un método único de cuestionamiento como la explicación de lo que es inusual en los análisis feministas. Por otro lado, también es un problema que los filósofos utilicen términos como “método científico” y “método de la ciencia” cuando realmente están haciendo referencia a problemas de metodología y epistemología.

Una metodología es una teoría y análisis sobre cómo proceder o debe proceder una investigación. Incluye aspectos sobre cómo “la estructura general de la teoría encuentra su aplicación dentro de las disciplinas científicas particulares.”¹ Por ejemplo, las discusiones sobre cómo el funcionalismo (o la economía política marxista, o la fenomenología) es o debe ser aplicada en algún área particular de la investigación son análisis metodológicos.² Los investigadores feministas han argumentado que las teorías tradicionales han sido aplicadas de manera que se hace difícil la comprensión de la participación de las mujeres en la vida social, y la comprensión de las actividades de los hombres como genérica (por ejemplo, como representantes de lo “humano”). Ellos han producido versiones feministas de las teorías tradicionales. Así, podemos encontrar ejemplos de las metodologías feministas de cómo los enfoques fenomenológicos pueden ser usados para empezar a com-

prender el mundo de las mujeres, o cómo puede utilizarse la economía política marxista para explicar las causas de la continua explotación doméstica de la mujer o dentro del mercado de trabajo.³ Pero estos esfuerzos heroicos plantean preguntas sobre si las aplicaciones feministas de estas teorías podrán tener éxito en producir resultados completos y no distorsionados de género y de las actividades de las mujeres. También plantean problemas epistemológicos.

Una epistemología es una teoría del conocimiento que responde a preguntas tales como ¿quién puede ser un “conocedor”? (¿pueden serlo las mujeres?); ¿cuáles pruebas de validez deben aprobar para ser legitimadas como conocimiento (solo pruebas que contrasten con las experiencias y observaciones de los hombres); ¿qué tipo de cosas pueden ser conocidas? (¿pueden las “verdades subjetivas” considerarse como conocimiento?), etc. Los sociólogos del conocimiento caracterizan las epistemologías como estrategias para justificar creencias: apelar a la autoridad de Dios, a la costumbre y a la tradición, al “sentido común”, a la observación, a la razón, y a la autoridad masculina, son ejemplos todos de estrategias comunes de justificación. Las feministas han argumentado que las epistemologías tradicionales, ya sea intencional o no intencionalmente, excluyen de manera sistemática la posibilidad de que las mujeres sean “conocedoras” o agentes de conocimiento; reclaman que la voz de la ciencia es una voz masculina; que la historia está escrita solo desde el punto de vista de los hombres (de la clase y raza dominante); que se presume siempre que el sujeto de la fase sociológica tradicional es un hombre. Ellos han propuesto teorías alternativas de conocimientos que legitiman a las mujeres como conocedoras.⁴ Ejemplos de estos debates y planteamientos epistemológicos pueden encontrarse en los ensayos que siguen. Con frecuencia se hace referencia también a estos tópicos como problemas de método. Ciertamente los tópicos epistemológicos tienen implicaciones cruciales sobre cómo las estructuras teóricas generales pueden y deben ser aplicadas en las disciplinas particulares, y para la escogencia de métodos de la investigación. Pero pienso que es confuso y errado referirse a éstos también como problemas de método.⁵

1. Peter Caws. “Scientific Method”, en *The Encyclopedia of Philosophy*. ed. Paul Edwards (N. York; Macmillan, 1967), p.339.

2. Las metodologías feministas han alcanzado incluso lo heroico al demostrar que por medio de aplicaciones ingeniosas algunas teorías consideradas irremediamente sexistas, como la sociobiología, pueden ampliar nuestro conocimiento sobre las mujeres y sobre el género. Véase el debate de Donna Haraway sobre este tema en “Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic”. pt 2 en *Signs: Journal of women in culture and society*, 4. no 1 (1978)

3. Dorothy Smith, Heidi Hartman y Nancy Hartsock de manera explícita proporcionan este debate metodológico en sus ensayos dentro de este volumen.

4. El ensayo de conclusión de este volumen trata sobre la epistemología feminista. Para un mayor debate sobre la ciencia feminista y sobre críticas epistemológicas véase mi libro *The science question in feminism* (Ithaca, N.Y., Cornell University Press. 1986) y Jean O'Barr and Sandre Hading (Chicago, University of Chicago Press, 1987.)

5. Sugiero a mis lectores tratar de distinguir estos tres aspectos de la investigación en los documentos siguientes.

En resumen hay importantes relaciones entre las epistemologías, las metodologías y los métodos de investigación. Pero estoy argumentando que no es buscando en los métodos de investigación como uno puede ser capaz de identificar los rasgos particulares de la mejor investigación feminista. De seguido veremos también que esta particularidad no puede encontrarse en los intentos de “adicionar mujeres” a los análisis tradicionales.

Problemas con “adicionar mujeres”

Con el propósito de comprender la profundidad requerida de transformación de las ciencias sociales es necesario distinguir las distintas formas como se ha tratado de rectificar el androcentrismo del análisis tradicional. Los investigadores feministas trataron primero de “adicionar mujeres” a estos análisis. Habían tres tipos de mujeres que parecían como candidatos obvios para este proceso: las mujeres científicos sociales, las mujeres que contribuían en la vida pública que los científicos sociales ya estaban estudiando, y las mujeres que habían sido víctimas de las formas más egregias de dominación masculina.

En el primero de estos proyectos los académicos han empezado a recuperar y revalorar el trabajo de mujeres teóricas e investigadoras. El trabajo académico y de investigación de las mujeres con frecuencia ha sido ignorado, trivializado o apropiado sin el crédito que le sería otorgado al trabajo de un hombre. Uno de los ejemplos más notorios de evaluación sexista en las ciencias naturales ha sido el trato dado al trabajo de Rosalind Franklin sobre el DNA por sus colegas ganadores del premio Nobel.⁶ Cuántas otras mujeres destacadas y científicos naturales nunca tendremos la oportunidad de apreciar porque, a diferencia de Franklin, nunca tuvieron amigos cercanos capaces de rectificar el registro histórico.

Sin embargo, sería erróneo imaginar que esta es la única y la más importante forma para eliminar el sexismo y el androcentrismo de las ciencias sociales. Obviamente, uno no puede pretender comprender el papel genérico y de las mujeres en la vida social simplemente conociendo sobre el trabajo de mujeres científico sociales del pasado. Con lo enriquecedoras que fueron estas “mujeres perdidas”, su trabajo no podrá beneficiarse de las muchas rupturas teóricas feministas de las últimas dos décadas. Más aún, estas mujeres tuvieron éxito en adentrarse en un mundo que se que en términos generales excluía a las mujeres de la educación y de las credenciales indispensables para convertirse en cien-

tíficos sociales. Por tanto, su trabajo fue limitado por la inmensa presión ejercida sobre ellas para hacer que su investigación se ajustara a lo que los hombres de su tiempo pensaban sobre la vida social. Tales presiones son todavía muy grandes tal y como argumentan todos los ensayistas en este volumen. Afortunadamente estas mujeres con frecuencia tienen éxito en resistir estas presiones. No obstante, no debemos esperar que sus proyectos de investigación produzcan el tipo ni el análisis poderoso que pueden surgir cuando la mentalidad de hombres y mujeres es parte de una amplia revolución social tal y como la que ha creado el movimiento feminista. Lo que sigue siendo asombroso es el coraje intelectual y los frecuentes destellos de brillantez exhibidos en la mentalidad de estos científicos sociales a pesar de las limitaciones sociales, profesionales y políticas que enfrentan.⁷

Otra preocupación de la investigación social feminista ha sido examinar las contribuciones de las mujeres en las actividades de la vida pública que ya eran el centro del análisis de las ciencias sociales. Ahora podemos ver que las mujeres también han dado origen a una cultura humana particular, han sido votantes, revolucionarias, reformadoras sociales, mujeres de alto logro, trabajadoras asalariadas, etc. Algunos estudios importantes han ampliado nuestra comprensión sobre el papel de las mujeres en la vida pública tanto históricamente como en otras culturas hoy día. Este enfoque deja algunos estándares androcéntricos poderosos firmemente en su sitio, asegurando, por tanto, solo un análisis parcial y distorsionado de las actividades sociales de género y de las mujeres. Sugiero falsamente que solo aquellas actividades que los hombres han considerado importantes de estudiar son las que constituyen y conforman la vida social. Esto nos ha llevado a ignorar algunos problemas tan cruciales como los cambios en las prácticas sociales de reproducción, sexualidad y maternidad que han configurado el estado, la economía y otras instituciones públicas. Más aún, este enfoque no nos estimula a preguntarnos cuál ha sido el significado de las contribuciones de las mujeres a la vida pública para las mujeres. Por ejemplo, el movimiento de control de la natalidad de Margaret Sanger jugó un rol importante y desafortunado en la política de eugenesia. Pero también significó para la mujeres que éstas podrían planificar sus vidas productivas y en este sentido controlar de manera sistemática y efectiva las consecuencias de sus actividades sexuales. Este segundo significado es poco probable que sea destacado cuando el enfoque es solamente sobre las contribuciones de las mujeres al “mundo

6. Véase James Watson, *The Double Helix* (New York, New American Library, 1969) y Anne Sayre: *Rosalind Franklin and DNA* (New York, Norton, 1975). Carolyn Wood Sherif discute estas prácticas en psicología en su ensayo en este volumen.

7. Véase Margaret Rossiter: *Women scientists in America Struggles and strategies to 1940*. (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982) para más información sobre los esfuerzos de las mujeres en las ciencias naturales y sociales en el siglo XIX y principios del XX.

de los hombres". Tomando otro ejemplo vemos cómo tanto las mujeres blancas como negras trabajaron valientemente en el movimiento anti-esclavista, anti-linchamiento y por el voto negro. Pero, ¿qué significó para sus vidas como mujeres el trabajo en estos movimientos? (aprendieron a hablar en público, a organizarse políticamente y conocieron la virulencia de la hostilidad de los hombres blancos hacia las mujeres que aprenden cómo hablar y cómo organizarse, entre otras cosas).⁸

Un tercer tipo de enfoque novedoso de investigación sobre mujeres, puede encontrarse en el estudio de mujeres como víctimas de la dominación masculina. La dominación masculina adopta varias formas. Los investigadores han aportado estudios innovadores sobre los "crímenes contra las mujeres" (especialmente violación, incesto, pornografía y agresión conyugal). Han examinado los amplios patrones de explotación económica institucionalizada y la discriminación política contra las mujeres. Además han analizado las formas de dominación de los hombres blancos que de manera particular han victimizado a las mujeres de color (en el esclavismo, en las políticas estatales de reproducción y bienestar social, en la legislación "proteccionista", en las prácticas de unión y en otras circunstancias).⁹ El surgimiento a la conciencia pública de esta horrible y escondida condición de las mujeres hace imposible que los pensadores serios continúen creyendo en la realidad de un progreso social sin atenuantes en esta cultura y en la mayoría de las demás. Con justificación uno podría considerar las culturas contemporáneas como una de las más bárbaras desde la perspectiva de las estadísticas de victimización de las mujeres.

Las victimologías también tienen sus limitaciones. Tienen a crear la falsa impresión de que las mujeres solo han sido víctimas, que nunca han luchado con éxito, que las mujeres no pueden ser agentes sociales efectivos para su propio beneficio o el de otros. No obstante, el trabajo de los académicos e investigadores feministas nos dicen lo contrario. Las mujeres siempre han resistido la dominación masculina. He destacado algunos problemas presentes en tres enfoques básicos del estudio de mujeres y de género que parecían inicialmente prometedores. Y aún cuando cada uno de ellos tiene su valor propio, los trabajadores académicos

feministas más ampliamente aclamados incluyen análisis de este "tipo de mujeres", pero también van más allá de estos proyectos.¹⁰ Veamos ahora que es lo que caracteriza lo mejor de esta investigación, ya que estas características nos podrán ofrecer un criterio más prometedor sobre lo que es particular dentro del análisis feminista, más que los métodos de investigación.

¿Qué es lo nuevo dentro del análisis feminista?

Hagamos a la historia de la investigación feminista el mismo tipo de pregunta que Thomas Kuhn se planteó sobre la historia de las ciencias.¹¹ El preguntó cuál sería el sentido de una filosofía de la ciencia para la cual la historia de la ciencia fallaba en proporcionarle evidencia de apoyo. Podemos preguntarnos cuál sería el sentido de elaborar una teoría sobre la naturaleza particular de la investigación feminista que impida a la mejor investigación social feminista satisfacer sus criterios. Algunas de las propuestas sobre un método feminista tienen esta desafortunada consecuencia. El formular esta pregunta lo obliga a uno a tratar de identificar las características que distinguen los ejemplos más destacados de investigación feminista.

Sugeriré tres de estas características. Desde ningún punto de vista pretendo ser exhaustiva con esta lista. Somos capaces de reconocer estas características solo después de que se han producido ejemplos de ellas y se han encontrado provechosos. Conforme avanza la investigación de seguro podremos identificar características adicionales que amplíen nuestra comprensión de qué hace de las explicaciones feministas algo tan poderoso. Y sin duda alguna también, revisaremos nuestra comprensión sobre la significancia de estas tres características sobre las cuales ahora llamaré la atención. Mi propósito no es proporcionar una respuesta definitiva a la pregunta del título de esta sección sino demostrar que este enfoque histórico es la mejor estrategia si deseamos dar cuenta del poder particular de la investigación feminista. Y aún cuando estas características tienen consecuencias para la selección de los métodos de investigación, no existe ninguna buena razón para llamarlas métodos.

8. Bettina Aptheker: *Women legacy: essays on race, sex and class in America History* (Amherst, University of Massachusetts Press, 1982) y Angela Davis *Women, race and class* (New York, Random House, 1983).

9. Debe decirse que también las mujeres blancas han participado en la opresión de las mujeres de color de muy diversa manera.

10. Peggy McIntosh provee un argumento mucho más fuerte que el mío sobre estos enfoques aditivos dentro de la ciencias feministas en "Interactive phases of curricular revision: a feminist perspective", borrador de trabajo no. 24 (Wellesley, Mass. Wellesley College Center for Research on Women, 1983).

11. Thomas S. Kuhn. *The structure of scientific revolution* 2ed. (Chicago, University of Chicago Press, 1970)

Nuevos recursos empíricos y teóricos: las experiencias de las mujeres.

Los críticos argumentan que la ciencia social tradicional ha iniciado sus análisis solo con las experiencias de los hombres. O sea, que se han planteado exclusivamente aquellas preguntas sobre la vida social problemáticas desde la experiencia social que es característica de los hombres (blancos, occidentales, burgueses). Inconscientemente ha seguido una "lógica de descubrimiento" que podríamos formular de la siguiente manera: hacer solo aquellas preguntas sobre la vida natural y social que los hombres (blancos, occidentales, burgueses) quieren que sean contestadas. ¿Cómo podremos "nosotros, los humanos", alcanzar mayor autonomía? ¿Cuál es la política legal apropiada hacia los violadores y las mujeres violadas que deje intacto los estándares comunes de la conducta sexual masculina?¹² Por otro lado, muchos fenómenos que parecen problemáticos desde la perspectiva de los hombres no parecen problemáticos del todo desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres. (Por ejemplo, los dos problemas anteriores no surgen característicamente desde la experiencia de las mujeres.) Por otro lado, las mujeres experimentan muchos fenómenos que ellas consideran que si necesitan explicación. ¿Por qué encuentran los hombres el trabajo doméstico y el trabajo de los niños tan desagradable? ¿Por qué las oportunidades de vida de las mujeres tienden a ser tan limitadas exactamente en momentos que la historia tradicional caracteriza como los mas progresivos? ¿Por qué es tan difícil detectar los ideales de femineidad de la mujer negra en los estudios sobre familias negras? ¿Por qué está la sexualidad masculina tan "sesgada", tan definida en términos de poder? ¿Por qué se considera que arriesgar la vida constituye un acto humano distintivo pero el dar a luz se considera algo simplemente natural?¹³ La reflexión sobre la forma cómo un fenómeno social llega a definirse como problema que demanda explicación nos revela fácilmente, en primer lugar, que no existe un problema sin una persona (o grupos de ellas) que tienen este problema: un problema es siempre un problema para alguien a para otro. El reconocimiento de este hecho y de sus implicaciones para la estructura de la empresa científica provoca inmediatamente conflicto entre el enfoque feminista de investigación y la comprensión tradicional.

La filosofía tradicional de la ciencia argumenta que el origen de los problemas o hipótesis científica es irrelevante para la "bondad" de los resultados de la investigación. No importa de dónde provengan nuestros problemas o hipó-

tesis: de mirar en una bola de cristal, de venerar al sol, de observar al mundo que nos rodea o de la discusión crítica con los más brillantes pensadores. No existe una lógica para estos "contextos de descubrimiento", aunque muchos han tratado de encontrar una. En vez de ello, es en el "contexto de justificación" donde se prueban las hipótesis, donde debemos buscar "la lógica del cuestionamiento científico". Es en este proceso de prueba donde debemos buscar las virtudes particulares de la ciencia (de su método). Pero el reto feminista revela que las preguntas que se hacen, y más significativo aún, aquella que no se hacen, son al menos tan determinantes de lo adecuado de nuestra perspectiva total como la es cualquier respuesta que podamos descubrir. El definir qué requiere una explicación científica solo desde el punto de vista de las experiencias de los hombres blancos burgueses conduce a una comprensión parcial e incluso perversa de la vida social. Una característica particular de la investigación feminista es que genera su problemática desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres. También utiliza estas experiencias como un indicador significativo de la "realidad" contra la cual se prueban estas hipótesis.

El reconocimiento de la importancia de utilizar las experiencias de las mujeres como recurso para el análisis social tiene, obviamente, implicaciones para la estructura social de la educación, laboratorios, periódicos, agencias de financiamiento, y de hecho para la vida social en general. Es necesario enfatizar, además, que se debe esperar que sean las mujeres las que revelen por primera vez cuáles son las experiencias de las mujeres. Por razones de justicia social, las mujeres deben de tener una participación igualitaria en el diseño y administración de las instituciones donde se produce y distribuye el conocimiento: no es justo que se excluya a las mujeres del beneficio que obtienen los hombres por participar en este tipo de empresas. Pero también deben de participar en estos proyectos porque de no hacerlo solo se podrá producir una comprensión parcial y distorsionada sobre nosotros mismos y sobre el mundo que nos rodea en una cultura sistemáticamente silenciosa y menosprecia las voces de las mujeres.

Nótese que son "las experiencias de las mujeres" en plural lo que proporciona los nuevos recursos para la investigación. Esta formulación enfatiza en las diversas formas cómo el mejor análisis feminista difiere del tradicional. En primer lugar, una vez que hemos comprendido que no existe un hombre universal, sino hombres y mujeres culturalmente diferentes, entonces, la eterna compañera del "hombre", la "mujer" también desaparece. Esto es: las mujeres pertenecen a diferentes clases, razas y culturas: no existe "la mujer" y no existe "la experiencia de la mujer". Lo masculino y lo femenino son siempre categorías dentro de cada

12. Problemas sobre este tipo de "problemas de los hombres" se debaten en estos ensayos.

13. Estos "problemas de las mujeres" generan análisis en los documentos siguientes.

clase, raza y cultura en el sentido de que las experiencias de los hombres y las mujeres, sus deseos e intereses, difieren en cada clase, raza y cultura. Pero también, la clase, raza y cultura son siempre categorías dentro cada género ya que las experiencias, deseos e intereses de los hombres y de las mujeres, difieren de acuerdo con la clase, la raza y la cultura.¹⁴ Esto ha llevado a que algunos teóricos propongan que solo podamos hablar sobre nuestros “feminismos” en plural, ya que no existe un grupo de principios o comprensiones feministas más allá de las muy, muy generales, que las feministas en cada raza, clase y cultura acepten. ¿Por qué tendríamos que pensar que sería diferente?. Hay muy pocos principios o conceptos que los sexistas en cada raza, clase o cultura aceptan.

No solo varían nuestras experiencias de género a través de las diversas categorías culturales; también entran con frecuencia en conflicto dentro de la propia experiencia de un individuo. Con frecuencia mi experiencia como madre y profesora resulta contradictoria. Las mujeres científicas con frecuencia se refieren a las contradicciones en identidad que a veces experimentan como mujeres y científicos.

Finalmente, las preguntas que los grupos oprimidos desean que se contesten muy pocas veces exigen lo que llamamos la verdad pura. En vez de ello, con frecuencia son preguntas sobre cómo cambiar sus condiciones; sobre cómo su mundo se moldea por fuerzas externas a ellos; sobre cómo ganar, derrotar a neutralizar esas fuerzas que limitan su emancipación, crecimiento o desarrollo; etc. Consecuentemente, los proyectos de investigación feminista se originan primariamente no en las viejas “experiencias de las mujeres” sino en las experiencias de las mujeres en la lucha política (Kate Millett y otras nos recuerdan que el cuarto y la cocina son un sitio de lucha política tanto como lo es la sala de reuniones o el recinto de votación).¹⁵ Puede ser que se a por medio de tales luchas que uno puede llegar a comprenderse y a comprender el mundo social.

Nuevo propósito por las ciencias sociales: Para las mujeres

Si uno empieza a preguntarse qué es lo que resulta problemático desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres, uno es llevado a diseñar la investigación para las mujeres, tal y como lo plantean un grupo de autores en este volumen. Esto es: el objetivo de este cuestionamiento es el de proporcionar a las mujeres explicaciones sobre los fenómenos sociales que ellas desean y necesitan, en vez de aportar respuestas a las preguntas que puedan tener los

departamentos de bienestar social, los industriales, los publicistas, los psiquiatras, las instituciones médicas o el sistema judicial.

Las preguntas sobre las mujeres que con frecuencia los hombres han querido que se contesten, surgen del deseo de pacificar, controlar, explotar o manipular a las mujeres. La investigación social tradicional ha sido para los hombres. En la mejor investigación feminista, los propósitos de la investigación y del análisis no se pueden separar de los orígenes de los problemas de investigación.

Nuevo sujeto de cuestionamiento: Ubicar al investigador en el mismo plano crítico que el sujeto de la investigación

Existen diversas formas como se podría caracterizar el sujeto particular de estudio dentro del análisis social feminista. Aún cuando el estudio sobre las mujeres no es algo nuevo, estudiarlas desde la perspectiva de sus propias experiencias para que las mujeres puedan comprenderse a sí mismas y al mundo es algo que no tiene historia. También es algo novedoso estudiar el género. La idea de una construcción social sistemática de la masculinidad y feminidad que está, muy poco o casi nada, limitada por la biología, es una idea muy reciente. Más aún, el cuestionamiento feminista se une a los enfoques de “baja categoría” que insisten en la importancia de estudiarse uno mismo y de “estudiar hacia arriba”, en vez de “estudiar hacia abajo”. Mientras que los empleadores con frecuencia han solicitado estudios sobre como hacer que los trabajadores se sientan más felices con menos poder y menos paga, los trabajadores con muy poca excepciones han estado en capacidad de asumir o solicitar estudios de ningún tipo, menos aún sobre cómo hacer a los empleadores más felices con menos poder y menos ganancias. Similarmente, los psiquiatras han estudiado siempre lo que han llamado las características mentales y conductuales peculiares de las mujeres, pero no es sino recientemente que las mujeres han empezado a estudiar las aberrantes características mentales y conductuales de los psiquiatras. Si queremos comprender por qué nuestra experiencia cotidiana ocurre en la forma en que lo hace, tiene sentido examinar críticamente las fuentes del poder social.

Los mejores análisis feministas van más allá de estas innovaciones en cuanto al sujeto de estudio de una manera crítica: Insisten que el investigador (a) se sitúe en el mismo plano crítico que el sujeto materia de estudio, recuperando, por tanto, todo el proceso de investigación para el análisis en los resultados. Esto significa que la clase, raza, cultura y preceptos genéricos, creencias y conductas del investigador mismo, deben colocarse en el contexto de la pintura que él o ella pretenda pintar. Esto no significa que la primera mitad del informe de investigación deba dedicarse a un auscultamiento del alma

14. En esta colección, los ensayos de Joyce A. Ladner y Bonnie Thornton Dill esclarecen este punto

15. Kate Millett, *Sexual politics*, (New York, Doubleday & Co., 1969).

(¡aún cuando un pequeño auscultamiento del alma por los investigadores de vez en cuando no estaría del todo mal)! En vez de ello y como veremos, algunas veces se nos dice explícitamente cuál es el género, raza, clase y cultura del investigador (a), y algunas veces él o ella incluso sospecha que esto puede haber moldeado su proyecto de investigación (aunque, por supuesto, somos libres de llegar a la hipótesis contraria sobre la influencia de la presencia del investigador en su análisis). De esta manera el investigador se nos aparece no como una voz de autoridad invisible y anónima, sino como un individuo real e histórico con deseos e intereses específicos y concretos.

Este requerimiento no es un intento inocente de “quedar bien” con las normas de críticos imaginarios de clases, razas, culturas o género, diferentes de las del investigador. En vez de ello, es una respuesta al reconocimiento de que las conductas y creencias culturales de los investigadores feministas moldean los resultados de sus análisis no menos que lo hacen los investigadores sexistas y androcéntricos. Necesitamos evitar la posición “objetivista” que pretende hacer invisibles las creencias y prácticas culturales del investigador (a) mientras que distorciona simultáneamente las creencias y prácticas de los objetos de investigación. Sólo de esta manera podemos producir explicaciones libres (o al menos más libres) de la distorsión de las creencias y conductas no examinadas de los científicos sociales mismos. Otra manera de plantear este punto es que las creencias y conductas del investigador son parte de la experiencia empírica, en favor o en contra, de lo que se considera como avances de los resultados de la investigación. Esta evidencia debe ser abierta también al escrutinio crítico no menos de como se somete lo que se considera la evidencia relevante tradicional. El introducir este elemento “subjetivo” dentro del análisis de hecho aumenta la objetividad de la investigación y disminuye el objetivismo que esconde este tipo de evidencia del público. Este tipo de relación entre el investigador y el objeto de investigación generalmente se debate bajo el título de “reflexividad de las ciencias sociales”. Yo me refiero a él aquí como un nuevo sujeto de cuestionamiento para enfatizar la fuerza inusual de esta forma de recomendación reflexiva. El lector se preguntará si ésta fuerte recomendación reflexiva puede ser encontrada en los análisis siguientes, y cómo ¿De qué manera está dirigiendo implícitamente el cuestionamiento? ¿Cómo podría haber moldeado algunos de estos proyectos de investigación de una manera aún más fuerte?.

Para resumir mi argumento diré que son características como estas tres, y no un “método feminista”, las que son responsables de la producción del mejor trabajo académico y de investigación feminista.

Podría pensarse que son características metodológicas porque nos demuestra cómo aplicar la estructura general de la teoría científica a la investigación de género y de las mujeres. También podría considerárseles como epistemológicas porque implican teorías de reconocimiento diferentes de las tradicionales. Es claro que el extraordinario poder de explicación de los resultados de la investigación feminista en las ciencias sociales (tal y como se demuestra en los documentos siguientes) se debe a los retos de inspiración feminista hechos a las principales teorías y a los conceptos que sustentan el cuestionamiento social tradicional.

Dos tópicos finales

Antes de concluir este ensayo quiero alertar al lector sobre dos inferencias que se deben evitar deducir del análisis anterior. Algunas veces se supone falsamente que al utilizar las experiencias de las mujeres en vez de las de los hombres como fuente empírica y teórica, el feminismo es sinónimo de algún tipo de relativismo. También se considera falsamente que los hombres no puedan hacer contribuciones importantes a la investigación y conocimiento feminista. Estos dos tópicos se relacionan uno con otro.

En primer lugar, debemos notar por lo dicho antes que las experiencias de los hombres y de las mujeres no son guías igualmente confiables para la producción de una investigación social completa y no distorsionada. Las pensadoras feministas no dicen que los planteamientos sexistas y antisexistas sean igualmente confiables. Por ejemplo, que sea igualmente posible percibir a las mujeres como incapaces de un tipo superior de juicio moral (como han dicho los hombres) y al mismo como practicantes de un tipo de juicio moral “igualmente superior” pero diferente (como argumenta Carol Gilligan). El lector puede identificar innumerables otras pretensiones contradictorias en los retos feministas a las ciencias sociales tradicionales. Los investigadores feministas argumentan que las características de las experiencias sociales de los hombres y de las mujeres proporcionan bases diferentes pero no iguales para las exigencias de un conocimiento confiable. En el ensayo final exploraré las razones de por qué en varios avances epistemológicos feministas contrastantes, se sugiere que todos, mujeres y hombres, debemos preferir las experiencias de las mujeres a la de los hombres como bases confiables para las exigencias del conocimiento. En este punto solo puede relativizar el relativismo, a sea, solo puedo señalar los contextos sociales limitados en los cuales aparecen como una posición razonable para avanzar.

Históricamente, el relativismo surge como una posibilidad intelectual y como un “problema” solo para los grupos dominantes en el momento en el que la hegemonía (la

universalidad) de sus puntos de vista es cuestionada. En tanto posición intelectual moderna, surge como un reconocimiento tardío de los europeos del siglo XIX de que las creencias y conductas aparentemente aberrantes de los europeos tenían una lógica o racionalidad propias. Tal vez las creencias occidentales preferidas no sean las únicas razonables.¹⁶ El punto aquí es que el relativismo no es un problema que se origine en o que se justifique en términos de las experiencias de las mujeres o de las agendas feministas. La respuesta sexista es la que, fundamentalmente, pretende preservar la legitimidad de los preceptos androcéntricos frente a la evidencia contraria. “Tal vez”, argumentan los relativistas, “los puntos de vista masculinos no son los únicos puntos de vista legítimos. Las mujeres tienen sus puntos de vista sobre el asunto y los hombres los suyos. ¿Quién puede decir objetivamente cuál es el mejor que el otro?”. Las epistemologías feministas que examinaremos más adelante ofrecen un rechazo sin compromiso a esta forma de conceptualizar la comprensión feminista. Espero que el lector puede entrever ya por qué uno debe ser escéptico en relación con la afirmación de que los resultados a la investigación social feminista descansan sobre bases relativista.

La segunda inferencia falsa que uno podría estar tratando a hacer es que los hombres no pueden hacer importantes contribuciones a la investigación y conocimiento feminista. Si el tipo de problemas que plantea en cuestionamiento feminista debe surgir de la experiencia de las mujeres, si la ciencia social feminista debe ser para las mujeres, y si el investigador debe situarse en el mismo plano crítico que el sujeto de estudio, (con frecuencia sobre mujeres y género), ¿cómo pueden los hombres hacer ciencia social feminista? Esta pregunta ha ganado atención ya que cada vez más y más hombres están, de hecho enseñando en los programas de estudio de mujeres y produciendo análisis sobre mujeres y género.

Por un lado, existen importantes contribuciones a la historia del pensamiento feminista hechos por hombres. John Stuart Mill, Karl Marx y Frederick Engels son los más obvios de estos pensadores. Sus escritos son claramente controversiales y, en el mejor de los casos, imperfectos, pero también lo son los escritos de las más profundas pensadoras de estos períodos y también de la actualidad. Más aún siem-

pre han existido mujeres deseosas y dispuestas a producir pensamiento sexista misógino, Marabel Morgan y Phyllis Schlafly son apenas dos de las más recientes escritoras. Obviamente ni la habilidad ni la voluntad para contribuir a la comprensión feminista son razgos vinculados al sexo.

Por lo demás, importantes contribuciones, a otros movimientos emancipatorios han sido hechos por pensadores que no eran ellos mismos miembros del grupo que debía emanciparse. Marx y Engels no eran miembros del proletariado. Existen blancos en nuestro país así como en Sud Africa y en otro régimen racista que están deseosos y dispuestos de pensar de una manera anti racista, de hecho han sido linchados, exilados y proscritos por sus escritos anti racistas. Los gentiles en Europa y los Estados Unidos han argumentado en favor y han sufrido a causa de su defensa de las libertades judías.

Por tanto, sería históricamente inusual que la lista de los contribuyentes a la emancipación de las mujeres excluyera de sus filas, por decreto, a todos los miembros del “grupo opresor”.

Por otro lado, con toda seguridad las mujeres así como los miembros de estos otros grupos explotados, tienen la suficiente sabiduría para mirar con especial criticidad los análisis producidos por miembros del grupo opresor. Se utilizan las experiencias de las mujeres como prueba de lo adecuado de los problemas, conceptos, hipótesis, diseños de investigación, recolección o interpretación de los datos (debe ser la de “experiencia de las mujeres” de donde surge la problemática feminista, la experiencia del investigador mismo) ¿Es el proyecto de investigación para las mujeres en vez de para los hombres o para las instituciones que los hombres controlan? ¿Se sitúa al investigador o el teórico en la misma clase, raza, cultura o plano generico que el de los sujetos de estudio?

Una vez que nos hemos hecho estas preguntas podemos identificar muchos proyectos de investigación particularmente apropiados para que los dirijan hombres que simpatizan con el feminismo. Por ejemplo, el examen crítico de las dimensiones genéricas del pensamiento y conducta masculina a través de la historia y transculturalmente; lo que se conoce en la crítica literaria como “crítica fálica”. El lector puede apreciar por si mismo cómo este proyecto parece satisfacer los requisitos de los cuestionarios feministas discutidos antes. (Notesé que el requisito de “estudiar hacia arriba” dirigirá estos proyectos hacia las creencias y conductas de los hombres de la misma clase o de clases superiores a la del investigador; ningún hombre o mujer deberá de “culpar” a las clases de personas que no son responsables por el diseño y mantenimiento de nuestras instituciones sociales, de los pecados de estas instituciones). Más aún, existen algunas áreas de la con-

16. Las siguientes son situaciones donde el relativismo podría ser epistemología razonable: cuando dos perspectivas igualmente poderosas y no-competitivas generen comprensiones diferentes. Por ejemplo, un artista y un geólogo tendrían bases igualmente válidas y diferentes sobre las cuales basan sus argumentos sobre un grupo particular de montañas. Pero, precisamente como no existen bases no-competitivas, el asunto nunca se plantea ya que nadie se imagina a un geólogo con una razón para arguir contra un artista y viceversa.

ducta y del pensamiento masculino para las cuales los investigadores masculinos tienen más y mejor acceso que las investigadoras femeninas; en primer lugar aquellos contextos masculinos y aquellos en donde las mujeres son sistemáticamente excluidas, tal como las salas de reuniones, el contexto militar o los vestidores. Ellos podrían aportar una óptica feminista para la consideración de ciertos aspectos de relaciones que son importantes por la perspectiva que las mujeres podrían arrojar sobre ellas. Pienso concretamente en la "crítica fálica" que los hombres podrían proporcionar sobre la amistad entre los hombres, sobre las relaciones entre padres e hijos o sobre las relaciones entre amantes masculinos. ¿En qué sentido las perciben los participantes como carentes? ¿Cómo contrastan con las características de la amistad entre mujeres? etc.

Además de los beneficios académicos y científicos que podrían acumularse de tales estudios, este tipo de investigación autocrítica por los hombres aporta un tipo de contribución política a la emancipación de las mujeres sobre preguntas que las mujeres no pueden responder. Así como algunos blancos valerosos pueden surgir como ejemplo para otros blancos y utilizar para fines antirracistas el gran poder institucional racista que se otorga incluso al más antirracista de los blancos, de la misma manera los hombres pueden hacer una contribución importante aunque diferente a la emancipación de las mujeres. Si los hombres son capacitados por las instituciones sexistas para valorar la autoridad masculina por encima de todo, algunos hombres valerosos podrían sacar partido de este mal y utilizar su autoridad masculina para resocializar a los hombres.

Hay dos argumentos finales que deben hacerse para que existan científicos sociales feministas hombres. Sugiero que las feministas consideren inapropiado tanto la crítica a los académicos e investigadores masculinos por ignorar a las mujeres y al género, así como la insistencia en que son incapaces de llevar adelante investigaciones que satisfagan los requisitos feministas. Además, ya que las feministas con frecuencia insisten (y con razón, diría yo) en que todo topico es feminista, parece un poco raro e incluso un

error estratégico la adopción de una política que de hecho recomiende que solo las mujeres puedan desarrollar las ciencias sociales.¹⁷

Lo que sí esté claro es que, ya sean hombres o mujeres, aquellos que no luchan activamente contra la explotación cotidiana de la mujer tienen menos posibilidad de producir una investigación social sobre cualquier tema que no esté distorsionado por el sexismo y el androcentrismo. Como dice Nancy Hartsock, "la visión disponible para el grupo oprimido debe ser algo por lo que se luche, y representa un logro que exige que una ciencia y una educación que vean debajo de la superficie de las relaciones sociales en las cuales todos están forzados a participar, y que solo surgen de la lucha por cambiar estas relaciones".

A pesar de estos argumentos en sentido contrario, es fácil comprender por qué muchas feministas adoptan una actitud escéptica hacia la pretensión de los hombres de hacer investigación feminista o de proporcionar un relato adecuado del género o de las actividades de las mujeres. Por supuesto, es importante desestimular a los hombres para que no piensen en asumir la investigación feminista de la forma como hacen todo lo que se convierte en significativo en el mundo público, citando solo a otros investigadores masculinos, haciendo muy poco para aliviar la explotación de sus colegas femeninas o de las mujeres en sus vidas cuyo trabajo hace su eminencia posible, etc.

Prefiero argumentar que la designación de "feminista" puede aplicarse a aquellos hombres que satisfacen todos los estándares que las mujeres deben satisfacer para ganarse el hombre. Para aumentar nuestra comprensión, la investigación debe satisfacer los tres criterios arriba mencionados. El punto aquí no es tanto el derecho a llevar un nombre, sino los tres requisitos para producir unas descripciones, explicaciones y comprensión menos parcial y distorsionada.

Es hora de examinar que esta en la base de algunos de los análisis feministas más ampliamente aclamados y novedosos.

17. Un estudio de este tipo es el estudio de la amistad entre hombres. *Man to man* en Michel E. McGill: *The McGill Report on male intimacy*. New York, Harper and Gow, 1986). Fue Gerard Turkel quien llamó mi atención sobre esto.

LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y SUS FUENTES EPISTEMOLÓGICAS: PERIODIZACIÓN Y PERSPECTIVAS*

Enrique Gomáriz



1. Introducción Conceptual

Existe ya una cantidad notable de trabajos teóricos y analíticos que se refieren a la relación entre los géneros y, aunque la discusión sobre las categorías básicas todavía está abierta, resulta posible señalar coincidencias en torno a preocupaciones conceptuales, temáticas y metodológicas.

Una de las coincidencias más recientes está referida a la necesidad de perfilar el concepto de género. Es cierto que, como ya se ha señalado (Navarro, 1991; p. 103), no existe un acuerdo definitivo sobre este concepto entre las teorías que lo han tratado. Pero, a pesar de ello, desde diversas perspectivas se concuerda acerca de la necesidad de establecer alguna diferencia básica entre sexo y género.

Ciertamente, esta diferenciación es más necesaria entre los que usan lenguas de raíz latina que entre los angloparlantes, debido a que entre aquéllos y especialmente en los que hablan castellano, género es todavía un sustantivo que denomina clase, tipo de asunto, etc., sin estar referido al ámbito de lo sexual, como ya lo hace el término inglés "gender", el cual se refiere cada vez más sólo a la relación entre las formas femeninas y masculinas que se dan en la sociedad humana.

Como explicar Marta Lamas (1986), el término género circula en las ciencias sociales y en el discurso feminista con una acepción específica y una intencionalidad explicativa. Dicha acepción data de 1955, cuando el investigador John Money propuso el término "papel de género" (gender role) para describir el conjunto de conductas atribuidas a los varones y a las mujeres. Pero ha sido Robert Stoller el que estableció más nítidamente la diferencia conceptual entre sexo y género en un libro dedicado a ello (Stoller, 1968), basado en sus investigaciones sobre niños y niñas que, debido a problemas anatómicos, habían sido educados de acuerdo a un sexo que fisiológicamente no era el suyo. Stoller observó que esos niños se empeñaban en mantener las formas de compartimiento del sexo en que habían sido educados, incluso después de conocer que simplemente sufrían de una mutilación accidental o una malformación en sus genitales externos.

La idea general mediante la cual se distingue sexo de género consiste en que el primero se refiere al hecho biológico de que la especie humana es una de las que se reproducen a través de la diferenciación sexual, mientras el segundo guarda relación con los significados que cada sociedad

le atribuye a tal hecho. Actualmente, la biología y las ciencias médicas diferencian entre sexo y cromosómico, gonadal, hormonal, anatómico y fisiológico, pero estos niveles de diferenciación sexual, si bien ya se ha descubierto que pueden tener efectos diversos, incluso psicológicos (por ejemplo, en cuanto a la preferencia sexual), pueden y deben distinguirse de las atribuciones que la sociedad establece para cada uno de los sexos individualmente constituidos. Así, los sistemas de género son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido, en general, a las relaciones entre personas sexuadas (de Barbieri, 1990).

A partir de esta referencia conceptual, pueden examinarse distintos planos de conocimiento acumulado sobre esta materia. De manera amplia, podría aceptarse que son reflexiones sobre género todas aquellas que se han hecho en la historia del pensamiento humano acerca de las consecuencias y significados que tiene pertenecer a cada uno de los sexos, por cuanto esas consecuencias, muchas veces entendidas como "naturales", no son sino formulaciones de género. Cuan Aristóteles define a la mujer como hombre sin madurar, puede creer que se trata de una disposición de la naturaleza, pero no está sino expresando el tono más alto de la misoginia clásica griega, y esa expresión de género es necesario consignarla. Mediante este anclaje temático, puede hablarse así de forma amplia de "estudios de género" para referir el segmento de la producción cognitiva que se ha ocupado de este ámbito de la experiencia humana.

Ahora bien, la teoría de género supone un uso más específico de la referencia conceptual: se está en presencia de una teoría particular que, en este caso, sostiene que hay que aplicar como herramienta heurística central la diferencia entre sexo (hecho biológico) y género (hecho social). Conviene señalar, en este plano, el sentido que tiene tal teoría en relación con la teoría feminista. Aunque para ello sea necesario hacer una breve acotación sobre este campo.

Como se sabe, el término feminismo procede de vocablo galo "feminisme" —de "femme", mujer, es decir, "mujerismo" en francés— y su primer uso se remonta a los comienzos del siglo XIX, para indicar la defensa de la mujer y sus derechos. Naturalmente, también aquí puede usarse una acepción amplia y otra más estricta del término. En la primera, cabe extender su uso retrospectivamente hasta las poetisas griegas que identificaban de una forma u otra la

dominación que sufría su género. En una acepción más estricta no podría hablarse de feminismo antes de la coyuntura histórica que dio lugar al concepto: aquella en que todo individuo adquiriría la capacidad de ser sujeto de derechos (la revolución liberal) y, sin embargo, las mujeres — que habían participado en dicha revolución — quedaban fuera de esta circunstancia.

Ahora bien, si se quisiera subrayar cuándo se hace un uso extenso del vocablo, habría que esperar hasta fines del siglo XIX.

En realidad, existe una percepción aun más estricta del feminismo, en el sentido de considerar que sólo puede entenderse como tal aquel movimiento que busca la emancipación de la mujer en su sentido pleno — y no únicamente como adquisidora de derechos, como en el sufragismo —, por lo que habría que restringir su uso a los movimientos de mujeres del siglo XX.

Como otros procesos de activismo humano, el feminismo ha originado pensamiento y acción, teoría y práctica. La teoría feminista se refiere así al estudio sistemático de la condición de las mujeres, su papel en la sociedad humana y las vías para lograr su emancipación. Como sucede con otras teorías que parten epistemológicamente del conflicto social, la teoría feminista se diferencia de los “estudios sobre la mujer” por esa perspectiva estratégica: no busca únicamente el examen de la población femenina, o incluso el diagnóstico de la condición femenina, sino que conecta explícitamente ese diagnóstico con la búsqueda de caminos para transformar esa situación (un paralelismo inmediato surge entre teoría marxista y teoría social o ciencias sociales).

En este contexto, la categoría de género adquiere un significado preciso: se entiende como una posición explicativa al interior del pensamiento feminista, que surgiría como alternativa — se sostiene que superadora — de otras matrices explicativas, como la teoría del patriarcado, etc.

Es necesario mencionar que existe una discusión epistemológica más extrema acerca de si puede hablarse incluso de una ciencia feminista, cuya episteme propia — surgida de la experiencia vital de las mujeres — absorbería elementos de otras sicneicas humanas (Harding 1987 y 1991), o bien se trata de un foco teórico a inscribir en cada una de las ciencias establecidas, pudiéndose hablar así de una antropología feminista, una sociología feminista, etc. Quienes se inclinan por esta segunda acepción tienden a explicar la teoría feminista como un espacio de la ciencia social que se trate, o incluso una fase de los estudios de género.

Sobre esta problemática se regresará más adelante. Baste ahora consignar que — incluso historiográficamente — la reflexión sobre la identidad y el papel que las sociedades, asignan a los géneros, la relación entre los mismos y su reproducción social, es

decir, lo que de forma amplia se denominaría estudios de género, ha tenido dos fuentes epistemológicas fundamentales: a) los productos procedentes de las diversas ciencias humanas cuando reflexionan sobre los significados de la diferenciación sexual, y b) los que se generan en el campo de la rebelión contra la subordinación de las mujeres o, dicho en positivo, desde la práctica y la teoría feminista.

2. Periodización de los estudios de género

Aunque ciertos puntos nodales aparezcan una y otra vez como tópicos recurrentes, las reflexiones sobre género han atravesado distintos estadios. Una revisión de esos cambios facilita la comprensión conceptual del fenómeno. Ciertamente, no es ésta la oportunidad para intentar el recuento pormenorizado de esta evolución, algo que todavía sólo se ha hecho de forma fragmentaria (Okin, 1979; Michel, 1979; D'Angelo, et al (Eds.) 1989; Espina, 1991; Rivera, 1991; Rowbotham, 1972 y 1974; Elejabeitia, 1987; Moi, 1988; Kelly, 1984). Pero existe ya información suficiente como para intentar una periodización de este proceso, útil a los efectos que aquí se buscan.

Antes de hacerlo, es necesario realizar tres advertencias metodológicas. La primera guarda relación con el punto de partida de dicha periodización. Por razones ya apuntadas, éste se refiere al momento histórico en que se formulan los derechos ciudadanos modernos, es decir, la coyuntura que se reconoce como de la Ilustración y las revoluciones americana y francesa. Existe coincidencia en cuanto a que esta es una coyuntura fundamental desde las dos perspectivas epistemológicas aquí consideradas: las ciencias humanas y el movimiento feminista.

La segunda consideración previa es acerca del hilo conductor histórico aperiodizado: se trata de reconocer el proceso de la producción intelectual sobre género desde las dos perspectivas citadas y no tanto de la historia de la condición de los géneros, aunque sea necesario hacer las lógicas referencias de contexto, que ayuden a entender el carácter de las reflexiones realizadas.

La tercera advertencia metodológica se refiere al criterio para definir períodos. Como se hace con frecuencia cuando se utiliza un punto de vista retrospectivo, los períodos no se establecen aquí por sus dimensiones cronológicas, sino por el contenido teórico que apreciamos desde nuestro presente. Es decir, vistos desde nuestros primeros años 90, tiene identidad como período, tanto la coyuntura de la Ilustración que abarca dos siglos, como la fase clásica de la teoría feminista contemporánea que abarca dos decenios. Esta fórmula se emplea bastante para historiar las ideas, por ejemplo, y con esa utilidad descriptiva se realiza a continuación la periodización siguiente:

Las investigadoras (Kelly, 1984; Rivera, 1991 y otras) que han estudiado el pensamiento feminista en el nacimiento de la modernidad occidental, suelen referirse al fenómeno conocido como la "Querelle des femmes" que recorrió Eu-

ropa y más tarde Estados Unidos, entre el Renacimiento y la Revolución Francesa. El origen de este proceso estaría referido al libro de Christine de Pizan (1364-1430) titulado *La Cité des Dames* y su tramo final a los escritos de Olympe de Gouges, proclamando los derechos de la ciudadana en 1791

Periodización de los Estudios de Género

	Ilustración y Revolución Liberal (Siglos XVII y XVIII)	Formulación del Pensamiento Social Clásico (Siglo XIX)	Sufragismo y Ciencias Sociales (1880-1940)	Fase Clásica de la Reflexión Feminista (1940-1965)	Reflexión del Nuevo feminismo (1965-1979)	Teoría de Género (Años 80)
Autores Ciencias Humanas ¹	Locke Rousseau Condorcet	Comte Saint Simon Marx y Engels	T. Veblen Weber Freud	Parsons Levi-Strauss Margaret Mead	Marcuse Foucault Lorenz	W. Farrell M. Kimmel Robert Bly
Autoras feministas	Marie de Sourbay Olympe de Gouges Mary Wollstonecraft	J. Stuart Mill Flora Tristán Harriet Taylor Jeanne Deroin	Virginia Woolf Alejandra Kollantai	Simone de Beauvoir Betty Friedan	kate Millet S. Firestone juliet Mitchell	Nancy Chodorow D. Kergoat Ch. Delphy
Ideas Fuerzas autores Ciencias Humanas	Inferioridad femenina versus educación de las mujeres	Mujer subordinada y familia como factores de estabilidad social	Mujer emancipada. Familia y Patriarcado. Sexualidad femenina.	Roles sexuales, parentescos.	Sheila Rowbotham Sexualidad y poder. Biología e instintos.	Gayle Rubin Construcción social de la masculinidad
Ideas Fuerzas autoras feministas	Ciudadanas con pleno derechos	Derecho de las mujeres al trabajo y a la educación	Derechos civiles plenos y en especial al voto	Ciudadanas pero de segunda clase	Teoría del patriarcado, política sexual.	Feminismo de la diferencia. Teoría de género.
Evolución del Movimiento Social	Mujeres participando en revoluciones políticas	Mujeres en el movimiento obrero y procesos políticos	Sufragismo, pacifismo y movimiento obrero	Mujeres en partidos políticos	Nuevo feminismo de masas	Crisis del movimiento feminista en el Norte y extensión a L.

y de Mary Wollstonecraft, reivindicando los derechos generales de las mujeres en 1792.

En este proceso (Querelle des femmes) hay que mencionar a Teresa de Cartagena y su texto *Admiración de las obras de Dios*, de finales del siglo XV, y a María de Gournay (1566-1645), hija adoptiva de Montaigne, y su tratado sobre *La igualdad de los hombres y de las mujeres* (1622). Parece que a fines del siglo XVII, los escritos de mujeres comenzaron a hacer escuela entre otras mujeres. Así sucede con la holandesa María van Schurman (1607-1678), discípula de Gournay, ideóloga defensora de las mujeres y fundadora de una secta anabaptista, o con Margaret Cavendish, duquesa de

Newcastle, panfletista prolífica y autora de *The Description of a New World Called the Blazing World* en 1666.

Pero es con el siglo XVIII y su culminación como movimiento revolucionario, en que los valores políticos de la modernidad se explicitan (libertad, igualdad, fraternidad), cuando las mujeres participan de manera más clara en el cambio ideológico. Es conocido como las mujeres de las clases altas ofrecieron sus salones a la efervescencia intelectual de la época y cómo las mujeres pobres formaron parte fundamental del pueblo revolucionario. En este contexto, mujeres de las clases medias participaron en pie de igualdad en los clubes de apoyo a la Revolución o bien organiza-

ron, como Olympe de Gouges, Claire Lacombe, Pauline León, clubes únicamente femeninos para reivindicar el lugar de las mujeres en el proceso revolucionario.

En este momento queda netamente establecida la reivindicación de los derechos de las mujeres como ciudadanas. Así lo indican el escrito de Olympe de Gouges, *La declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana* (1791) en Francia (que le costó subir al cadalso) y el de Mary Wollstonecraft *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792) en Estados Unidos. Ciertamente, esta reivindicación cobra claridad también porque los ideólogos de la Ilustración mantuvieron posiciones ambiguas frente a sus compañeras revolucionarias, cuando no abiertamente misóginas.

Si es a partir del concepto del Estado moderno de Thomas Hobbes y su *Leviatán* (1661) que se piensa la Revolución Liberal, sus principales mentores (Locke, Hume, Rousseau, Montesquieu) oscilan entre la dualización de Hobbes y Locke consistente en reconocer los derechos de las mujeres sólo cuando son reinas o de la alta nobleza, y la convicción de Rousseau o Montesquieu de que la naturaleza humana —por una vía u otra— ha establecido que las mujeres se subordinen al hombre.

En todo caso, la cuestión de los géneros y más precisamente la condición de la mujer fue motivo de discusión entre los pensadores iluministas y revolucionarios. Es conocido cómo Condorcet defendió en sus textos y en la Asamblea Nacional la emancipación de las mujeres y sus derechos a formar parte del gobierno de la nación. Por otra parte, este también es el momento en que se reivindica la libertad y el placer sexuales, contra los conceptos religiosos y estrictamente misóginos al estilo de Rousseau. Así, autores como Foigny, Diderot y Sade, reivindican el placer femenino, aunque sólo vean el protagonismo de las mujeres en el ámbito de lo erótico.

Al final de este período, el balance de la reflexión sobre los géneros puede realizarse sobre las dos fuentes epistemológicas: por un lado, en el pensamiento occidental emergente es mayoritaria la posición de los pensadores que creen en la libertad del ciudadano, pero no consideran que las mujeres deban tener igualdad de derechos; y por otro lado; las mujeres atraviesan un vivencia contradictoria entre la frustración de haber sido desconocidas por la Revolución victoriosa y la adquisición de la experiencia, como sostiene Rowbotham (1972), de participar en amplios movimientos colectivos, lo que progresivamente les permitiría establecer la relación entre la acción social y su reivindicación social como mujeres.

La formulación del pensamiento social clásico (Siglo XIX)

Con el nacimiento del siglo pasado, va a formarse en Europa y Estados Unidos un clima intelectual poco favorable a la mujer y sus derechos. Un conjunto de factores van a coincidir en tal sentido durante la primera mitad del siglo XIX. En el campo del conocimiento, desde la medicina hasta la nascente ciencia de lo social, se impone la corriente que desde posiciones naturalistas o culturales considera establecida la inferioridad de la mujer. En el campo político, es la hora del bien articulado Código Civil napoleónico, que será tan útil para la organización administrativa de los Estados Occidentales, pero que sancionará por mucho tiempo la exclusión de las mujeres en este ámbito. En Francia, la cuestión del divorcio marca bien este cambio: establecido por la Revolución como un derecho civil, recibe progresivamente los ataques conservadores hasta que es abolido en 1826 por decreto. En el plano religioso, la Iglesia católica se vuelca hacia la potenciación de la virgen redentora: el marianismo se establece definitivamente en 1854 con la imposición del dogma de la Inmaculada Concepción.

Ahora bien, como ya se ha señalado (Perrot, 1989), el hecho de que sea mayoritaria la posición contraria a la igualdad de derechos de la mujer, no significa que la reflexión sobre mujer y género ocupe un espacio menor. En realidad, abundó el discurso científico, artístico, filosófico, religioso sobre la mujer, aunque para presentarla como proclive a la enfermedad (histeria), madre y fiel esposa, o ser angelical y virgen.

En el ámbito de la teoría social, este momento la fundación del pensamiento social clásico, también se ocupa de la mujer, tanto desde la perspectiva de la estabilidad como de la referida al conflicto. Comte (1798-1857) constituye la idea básica sobre la que operará la sociología hasta nuestro siglo: más allá de si es justo o no, la subordinación en el seno del matrimonio es fuente de estabilidad de la familia y por ende de la sociedad.

El peso considerable que tuvieron las tesis evolucionistas en la teoría social de la época, habieron el abanico de reflexiones sobre la mujer. Antropólogos como Morgan o Bachofen pusieron de manifiesto que el papel de la mujer no tenía que ser necesariamente el mismo en distintas etapas históricas o diferentes culturas. Pero el darwinismo social continuó apuntalando la idea sobre la inferioridad de la mujer.

El mejor exponente del evolucionismo organicista, Herbert Spencer (1820-1903), muestra esa doble opción: en sus primeras obras señala cómo la naturaleza de las mujeres no era un hecho establecido e inmutable, pero más adelante acepta determinadas tesis evolucionistas, por ejemplo, so-

bre la menor dimensión del cerebro femenino, terminando por aceptar que el lugar de la mujer es el espacio doméstico.

Desde la perspectiva del utopismo social, esa polarización está presente: desde las posiciones igualitarias (a través de la educación) de Fourier (1772-1837) o de Saint Simon (1760-1825), hasta las netamente antifeministas de Proudhon (1809-1865). Todo ello, a pesar de que la participación de las mujeres en los movimientos socialistas fue notable.

Sin embargo, es únicamente en torno a la marejada revolucionaria de 1848 cuando las mujeres vuelven a hacerse visibles en los procesos sociales y con ellas su deseo de igualdad. El socialismo cientifista y revolucionario de Marx y Engels adoptará como uno de sus principios la igualdad de derechos de hombres y mujeres.

En 1848 se crean periódicos como "La Voix de Femmes" de Eugénie Niboyet, que un año después se convirtió en "L'Opinion des Femmes", bajo la dirección de Jeanne Deroin. Esta última, junto a Paulina Roland, planean la constitución de una Federación de Asociaciones Obreras, por lo que son condenadas por el Tribunal (aunque en un gesto de caballerosidad decimonónica éste las deje posteriormente en libertad). Es importante destacar la participación femenina en la organización del movimiento obrero, entre otras razones, porque es durante el siglo XIX cuando los gremios y los propios sindicatos logran la expulsión de las mujeres de los más diversos oficios. Contra esta orientación y desde su lucha por organizar a la clase obrera, Flora Tristán escribe *Unión Obrera* (1843), libro del que publicará cuatro mil ejemplares mediante apoyo popular. Flora Tristán usará principios de Fourier para su propuesta organizativa, pero se separará de éste en cuanto a su consideración de que las mujeres deben conseguir primero la educación para tener derecho al trabajo.

Una eminente economista, Harriet Taylor (1807-1858), defenderá también el derecho inmediato de las mujeres al trabajo y la educación.

Coautora de *Los principios de economía política*, junto a John Stuart Mill, se ve impedida por su marido a firmar esa obra. Escribe, en todo caso, *The emancipation of women* que se publicará en Londres en 1851 (año en que contraerá matrimonio con Mill). Dos años después de su muerte, Mill escribirá su largo ensayo *The subjection of women*, que no será publicado sino hasta 1869. Si Flora Tristán puede considerarse como una precursora del feminismo socialista, Harriet Taylor es una de las primeras pensadoras del entonces feminismo burgués.

Hacia mediados del siglo XIX, diversas mujeres sobresalen en el mundo intelectual de la época. En literatura George Sand en Francia y George Eliot en Inglaterra; en

Matemáticas, Sophie Germain, Mary Somerville y Sonya Kovalesky; en las ciencias físicas, Caroline Herschel y Eleanor Omerod; en las sociales, la propia Taylor, Jane Adams y Harriet Martineau, la primera socióloga norteamericana (*Society in America*, 1868). Es decir, conforme avanza el siglo XIX se hace más patente la contradicción entre un sistema ideológico y político que segrega a las mujeres y el peso que muchas de ellas van adquiriendo en esa sociedad.

Sufragismo y ciencias sociales (1880-1940)

Hacia finales del siglo XIX, el clima intelectual fue haciéndose más permeable a la idea de la igualdad de derechos de las mujeres. Los descubrimientos científicos, en la propia medicina, fueron difuminando las convicciones acerca de la inferioridad femenina. En el campo de la ideología política, tanto entre los liberales como entre los socialistas, la idea igualitaria fue abriéndose paso. Una primera muestra de ello será la publicación en 1869 de *La subordinación de la mujer* de Mill, en 1880 el ensayo de August Bebel *La mujer y el socialismo*, y cuatro años más tarde, el conocido libro de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

Por su parte, las mismas mujeres se articularon en poderosos movimientos sufragistas que exigían los derechos civiles para la población femenina. En 1888 se celebra en Washington la primera convención fundadora del International Council of Women (ICW), que al año siguiente reúne en Londres cinco mil mujeres, representantes de otras 600 mil feministas en once consejos nacionales. Un nuevo movimiento de masas había nacido.

Sin embargo, al ascenso de esta oleada provocó rápidamente el pánico de distintos medios políticos y sociales. De esta forma, cuando se produjo el cambio de siglo, tras una fuerte depresión económica y en medio de una crisis de paradigmas, tuvo lugar un brusco resurgimiento de literatura antifeminista, tanto desde un regreso al naturalismo, como desde posiciones culturales contrarias al protagonismo excesivo de las mujeres. Una investigación para el caso de Francia (Maugue, 1987) señala que este rebrote ideológico, menos firme pero tal vez más agresivo que el de principios del siglo XIX, guarda relación con una fragilización de la identidad masculina producida por la crisis.

En una coyuntura de fuerte crítica al racionalismo, el ensayo literario fue fuerte campo para la discusión del feminismo. No sólo conocidos autores utilizaron su pluma para combatir el nuevo movimiento, sino que gran cantidad de mujeres, especialmente desde las filas católicas escribieron contra éste. Cabe mencionar a una de las más fervientes, Collette Yverqui, quien en sus novelas, como *Cervelines* o *Princesses de Science*, describe la triste suerte de las mujeres intelectualmente emancipadas. Veinte años más tarde Vir-

ginia Woolf (1882-1941) será figura clave de la emancipación femenina en este debate literario, principalmente en sus ensayos *Cuarto propio* y *Tres guineas*.

Ahora bien, como se sabe, el pasado cambio de siglo produjo también una explosión de escuelas en el campo de las ciencias sociales.

Desde distintas disciplinas se desarrollaron estudios sobre los significados de la diferenciación sexual. En la sociología, cabe destacar las referencias de Emile Durkheim (1858-1917) al tratar el suicidio (1897), donde acepta la subordinación de la mujer por razones de cohesión social; de Thorstein Veblen (1857-1929), quien describe esa subordinación en *The Theory of the Leisure Class* (1899) y sugiere que el acceso de las mujeres al trabajo es una de las formas de recuperar su condición como persona; de Georg Simmel (1858-1918), quien reconoce el dominio masculino en la cultura y en la estructura social, y acepta la diferencia natural de las mujeres, sin que ello signifique necesariamente inferioridad, para concluir que la complementariedad entre los sexos resulta funcional al desarrollo social. Finalmente, Max Weber (1864-1920) considera la familia como factor de estabilidad social, aunque es quien primero teoriza sobre el sistema de patriarcado, al reflexionar sobre dominación patriarcal y matrimonial en su obra *Economía y Sociedad*.

En psicología, Sigmund Freud (1856-1936) establece los fundamentos del psicoanálisis, a partir del estudio de la relación entre el hijo y la madre, así como a través de la búsqueda de explicaciones sobre el comportamiento psicológico femenino. Aunque la discusión sobre psicoanálisis y feminismo aún no está agotada, no hay duda que la versión popularizada de aquél colocaba a la mujer en una situación desventajosa.

En las primeras décadas del siglo XX, la antropología se dedica extensamente al reconocimiento de la familia y el matrimonio, donde se consolidan los roles de hombre y mujer. En este contexto cabe mencionar a Edward Westermarck, quien publica ya en 1891 *The History of Human Marriage*, donde sostiene la tesis, contra los evolucionistas, de que no existió un pasado promiscuo sino que la familia monógama es consustancial al surgimiento de la humanidad. Bronislaw Malinowski publica en 1913 *The Family Among the Australian Aborigines*, donde defienden la tesis de su maestro Westermarck acerca de la familia monogámica. En su obra posterior, *La vida sexual de los salvajes* (1929), Malinowski aboga por la apertura sexual desde la infancia, como fuente de una heterosexualidad sana.

A comienzos de los años veinte, el derecho al voto de las mujeres fue obtenido en buena parte de los estados occidentales. La mayoría de los grupos feministas, incluidas sus

organizaciones internacionales, se consagraron entonces a la prevención de la guerra y al mejoramiento social de las clases trabajadoras. Destacadas mujeres como Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo y Alexandra Kollontai, se dedicaron al activismo en los grandes partidos políticos dedicados al cambio revolucionario en Europa. La consecución de los objetivos centrales del movimiento sufragista y las convulsiones políticas generales, supusieron un receso del feminismo como movimiento autónomo y, de hecho, la reflexión feminista no recuperaría su impulso hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Fase clásica de la reflexión feminista (1940-1965)

Con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial se crea una coyuntura valórica favorable a la no discriminación por razones de raza, nacionalidad o sexo. La constitución de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y su Declaración de los Derechos Humanos, parten de la memoria de los desastres ocasionados por el nazismo en tanto ideología segregacionista. A través de este impulso se extiende el derecho al voto de las mujeres en aquellos países occidentales que no lo habían conseguido, y en una buena cantidad de naciones en el hemisferio sur, especialmente en América Latina. Para muchos, se cerraba así, en 1949, el capítulo de las reivindicaciones femeninas procedentes del siglo pasado. Sin embargo, ese mismo año, una francesa publicaba el libro que mostraría al mundo cómo las reivindicaciones feministas, en su sentido estricto, recién comenzaban.

Simone de Beauvoir había comenzado a escribir *El Segundo Sexo* antes que acabara la Guerra Mundial. Aunque todavía no usara la teoría de la diferencia entre sexo y género, Beauvoir instalaba su idea central: “no se nace mujer, se llega a serlo”. Con un notable bagaje filosófico, sociológico y psicoanalítico, *El Segundo Sexo* da el paso necesario para sacar la reflexión feminista del punto en que se había quedado con el sufragismo: las mujeres pueden adquirir la ciudadanía desde el lugar que ocupan en la sociedad, pero es la naturaleza de ese lugar lo que las convierte en ciudadanas de segunda clase. El libro de Simone de Beauvoir se convertirá así en un clásico del feminismo moderno.

Catorce años más tarde, al otro lado del Atlántico, una dueña de casa publica la reflexión íntima del papel que le hacen jugar. Al hacerlo establece la otra referencia de esta fase clásica: *La mística de la femineidad* (1963) de Betty Friedan sacude el espíritu de las mamás del baby - boom de unos Estados Unidos victoriosos. El único camino —les dice— que tiene la mujer, lo mismo que el hombre, para encontrarse a sí misma, para reconocerse como ser humano, es su propio trabajo creador.

Friedan rescita el movimiento feminista norteamericano, fundando la National Organization of Women (NOW), que se constituirá en un poderoso factor de opinión pública hasta nuestros días.

En esta fase, la teoría social se ocupa de la cuestión de género aunque sin hacer de ella algo demasiado central. En el campo de la sociología no obstante, el funcionalismo norteamericano retomará la cuestión a través de su convicción de que la familia cumple una función esencial en el desarrollo de la sociedad. El padre del funcionalismo, Talcott Parsons, en numerosos artículos y específicamente en la compilación *Family socialization and Interaction Process* (1955) introduce una idea fundamental: existen roles sexuales, masculino y femenino, como hay otros tipos de roles en las relaciones sociales (políticos, laborales, etc.). En realidad, se trata de una fuerte ruptura con las ideas naturalistas que todavía quedaban en la sociología. Parsons lo dirá claramente: es la importancia de las funciones que cumple la familia en la sociedad lo que hace que sea de naturaleza social la diferenciación de roles sexuales, lejos de ser motivada por causas puramente reproductivas. Ahora bien, si el rol femenino implica algún grado de subordinación frente al masculino, ello no le interesa demasiado a Parsons: le importa más la estabilidad social, como ya había sucedido con otros sociólogos decimonónicos.

Una situación semejante se produce en la teoría social europea con el nacimiento del estructuralismo francés. Claude Lévi-Strauss introduce su ya famosa metodología, precisamente a través de la preocupación temática sobre la familia. Cuando a fines de 1949 publica *Las estructuras elementales del parentesco*, sugiere que las identidades sexuales proceden de la cultura y no tanto de la biología. En su ensayo posterior, sobre la familia, Lévi-Strauss llega a sostener que la división sexual del trabajo no es otra cosa que un mecanismo para constituir un estado de dependencia recíproca entre los sexos. Pero él tampoco está demasiado interesado por el contenido valórico de esa dependencia.

Desde la antropología, la norteamericana Margaret Mead confirma, cuando publica en 1963 *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, el peso de la cultura para determinar no sólo los papeles sexuales sino sus conductas y comportamientos externos.

Esta preocupación indirecta de la teoría social por el rol de las mujeres, despertó no obstante el interés de las clásicas del feminismo. Simone de Beauvoir comentó de inmediato el apareamiento de *Las estructuras elementales del parentesco* y lo hizo positivamente en relación con la búsqueda de significados que pretendía Lévi-Strauss, aunque concluya invitando a que cada lector repiensé el libro a su manera (Jáuregui, 1990).

La reflexión del nuevo feminismo (1965-1979)

En la segunda mitad de los años sesenta, cuando tenía lugar una nueva marea de movilización social, se articula progresivamente lo que se ha dado en llamar el "nuevofeminismo". Como se ha dicho repetidamente, diversos factores contribuyen a establecer un clima favorable: no sólo la movilización antiautoritaria del momento, sino el cambio del ciclo de vida de las mujeres occidentales (aumento de la esperanza de vida, disminución de la fecundidad, etc.), la adquisición de la paridad educativa respecto del varón, y muy especialmente, la separación entre reproducción y sexualidad mediante el control científico de la natalidad, compusieron un cuadro propicio al desarrollo de un movimiento social nuevamente masivo y a una reflexión más radical sobre la condición de la mujer.

De esta forma, con el nacimiento de los años setenta se publica el texto que da inicio a la teoría feminista radical: *Política sexual* de Kate Millet (1970). El centro de su argumento consiste en establecer el sistema patriarcal como un sistema político que tiene como fin consciente la subordinación de las mujeres. La familia se encargará de esta tarea cuando la política estatal no es suficiente. Una versión no muy sofisticada de Freud permite a Millet destrozar el psicoanálisis. Un año después, Shulamith Firestone publica otra pieza clave del feminismo radical: *La dialéctica de los sexos* (1971), donde sostiene abiertamente que las mujeres constituyen una clase social, cuya liberación sólo puede proceder de una nueva organización de la sociedad.

Paralelamente, surge dentro del nuevo feminismo la corriente de izquierdas, representadas fundamentalmente por Juliet Mitchell y Sheila Rowbotham. La primera publica en 1971 *La condición de la mujer* y en 1974 *Psicoanálisis y Feminismo*, donde realiza una visión más compleja de Freud que la que hiciera Millet. Por su parte, Sheila Rowbotham, con sus trabajos *Feminismo y Revolución* (1972) y *La mujer ignorada por la historia* (1974), busca una reflexión que, señalando la autonomía del feminismo, no lo separe del cambio social global.

En el campo de la teoría social, esta etapa, que corresponde al inicio de la crisis de los paradigmas (Gomáriz, 1991), no se caracteriza por una reflexión abundante sobre la cuestión de género. De manera indirecta, al estudiar la sexualidad, la corriente psicoanalítica se refiere al tema, tanto a través de la escuela de Frankfurt, con Fromm y Marcuse, como mediante la escuela francesa (psicoanalista y postestructuralista) con Lacan y Foucault. Más bien, la investigación sobre diferenciación sexual corre a cargo de biólogos y etólogos, como Konrad Lorenz, Premio Nobel en 1973, quienes van a fundamentar las raíces biológicas de esa diferenciación, conteniendo ciertas tesis culturalistas.

En relación con estos descubrimientos, una fracción del feminismo decidirá avanzar en esa dirección conformando lo que se dio en llamar, a mediados de los años setenta, "el feminismo de la diferencia". En Estados Unidos y Francia, Karen Harvey, Annie Leclerc y Lucy Irigaray, sostienen que lo sensible e irracional es característico de las mujeres, cuya sensualidad y capacidad de placer las sitúan por encima de la mente, la racionalidad y los valores masculinos. Ser diferente es precisamente lo que hace hermosa a la mujer. Los méritos de la maternidad se subrayan y se llega a hablar de la envidia del útero, por oposición a las tesis de Freud.

A fines de los años setenta, el movimiento feminista de los países occidentales comienza a perder su capacidad movilizadora, justo en el momento que obtiene victorias significativas. En 1979 es cuando se aprueba en Naciones Unidas la "Convención sobre la eliminación de toda forma de discriminación contra la mujer", que, además de introducir la idea de la discriminación positiva, obliga formalmente a los países que la ratifican a establecer oficinas gubernamentales para la promoción de la mujer. Además, comienzan a instalarse en la estructura académica y universitaria de diversos países del hemisferio norte, departamentos de estudios de la mujer, que institucionalizan la producción teórica y descriptiva.

La teoría de Género (Años ochenta)

Con la llegada de los años ochenta, los estudios de género adquieren orientaciones más complejas. En el cambio de década se desarrolla la discusión entre el "feminismo de la diferencia" y los distintos sectores del "feminismo de la igualdad", el más prominente de ellos, representado por Francoise d'Eaubonne y Christine Delphy, conocido como el feminismo radical de "lucha de sexos". Este sector trata de combinar la idea de explotación de clase con la de opresión patriarcal, para identificar a las mujeres en el cruce de ambas, apuntando a la recuperación del concepto de "casta". Christine Delphy se apoya en la teoría de género para criticar severamente el feminismo de la diferencia, al que califica de neofemineidad".

Otro tipo de reflexión nace del balance retrospectivo que hacen algunas feministas de la teoría y la práctica del feminismo durante los años setenta. Ese es el motivo principal que mueve a Betty Friedan a publicar *La Segunda Fase* (1981). La idea central de este nuevo trabajo es la necesidad que tienen las mujeres de abandonar la nueva mística (feminista) para continuar avanzando en su liberación. Friedan busca salir así de la disyuntiva guerra de sexos o postfeminismo, que, progresivamente cobra relieve en Estados Unidos y Europa. En esta segunda fase, el

feminismo debe buscar para las mujeres el equilibrio entre la actitud de la lucha y las necesidades afectivas, entre el éxito profesional y la intimidad.

En el ámbito específico de la teoría, se consolida en esta década el sistema teórico sexo-género, que supera (De Barbieri, 1990) en profundidad y extensión las distintas teorías sobre el patriarcado. De Barbieri identifica tres orientaciones en el desarrollo de la teoría de género. Por una parte, las/os autoras/es que concibe el género como un sistema jerarquizado de estatus o prestigio social, siendo las autoras más representativas Carol Gilligan y su libro *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development* (1982) y Nancy Chodorow con su *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1978). (Esta opción llamada maternalista sirvió también para fundamentar el feminismo de la diferencia).

Una segunda orientación es la que privilegia la división social del trabajo como elemento motor de la desigualdad, basada en la investigación sobre la inserción femenina en el mercado de trabajo, la participación sindical, etc., y que tiene como una de sus exponentes a la francesa Danielle Kergoat. La tercera perspectiva considera los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social de dominación. De Barbieri menciona a Gayle Rubin (1986) y su bagaje lacaniano, así como otras hipótesis procedentes del postestructuralismo y las teorías del poder (Foucault, Deleuze, Derrida).

Por su parte, la teoría social se encuentra inmersa durante los ochenta en una crisis de paradigmas que, entre otras consecuencias, introducen una brecha entre la investigación empírica y la construcción teórica. En este contexto, la reflexión sobre género apenas ocupa lugar frente a otras preocupaciones, a excepción de la continuación de los estudios sobre sexualidad y del acceso de alguno/as investigadores/as al examen de algo novedoso: el género masculino.

Los estudios sobre la construcción social de la masculinidad ya se habían desarrollado durante los años setenta, en buena medida como reflejo del avance de la teoría feminista: ya fuera en alianza con el feminismo (*El hombre liberado*, de Farrell en 1974, *Sex: male, Gender: masculine*, de Petras en 1975, etc.) o para rechazarlo (*El varón domado*, de Vilar en 1973, *La inevitabilidad del patriarcado*, de Goldberg en 1973). Al cambio del decenio, esta producción se había consolidado en el espacio angloamericano, tanto a través de la escuela del crecimiento personal (al estilo de *Sex and the Liberated man*, de Ellis, 1976, o *Male sexuality* de Zilbergeld, 1978), o mediante una perspectiva más académica (desde *Dilemmas of masculinity* de Komarovsky, 1976, hasta *The American Man* de Pleck and Pleck, 1980).

Así pues, la novedad consiste en que finalmente una proción de varones se dedican a la problemática de género, aunque sea a partir del estudio del suyo propio. Y la acumulación realizada durante los años setenta no tienen un volumen menor: en 1979 el Instituto Tecnológico de Massachusetts había listado 1.300 items como bibliografía de estudios de la masculinidad. (si bien durante la década de los setenta este proceso estuvo velado por el fenómeno más importante del nuevo feminismo).

Es durante los años ochenta cuando la producción sobre masculinidad puede situarse más propiamente en relación con las teorías de género. También porque diversas autoras consideran frontalmente que una tal teoría no puede serlo sin referirse a ambos géneros (DeBarbieri, 1990). Por ejemplo, en su libro sobre la maternidad, Chodorow reflexiona sobre la construcción de la femineidad y la masculinidad de forma sistemáticamente comparada. En esta década la reflexión sobre la construcción social del varón avanza en dos direcciones: por un lado, se sigue adelante con la producción procedente de los "alidos" del feminismo (Kimmel, 1991), y por otro lado, una serie de hombres buscan estudiar de forma autónoma la masculinidad.

Entre estos últimos, cabe diferenciar los que tienen una matriz más analítica y los que pertenecen al movimiento de crecimiento persona o "mitopoético", la estilo de Robert Bly y su nuevo trabajo *Iron John: a book about men* (1990). En cuanto a los más analíticos, las diferencias de matriz teórica no son distintas de las mencionadas para los estudios sobre la mujer: neomarxistas, psicoanalistas, postestructuralistas, etc. Sobre este asunto ya se han hecho análisis descriptivo, como los de Carrigan (1987), y el trabajo más extenso de Kenneth Clatterbaugh *Contemporary perspectives on masculinity: men, women, and politics in modern society* (1990).

De esta forma, el balance de los años ochenta muestra claramente la complejidad antes mencionada. En cuanto a la primera fuente epistemológica, el movimiento de emancipación de las mujeres, el decenio muestra su definitiva crisis organizativa en Europa, que en Estados Unidos se convierte en un contragolpe conservador (Faludi, 1991), mientras crece y se desarrolla en le hemisferio sur y principalmente en América Latina. No obstante, la reflexión feminista se amplía y consolida, especialmente a través de su posición establecida en las universidades.

Se abre el abanico teórico, desde el regreso a la lucha de sexos-clases hasta las formulaciones del postfeminismo, pero es la teoría de género la que se desarrolla más ampliamente cuando acaba la década.

En cuanto a la otra epistemológica, la teoría social general, se produce paralelamente una pérdida de prioridad de

la cuestión de género en las reflexiones sociales (frente a las preocupaciones procedentes de la crisis de paradigmas), al mismo tiempo que se apunta una especialización, los estudios de género, que abarca la construcción social de mujeres y hombres. En este sentido, cabe destacar la progresiva fusión de las reflexiones procedentes de las dos fuentes epistemológicas aquí mencionadas.

3. Perspectiva de los estudios de género: Teoría y realidad social

La descripción realizada hasta aquí de la evolución de los estudios de género indica cómo ciertos tópicos se mantienen o aparecen de forma intermitente, a la vez que muestra que esta reflexión se ha ampliado y se ha hecho más compleja. Quizás sea una tarea demasiado ambiciosa tratar de hacer ahora un balance concluyente que permita señalar perspectivas: parece más prudente limitarse a comentar algunos aspectos de esa tarea general.

Una vía metodológica para avanzar en tal sentido puede consistir en identificar el estado actual de los estudios de género a partir de los desarrollos últimos de cada una de las fuentes epistemológicas (ciencias humanas y feminismo), para tratar luego de componer un cuadro taxonómico general. Ciertamente, si se quiere que este ejercicio se mantenga pegado al terreno será indispensable relacionarlo con la realidad social y sus cambios.

Ahora bien, cuando se trata de iniciar un ejercicio de esta naturaleza aparece de inmediato un problema que resta claridad al escenario ideográfico, entre otras razones, porque surge de forma intermitente atravesando todas las opciones y porque tiene esa cualidad recurrente de las cuestiones que cuanto más se consideran secundarias mayores efectos colaterales tiene. Nos referimos al viejo y nuevo tema del peso de lo biológico en la conducta humana sexuada, que durante los últimos veinte años ha sido expulsado por la puerta para colarse de nuevo por la ventana, causando una de las mayores divisiones en el propio feminismo (el feminismo de la diferencia). Por ello, si quiere clarificarse previamente el horizonte temático, parece razonable enfrentar este problema cognitivo.*

3.1. Teoría feminista y estudios de género

El balance de la producción teórica feminista de los años ochenta ha de tomar en cuenta un hecho fundamental: que en sus ámbitos de producción más importantes, los países del Hemisferio Norte, ha tenido lugar sin estar acompañada por un movimiento social pujante, como había sucedido en la década anterior. Bien por extenuación de su tensión militante, como en Europa, o arrinconado por un

auténtico contragolpe político, como en Estados Unidos, el feminismo consiguió colocar la cuestión de la emancipación de las mujeres en la agenda pública desde mediados de los años setenta, para comenzar a desarticularse como movimiento social años después.

Pero si se observa el fenómeno en la perspectiva opuesta también hay un hecho destacable: que el declive del movimiento social no significó una reducción paralela de la producción teórica. Es posible que durante los ochenta no hayan aparecido libros de lectura masiva, al estilo de *Política sexual* o *Feminismo y revolución*, pero puede afirmarse que, especialmente desde su espacio en las universidades, el feminismo aumentó la investigación y la construcción de tesis, su reflexión adquirió un mayor rigor académico y, sobre todo, se abrió notablemente el abanico de sus escuelas y propuestas.

Esta diferenciación tuvo lugar en los dos ámbitos temáticos de que se ocupa la teoría feminista: a) el referido al diagnóstico y explicación —también histórica— de la condición de la mujer, y b) el que guarda relación con los procesos de emancipación, es decir, con la discusión sobre estrategias. La diversificación respecto a este último ámbito es bastante lógica (ya sucedió con otras teorías de cambio social): cuando la agitación se disuelve, las posiciones van desde quienes piensan que el movimiento ya cumplió su cometido (postfeminismo) hasta quienes sostienen que la única forma de reactivarlo es endurecer posiciones (guerra de sexos), pasando por quienes buscan recuperar su capacidad de influencia por otras vías (neofeminismo o feminismo de segunda fase).

Las razones de la diversificación teórica en cuanto al diagnóstico y la explicación son más complejas. Por un lado, también ha sucedido con otras teorías del conflicto que, precisamente en los periodos de ausencia de movilización social, la reflexión se extiende por aspectos teóricos no resueltos y antes simplificados, haciéndose así más compleja. Por otro lado, es indudable que la teoría feminista ha absorbido —siempre lo hizo— elementos de nuevas escuelas y propuestas de la teoría social general (postestructuralistas, postmodernas, etc.), precisamente en un momento en que ésta explotaba en parcialidades, al atravesar una crisis notable de paradigmas (Gomáriz, 1991). Finalmente, porque la diversificación de propuestas estratégicas antes indicada se interrelaciona con las proposiciones explicativas produciendo toda su suerte de cruces múltiples.

Por todo ello, más que ampliar la descripción de corrientes que se hizo en el acápite sobre periodización, quizás ahora lo útil sea realizar un recuento de los núcleos temáticos que aparecieron en una reflexión feminista desde el nacimiento de los años ochenta.

Una enorme veta de producción teórica y argumental ha estado referida a lo que podría denominarse la revisión crítica del propio feminismo. Según Faludi (1991) este volumen considerable de literatura hay que relacionarlo con el retroceso mismo del feminismo: una parte sería causa y otra producto del contragolpe. En el peor capítulo de su valioso libro, Faludi no duda en englobar a toda esta literatura crítica: desde las antifeministas de la Nueva Derecha (al estilo de Connie Marshner o Beverly LaHaye) hasta las neofeministas (como califica a Gilligan, Friedan, etc.).

Ahora bien, una visión menos defensiva de esta producción crítica podría distinguir tres ópticas: a) la efectivamente antifeminista, cuyas críticas al feminismo son medulares y están hechas desde la convicción de que lo mejor para las mujeres es mantener su condición tradicional, introduciendo si acaso algunas modernizaciones, b) las postfeministas, que critica aspectos parciales del feminismo, especialmente al activismo impenitente, por cuanto considera que su papel ya se ha cumplido y que ahora la emancipación femenina se dará por deslizamiento social, c) la neofeminista, que hace un balance crítico del feminismo en la idea de poner en cuestión todo aquello que considera mitos que se han transformado o se pueden transformar en obstáculos para ganar el cambio cultural. Ciertamente, un conjunto de críticas también surgieron de diversas autoras, cuya producción no estuvo dedicada fundamentalmente a realizar ese balance.

En cuanto a la revisión del sustrato ideológico del feminismo es necesario subrayar que, como ya se vio, la ideología feminista es bastante variada. No obstante, es algo aceptado que eso no impide la existencia de un sustrato que conecta al feminismo liberal con el radical, al de la diferencia con el de la igualdad. En todo caso, es cierto que la revisión de los ochenta se refirió principalmente al llamado nuevo feminismo de los años setenta y setenta.

Entre los elementos ideológicos cabe destacar los que revisaron la mitología sobre la naturaleza de la mujer. Probablemente, la crítica más general ha sido hecha por el feminismo de la diferencia a los mitos sobre la igualdad de los sexos. De acuerdo a esa mitología, la igualdad de derechos y oportunidades debía basarse en la idea de que ambos géneros eran idénticos en todo lo posible. En este contexto, se dieron ejemplos notables del mito. Una fantasía muy criticada fue la referida a la fuerza física: las mujeres tendrían menos fuerza muscular que los hombres porque la cultura se lo impondría. De esta forma, se confundía el hecho cierto de que en muchas culturas orientales y occidentales las mujeres han de ser físicamente débiles para ser femeninas, aumentando artificialmente la diferencia entre ambos géneros, con una obviedad biológica: la distribución hormonal de los hombres opera, como es la norma de los mamíferos

machos, para que cumplan funciones defensivas (huesos más largos, músculos más fuertes y estriados, pilorización a los efectos, en barba, tronco, etc.). La contraargumentación feminista (comparando altas alemanas con japoneses bajitos, o imaginando escenarios en donde las mujeres se dedicaban insistentemente al ejercicio físico y los hombres a actividades suaves y debilitantes) han conformado una verdadera antología del disparate, que obligó a la protesta —por tergiversación de su obra— de Margaret Mead y al rechazo generalizado desde el feminismo de la diferencia.

Uno de los mitos más acentuadamente criticados fue el de la naturaleza única de la mujer. Contrariando el acento puesto durante los sesenta en lo que hay de común entre las mujeres, la producción intelectual de los ochenta subrayó la fuerte diversidad existente en la población femenina, según clase, raza o cultura. En este contexto, la diferenciación de las mujeres del Hemisferio Sur alcanzó su estatuto teórico con los estudios sobre Mujer y Desarrollo. Este señalamiento de la diversidad no es ajeno a los movimientos teóricos de la época (postestructuralismo y postmodernismo), pero estaba fuertemente apoyado en la evidencia empírica. Quizás por ello fue una de las autocríticas mejor aceptadas por el conjunto del movimiento.

El otro mito largamente criticado fue el de la naturaleza ontológicamente buena de las mujeres (ymala, por oposición, de los hombres). Como sucedió con otros movimientos de liberación, las mujeres convirtieron en sujeto de virtud por el hecho innegable de ser dominadas, como antes lo fueran proletarios o negros. tal descripción general, que resulta grosera a primera vista, constituyó la base de críticas puntuales. Con respecto al poder, desde posiciones postestructuralistas, diversas autoras criticaron la visión unilineal del poder únicamente masculino, para señalar su carácter relacional entre los géneros y subrayarlas estructuras de poder entre las mujeres (ver la compilación de Davis y Leijenaar, 1991).

Desde el psicoanálisis, se ha enfatizado la capacidad de manipulación emocional de las madres, esos seres pasivos en Freud (terapeutas clínicas en Francia mostraron que enfermedades graves generadas en la primera infancia tendrían origen en el poder de desarticulación emocional de las madres). Algo que guarda relación con la crítica general a la necesidad de mostrar sólo la condición de víctima de la mujer. Muchas feministas odian esa inclinación, pero pocas la rechazan hasta sus últimas consecuencias, como sucede con el dramático tema de maltrato. La violencia masculina contra las mujeres se convierte efectivamente en víctimas, pero esa imagen se hará exclusiva mientras se silencie su capacidad de ser también victimarias cuando tienen superioridad física y psíquica para ello: en los casos —muy minoritarios— en que el hombre es más débil, en personas más

jóvenes y, sobre todo, en los menores (el maltrato de niños —incluido en onfanticidio— es obra principalmente de mujeres).

De forma general, la polémica con el feminismo de la diferencia mostró cómo éste, que criticaba los mitos de la identidad de los sexos, caía en la defensa del mito de la bondad de las mujeres. En el plano de la ciudadanía, diversas críticas surgieron contra la idea de una entidad política mejor de las mujeres (además de la ya mencionada de Mary Dietz, 1987). Asimismo, en la relación entre mujer y otros temas, surgen críticas acerca de la tentación frecuente de establecer relaciones privilegiadas: por ejemplo, con el medio ambiente (la mujer tendría una relación más natural con el entorno), como rechaza reiteradamente Haydeé Birgin.

En cuanto al feminismo como fenómeno social, la revisión crítica ha abarcado desde los aspectos valóricos hasta los propiamente estratégicos. Sobre los primeros, se ha hecho un conjunto de observaciones que conducen a una misma conclusión: como sucedió con otros movimientos reivindicativos, el feminismo se mueve frecuentemente como si la justicia de su lucha le otorgará una carta blanca moral. De esta forma, pareciera que su acción puede orientarse sin temor a tropellar otros derechos o, por omisión, sin necesidad de tomar posición ante otros conflictos de gran dimensión (una huelga nacional, una grave crisis política, etc.) porque se trata de “asuntos entre hombres”. Esa sensación de ausencia de límites guardaba relación con la inclinación a la autocomplacencia: las mujeres feministas podían equivocarse políticamente pero nunca lo estaban moralmente. La revisión sobre el MFL francés puso de relieve esto último.

En los recuentos sobre los movimientos de los distintos países salieron a la luz fuertes conflictos de poder, que su suponía eran patrimonio exclusivo de las organizaciones masculinas. Mas aún, la desconfianza respecto a las mujeres heterosexuales en las organizaciones claramente feministas y la atribución a una preferencia sexual de la pureza ideológica y la claridad estreteológica, dejó de ser un secreto entre iniciadas para aparecer en las publicaciones (Habib, 1988).

En cuanto al tema sobre estrategias, la discusión ha estado referida a la realidad social de los años ochenta, por lo que se mostrará más adelante, cuanto se analice ésta. (Ello es especialmente válido para situaciones como la de Estados Unidos, donde el contragolpe destruyó parcialmente la demanda moral feminista en ese país).

Sobre el balance de esta reflexión crítica, valgan un par de observaciones finales. El hecho de que, al lado de la revisión autocrítica, tuviera lugar en los ochenta la ofensiva ideológica antifeminista, dirigida a demostrar que el femi-

nismo, lejos de mejorar la condición de las mujeres, en realidad las perjudica, provocó una reacción defensiva (al estilo de Faludi) donde cualquier crítica fue percibida con el mismo origen. Por otra parte, la revisión desde el feminismo fue surgiendo de forma atomizada, no consiguiendo adquirir una sistematización suficiente como para facilitar una nueva cultura: a excepción de sectores del feminismo bien informado, no puede afirmarse que el conjunto de las críticas haya disuelto el segmento cultural mitológico de la mayoría de los grupos feministas. (En el caso de América Latina, el documento sobre la superación de los mitos del Encuentro feminista de 1987 en México, editado con el título "Del Amor a la Necesidad", nunca tuvo mayores desarrollos, y de hecho, fue olvidado en el posterior encuentro de Buenos Aires).

Además el esfuerzo de autoexamen crítico, el feminismo se centró durante los ochenta en la acumulación teórico-explicativa y, dentro de ella, en la reflexión sobre la naturaleza (epistemológica) de su opción cognitiva. Y no hay duda de que fue en el campo de la teoría explicativa donde se produjeron los cambios más notables. (Las nuevas corrientes fueron mencionadas al realizar la periodización, ahora cabe apuntar el significado de los cambios). Primero se produjo la ruptura del feminismo al diferencia, que más allá de lo acertado de sus tesis, introdujo una flexibilización indudable en el escenario ideológico feminista. Después tuvo lugar el desarrollo de la teoría de género que—bastante más cuidadosa de su rigor interpretativo— amplió profundamente la modificación del escenario teórico: no sólo mostró los límites del paradigma del patriarcado, sino que con ella perdieron fuerza las viejas tesis —leninistas— de la deonomía volitiva consciente del Estado y la población masculina sobre las mujeres. Desde luego, no se trata de que las construcciones culturales sean menos peligrosas que las supuestas conspiraciones de política sexual, simplemente puede que expliquen mejor la realidad (facilitando así la discusión estratégica sobre su cambio).

Ciertamente, todavía es difícil saber el alcance que puede tener esta teoría en desarrollo. Por el momento, se ha producido una extensión casi universal de la categoría (género), usada con frecuencia más como contraseña cultural que otra cosa. Pero, como se ha dicho (Navarro, 1991), ahí concluyen las coincidencias: no hay acuerdo todavía acerca de cómo se articula la identidad de género socialmente construida con las predisposiciones innatas (biológicas o "biologizadas"), no cómo se producen en el tiempo los cambios en los géneros y en sus relaciones, o en qué aspectos hay percepciones y actitudes muy distintas entre los géneros y en qué aspectos son claramente similares.

Por otra parte, las distintas corrientes que se adscriben a esta teoría tienen diferente consideración sobre su rango:

desde quienes le dan una dimensión panexplicativa, hasta quienes la reducen a una categoría entre otras. También es evidente que se ha desarrollado más la significación categorial referida al sexo/género como construcción social que la significación sobre el sentido relacional que contiene. Finalmente, queda el problema —no precisamente menor— de la relación de esta propuesta con el resto de las existentes en la teoría social general. (Pero sobre este asunto se regresará más adelante).

Otro núcleo de la reflexión durante los ochenta se refiere al examen de la naturaleza epistemológica de la teoría feminista. Esta preocupación ha adquirido relieve con la consolidación de los estudios sobre la mujer y de género en las universidades, respondiendo también a la necesidad de las académicas de mostrar la entida de sus preocupaciones cognitivas. Por ello, esa producción ha ido surgiendo por separado en las distintas ciencias humanas (principalmente en historia, filosofía, sociología, antropología y sociología). En cada uno de estos campos, la motivación ha consistido en demostrar que el apellido feminista que se agregaba a cada disciplina suponía aportes concretos, en los planos temáticos, teóricos y metodológico. Así, por ejemplo, la teoría sociológica feminista contribuiría a mostrar un sujeto de estudio, las mujeres fundamentalmente; una teoría que explica la realidad social a través de las relaciones de género, y un aporte metodológico, por cuanto facilitaría la difícil relación entre las dimensiones micro y macro de la teoría social (Madoo, Niebrugge-Brantley, 1988).

La mayoría de las autoras considera que la teoría feminista en su rama es una contribución científica, pero como lo puede ser la teoría funcionalista o la marxista: como una escuela de la disciplina constituida. Las dudas aparecen cuando se plantea la posición más densa: la teoría feminista es una ciencia en sí misma. Quizás sea la filósofa norteamericana Sandra Harding quien ha planteado más abiertamente esta proposición, a través de toda una serie de trabajos dedicados a la relación entre feminismo y conocimiento científico. En el último de ellos (1991) reúne sus reflexiones anteriores y las relaciona con los problemas epistemológicos que presenta hoy la ciencia (y más profundamente las ciencias sociales). Su idea consiste en que la actual crisis de las ciencias obliga a su reconstrucción y que es una buena coyuntura para contribuir a ello desde el feminismo.

Harding plantea la posibilidad de que pueda hablarse de ciencia feminista desde dos perspectivas: por un lado, porque la vida de las mujeres proporciona una óptica diferente para reconocer la realidad social, estableciéndose así una episteme particular. la cual, además, se puede constituir mediante otra forma de conocer (la propia de las mujeres donde intervendría más la intuición, el mundo afectivo la forma circular de pensar, etc.). Por otro lado, si es

cierto que el conocimiento se construye desde las condiciones de la propia realidad social, éste será parcial cuando no tome en consideración las relaciones sociales fundamentales y especialmente las que se reproducen en términos de dominación, como la existente entre los géneros.

En la primera vía se evidencia en Harding su contagio con la antiespitemología europea: si las ciencias no nos conducen al prometido progreso, entonces "todo vale" en la construcción del conocimiento. Y por ahí es fácil para Harding integrar el conocimiento no sistemático, subjetivo, etc. de las mujeres comunes y corrientes. En otra oportunidad (Gomáriz, 1991), he mostrado que nada garantiza el éxito de esa propuesta gnoseológica (todavalismo) y que no hay que confundir el cretinismo cientifista de que la ciencia es la mejor forma de conocer, con el hecho de que cada esfera de conocimiento tiene sus propios límites, sea artística, valórica o científica, (no teniendo mucho sentido componer pirámides de edades mediante impresiones literarias y viceversa).

Ciertamente, el esfuerzo de Harding para encontrar una episteme propia del feminismo procede de un temor justificado: con frecuencia, el discurso feminista no es otra cosa que aplicación al conflicto de género de otras teorías sociales. Algunas autoras han realizado críticas acerca del uso no explícito de Weber, Marx, Freud, Foucault, Lacan, etc. entre las feministas. Con el postestructuralismo primero y el postmodernismo después esta se ha agudizado: aparecen trabajos, cuya óptica explicativa es fácilmente identificable, a los que se agregaron algunos párrafos de problemática de género, y se presenta como interpretaciones feministas de la realidad social. Desde luego, esta no es la única solución: siempre es posible, como lo hacen Davis y Leijenaar (1991), comenzar aclarando que el feminismo no está en condiciones de interpretar la realidad social sin apoyarse en otras teorías sociales, lo que supone el esfuerzo de tener que elegir entre ellas (es decir, conocerlas en profundidad), para poder usarlas adecuadamente desde la perspectiva de género.

Pero por más justificado que sea este temor no parece todavía posible construir una episteme cognitiva a partir de la vida común de las mujeres. De hecho, algunas feministas no coinciden con la disolución de rigor sistemático, o con el desaparecimiento de los sujetos sociales cognoscibles, ideas del postmodernismo, precisamente cuando el feminismo está consiguiendo ser todo eso (Birgin, 1992). ¿Cómo se sabe que la vida de las amas de casa constituye una episteme a utilizar para una ciencia transformadora, como es el objetivo de Harding? ¿Cómo afirmar que la forma de conocer sistemática es una vía para constituir ciencia y no simplemente la forma característica de seres dominados, en vez de mujeres libres? En todo caso, el libro de Harding no es un buen ejemplo de ello: su estilo lógico y acabadamente

sistemático muestra bien cuáles son las pautas del discurso científico.

Mucho más prometedora parece su otra vía de argumentación: una ciencia de la realidad social que no integre epistemológicamente el conflicto en sus dimensiones fundamentales está sesgada y no busca la objetividad. Siendo relativamente sencillo demostrar que el conflicto entre géneros no es menos antiguo ni importante que otros (entre clases, razas, etc), una perspectiva que se construya desde el centro del conflicto y a partir de la población dominada no sólo puede ser más omnicomprendensiva sino que valóricamente más sólida (y ya se sabe que las ciencias sociales están contaminadas de valores históricos). En esa dirección, la argumentación de Harding no es menos consistente que la de cualquier epistemólogo marxista, lo que deja las cosas en forma muy simple: si el marxismo es una ciencia, el feminismo también lo es.

Por otra parte, Harding tiene extremo cuidado en limpiar de sociologismo gnoseológicos su proposición: la teoría feminista del conflicto es una perspectiva cognitiva válida por su propia posición epistemológica, independientemente de quien la practique (mujeres, hombres o andróginos). En este punto se separa radicalmente de las partidarias de una "ciencia de mujeres", "cualquier cosa que ello signifique" (Harding, 1991, p. 298); es decir, por ejemplo, una sociología hecha "por, para y sobre la mujer", al estilo de Ollenburger y Moore (1991, p.66). Harding refirió al autor de este ensayo, en 1990, su preocupación por integrar hombres en sus programas de investigación epistemológica).

El futuro de esta reflexión sobre el carácter científico del conocimiento feminista parece, al menos, haberse unido para siempre a la suerte que pueda correr el debate sobre el conjunto de las teorías del conflicto. Desde esa perspectiva, sólo rechazando tal opción epistemológica general será posible desconocer el aporte científico del feminismo. A menos que se acuda al cómodo recurso de la ignorancia, algo que como veremos a continuación no es difícil encontrar en la producción actual de las ciencias humanas.

3.2 Género y teoría social

El balance de la reflexión sobre género realizada desde su otra fuente epistemológica, las ciencias humanas, ha de partir de una consideración fundamental: el estado de crisis teórica y de paradigmas en que ésta se encuentra desde los años setenta. Sin necesidad de describir el desarrollo de este proceso (tratado en otra oportunidad, Gomáriz, 1991), puede señalarse que, de cualquier modo, no se trata de una crisis meramente externa (un cambio tan rápido y profundo de la realidad social que invalida las teorías existentes), sino

también interna: la crisis de la epistemología que afectó desde los setenta a la construcción científica en general, no podía sino tener efectos aún más drásticos en las ciencias humanas. Así pues, desde mediados de los setenta se manifestó progresivamente una crisis: a) propiamente teórica, es decir, de enormes dificultades para explicar los cambios de la realidad social, y b) de paradigmas, es decir, de agotamiento de los consensos mínimos—siempre relativos en las ciencias sociales— que permitieron primero la hegemonía del funcionalismo y luego el corto período de ascenso de las teorías del conflicto (entre 1968 y 1975).

De esta forma, a fines de los años setenta, ya se había instalado lo que Turner define como la fragmentación estéril de la teoría social, al mismo tiempo que la separación radical entre esfuerzo teórico explicativo e investigación microempírica. De este contexto, cobró fuerza la propuesta postmodernista, que venía a considerar la crisis como el nuevo estado—positivo, natural—de las ciencias sociales. El desarrollo de los ochenta mostró cómo la propuesta no consiguió—como lo había hecho su antecesor, el postestructuralismo—realizar producciones de peso que explicaran la realidad social. Tuvo más éxito, sin embargo, en favorecer la vieja competencia cognitiva entre ciencias y artes, para suavizar el cretinismo del conocimiento científico y recuperar el valor del conocimiento artístico. Por ello, a su vez, la propuesta postmoderna tuvo más presencia en ámbitos como la crítica literaria que en las ciencias sociales: de hecho, ninguno de los autores con proyección teórica de los ochenta (Giddens, Habermas, Luhman, Collins, Turner, Bordieu), han usado la propuesta postmoderna. Todo indica que, aunque la crisis teórica continúe, la propuesta postmoderna no resulta una alternativa metodológica o teórico-explicativa fácil de utilizar, ni ha conseguido consenso paradigmático entre los productores de pensamiento social.

En este contexto, la reflexión sobre género desde las ciencias humanas sólo tuvo avances parciales durante los ochenta. La problemática sexo/género fue tratada con bastante frecuencia por las ciencias de la conducta (desde la etología a la psicología, pasando por los diferentes espacios de la biología), así como diversas autoras se centraron—principalmente desde el psicoanálisis—en la cuestión de la identidad psicológica femenina. Por otra parte, las ciencias humanas comienzan a aceptar que las esferas privadas son materia sustantiva de estudio, no sólo desde el plano psicológico, sino desde su relación con lo social. El postestructuralismo avanzó bastante en esta dirección: la idea cara de Foucault de que el poder debe estudiarse no desde arriba hacia abajo sino al contrario. Pero los estudios sobre la vida cotidiana interesaron a otras disciplinas: quizás el esfuerzo por historiarla de Ariés y Duby (1989) sea la obra más amplia en los ochenta. Desde el plano de las cien-

cias sociales, los dos principales desarrollos ya fueron mencionados: 1) el hecho de que un pequeño segmento de científicos sociales comenzaran a estudiar la construcción social de la masculinidad y 2) el mismo surgimiento de la teoría de género como algo procedente tanto de la teoría feminista como de las ciencias sociales, o dicho de otra forma, de la fusión provocada por la instalación de la tensión feminista en los centros académicos.

Pero el avance fue muy limitado en cuanto a la relación directa entre cuestión de género y teoría social general, y ello en sus dos sentidos: tensión de las/os productoras/es que trabajan la problemática de género por incorporarse/ubicarse en el contexto teórico general, y, viceversa, interés de la teoría social general por absorber la teoría de género como algo relevante.

En este último sentido, puede afirmarse que las ciencias humanas y muy especialmente las sociales, apenas han hecho otra cosa en los años ochenta que mencionar la problemática de género cuando “tropezaban” con ella, para volver rápidamente a los temas “más importantes”. No es posible realizar ahora en examen de la producción de los últimos quince años, rastreando este asunto. Pero quizás pueda mostrarse alguna referencia útil: por ejemplo, la proporcionada por las revisiones sobre el estado de la teoría social que se hicieron a fines de los ochenta.

Tal vez la más amplia fue la coordinación por Giddens y Turner (1987). Este trabajo se esfuerza por mostrar las principales escuelas en presencia y los núcleos teóricos y metodológicos que más insistentemente preocupan a los científicos sociales. En este cuadro descriptivo se hace evidente el silencio sobre la problemática de género. Y cuando se analizan los principales cortes que puede presentar la realidad social actual se mencionan dos: los sistemas mundiales (que presenta Wallerstein) y el análisis de clases (que desarrolla Miliband).

La ausencia de la temática de género se hace más interesante en una edición donde el énfasis está puesto en la conexión crítica entre micro y macro análisis, discutiéndose así, por ejemplo, el peso de lo instintivo en la conducta humana, la autonomía de lo social (¿es lo social algo más que una ampliación cuantitativa de lo microgrupal?), y por tanto, se debe hasta qué punto lo instintivo guarda una relación lógica con lo social, o por el contrario, existe más bien una relación de enfrentamiento y—según Freud—ajuste. Cuando se propone un área temática donde esas interrogantes operan, se menciona la sociología de la familia, (y quien lo hace es, por lo demás, Ira Cohen). Coherentemente, en el amplio índice temático de la mencionada edición no aparece el término género y la referencia al tema se hace mediante el vocablo “sexismo”, que corresponde al artículo de Miliband, el cual lo usa para referirse a su tesis

de que los otros cortes conflictivos que presenta la realidad social (sexo, raza) no son tan decisivos como el de clase.

Ciertamente, esta revisión de la teoría social es sólo un ejemplo que no exime de un análisis más pormenorizado de la producción teórica actual, pero me parece sólida la hipótesis de que sí resulta una muestra representativa del grado de preocupación que tiene todavía la teoría social por integrar la temática de género.

El problema adquiere mayor dimensión cuando sucede lo mismo desde el otro lado: gran parte de las/os estudias/os del género tampoco están muy preocupadas por la inserción de esta cuestión en la teoría social general. Parecen, en general, satisfechas con el hecho de que la fragmentación teórica que sufren hoy las ciencias humanas les permite un nicho propio, donde pueden desarrollarse. Esta actitud parece justificada especialmente por la idea postmoderna de que el mejor estado de las ciencias humanas es la fragmentación. Sin embargo, ésta me parece una apuesta arriesgada: a pesar de todo, también las ciencias humanas están tensionadas por la acumulación del conocimiento. Es así muy arriesgado afirmar que dicha tensión no va a impulsar a estas disciplinas a salir de la actual crisis teórica y de paradigmas. Si en el pasado ya se pasó por ciclos de articulación-desarticulación-articulación, no sería nada extraño que las ciencias humanas volvieran a articular visión teórica, especialmente si tenemos en cuenta que —como ya sucedió— esta articulación no necesita ser única ni homogénea: puede desarrollarse como competencia entre teorías opuestas o, también, en torno a problemas temáticos históricamente relevantes. En este último sentido, ya se ha mencionado en más de una oportunidad que la preocupación por el futuro común gira progresivamente en torno a la cuestión del medio ambiente (que, por lo demás, trae una fuerza retotalizadora innegable, pro cuanto no puede pensarse fragmentariamente, ni en términos de causas ni en cuanto a soluciones).

Los obstáculos para superar la relación deficiente entre cuestión de género y teoría social general, son bastantes visibles en los espacios académicos. Todo parece operar como en esos conflictos enquistados —al estilo del de Oriente Medio— donde las partes están felices en compartir errores y malentendidos comunes. Las élites universitarias, fundamentalmente masculinas, creen haber resuelto la cuestión con la creación de ciertos espacios donde se realizan los estudios de la mujer, lo que les permite colocar en algún lado ciertas académicas molestosas, sin necesidad de absorber ni entender demasiado sobre esa cosa híbrida llamada género. Por su parte, buena parte de las mujeres dedicadas a

est temática se muestran complacidas con este cuarto propio, donde pueden constituir su propia fuente de poder, sin necesidad de tener que competir con el resto del mundo académico (algo que aumenta el riesgo de rebajar el rigor y la excelencia, dejando ver sobre todo el discurso reivindicativo, lo que permite a las élites confirmar su idea sobre la irrelevancia del tema).

Ciertamente, las perspectivas no son exclusivamente de ese oscuro carácter. Por un lado, si sigue creciendo el segmento de investigadores que trabajan sobre la construcción social de la masculinidad, se estará ensanchando el camino para introducir la problemática de género en la teoría general. Por el otro, el desarrollo de la teoría de género entre las autoras que trabajan esta cuestión, puede también abrir puertas —de hecho, lo está haciendo— desde la otra fuente epistemológica. En primer lugar, porque estas autoras muestran sin mala conciencia cómo necesitan de insumos de la teoría social general y cuáles serían los aportes desde la temática de género. En segundo lugar, porque la propia naturaleza de esta teoría conduce inevitablemente a una visión amplia de la problemática: es cierto que hasta ahora se ha desarrollado más su aspecto categorial (género como construcción social), pero como afirman Teresita De Barbieri (1990) es imposible constituir una teoría digna de tal nombre sin integrar el estudio sobre el otro género y, sobre todo, sin profundizar en el género como concepto relacional (entre ambos sexos/géneros).

Así, una perspectiva posible parece ser la mínima articulación de lo que hemos llamado hasta ahora los estudios de género: un conjunto en el que se integrarían los avances procedentes de las ciencias del comportamiento, el análisis de la construcción social de la mujer y del hombre, las formulaciones sobre el espacio microsocioal (en relación con la temática de la familia, al menos en lo que se refiere a la pareja), las teorías sobre el factor género como eje articulador de sistemas sociales, también en relación con otros (raza, clase); o dicho de otra forma, la integración fáctica y progresiva de un conjunto de elementos, hasta ahora dispersos, los Estudios de la Mujer y la Teoría Feminista, con sus distintos subcapítulos, los Estudios sobre el Hombre, La Teoría de Género en su fórmula general, etc., en un cuerpo más amplio (los estudios de género), que desde luego será mucho más visible en el contexto de las ciencias humanas. Un cuerpo más amplio en el que —algo fundamental— el motor teórico-valórico estará del lado de las mujeres, al menos hasta que la relación deje de darse en términos de dominación, es decir, hasta que la realidad social cambie profundamente.*

UNA INTRODUCCIÓN TEORICO-METODOLOGICA

Teresita De Barbieri



1. Los movimientos feministas, resurgidos en los sesenta, se exigieron y fueron exigidos de comprender y explicar la condición de subordinación de las mujeres. Las primeras militantes rápidamente diagnosticaron que en las disciplinas sociales y humanas hasta ese momento, no había información suficiente que diera cuenta de tal subordinación; que los cuerpos teóricos o bien no trataban la desigualdad entre varones y mujeres o bien la justificaban; que no había una historia al respecto que mostrara la génesis y desarrollo de la dominación y predominio de los valores sobre las mujeres.²

Mediante el ejercicio de intuición y razón a la vez, las feministas lanzaron una primera hipótesis: la subordinación que afecta a todas o casi todas las mujeres es una cuestión de poder, pero éste no se ubica exclusivamente en el Estado y en los aparatos burocráticos. Sería un poder múltiple, localizando en muy diferentes espacios sociales, que puede incluso no vestirse con los ropajes de la autoridad, sino con los más nobles sentimientos de afecto, ternura y amor.

1. Este artículo es la versión escrita, ampliada y corregida de la conferencia realizada en el marco del Taller sobre derechos reproductivos organizado por PRODIR, que tuvo lugar en Sao Paulo del 3 al 7 de diciembre de 1990. Estoy en deuda con las y los participantes del taller por los comentarios y críticas a quienes me es imposible identificar. Una versión más trabajada contó con las opiniones y sugerencias de mis colegas del II SUNAM: Raúl Benítez Zenteno, Regina Jiménez-Ottalengo, René Jiménez, Humberto Muñoz, Eva Ramírez, así como de Fernando Cortés, Héctor Hernández Bringas, Lorenia Parada y Martha Judith Sánchez. Mary Goldsmith y Nelson Minello tuvieron la paciencia de leer y cuestionar diferentes redacciones. Con Antonieta Torres Arias, Marta Lamas y las compañeras de debate feminista estoy en deuda por las pláticas y discusiones de muchos años. Pero todas y todos están eximidos de responsabilidad alguna.
2. El nuevo feminismo que aparece en los años setenta en los países desarrollados, parte y se desarrolla en sociedades que previamente habían acordado el reconocimiento de los derechos humanos contenidos en la declaración respectiva de las Naciones Unidas. Es la extensión de este reconocimiento de las mujeres como sujetos de derecho inalienables e imprescriptibles el ambiente en el que se gesta y desarrolla el movimiento. En otras palabras, puede decirse que el movimiento feminista, en última instancia y más allá de sus diversas orientaciones políticas y teóricas, es la extensión de ese código ético elemental que es la Declaración de los Derechos Humanos, a una categoría social que hasta ahora, a pesar de todo, no goza de los mismos en muy diferentes aspectos de la vida. En el movimiento feminista, por lo tanto, hay un componente ético y moral que no puede soslayarse ni confundirse con moralismos y moralinas necesarias de desterrar.

En la euforia de los grupos y las movilizaciones, la primera actitud fue particida. "Debemos olvidar lo aprendido" —se decía— "sólo rescatar algunos autores y autoras que como Federico Engels y Simone de Beauvoir fueron objetivos y se colocaron de parte de las mujeres". La propuesta primera llamaba a construir una teoría revolucionaria capaz de quebrar el orden existente desde nuestras experiencias cotidianas.

El reto era inmenso y soberbio. Nada menos que hacer tabla rasa de todo lo anterior: rechazar todas las herencias culturales, las formas de pensar, los instrumentos para observar, las ideas y los valores en los que nos formamos.

Pero el problema no era fácil. ¿Cómo construir teóricamente una diferencia del orden de la naturaleza y objeto de estudio de las disciplinas biológicas en un fenómeno social, objeto de estudio de las ciencias sociales y las humanidades?

Una vez más se volvió a plantear la relación entre naturaleza y cultura y a revitalizar las hipótesis del determinismo biológico en la explicación de la desigualdad y política. Y una vez más se llegó a la conclusión de que la variación de los comportamientos sociales están más allá de las diferencias biológicas³, porque entre los seres humanos hasta la satisfacción de las necesidades más elementales de la sobrevivencia —alimentación, vivienda, vestuario, etcétera— están determinadas por construcciones sociales⁴. Para quienes nos formamos en la sociología, la apuesta era reeditar a Durkheim en el célebre capítulo sobre "El suicidio anómico" reemplazando el tiempo físico por la diferencia sexual, pero a sabiendas de que una forma de suicidio es más simple y coyuntural que una diferencia corporal que pesa desde tiempos inmemoriales.

Una de las primeras propuestas identificó la subordinación femenina como producto del ordenamiento patriarcal, tomando la categoría patriarcado de Max Weber, como lo dice claramente Kate Millet. La organización social actual no habría cambiado en esencia, sino sólo en apariencia, el orden existente en las sociedades arcaicas bíblicas. Los varones de la actualidad tendrían pocas diferencias con los padres que disponían de la vida y de la muerte de hijos,

3. Para una reseña del debate véase Lamas (1986).

4. Un ejemplo en relación con la construcción social del sentido de la alimentación la ofrece Duby (1983) en su análisis de la economía europea en la Edad Media.

esclavos y rebaños. Es ése el ordenamiento social a destruir para liberar a las mujeres, que sería a la población femenina lo que el capitalismo a la clase obrera.

Rápidamente, la visión totalizadora del patriarcado se extendió y se incorporó al discurso político y en el hacer académico. Pero no se precisaron —porque evidentemente no había información, ni reflexión, ni tiempo como para hacerla— los elementos constitutivos del sistema: núcleo del conflicto, componentes, dinámica, desarrollo histórico, variaciones, períodos, etcétera. La categoría patriarcado resultó un concepto vacío de contenido, plano desde el punto de vista histórico, que nombraba algo, pero no trascendía esa operación, de tal vaguedad que se volvió sinónimo de dominación masculina, pero sin valor explicativo. Desde el punto de vista político pudo ser útil para la movilización, pero no resistió la polémica con los críticos del feminismo ni permitió dar cuenta de los conflictos inmediatos a resolver en la práctica del movimiento.

De manera paralela, un contingente variado de mujeres académicas en muy diversos países se dieron a una tarea más pequeña, pero que a la larga resultó más fructífera. En lugar de pensar en constituir la teoría producto de un parto como el de Palas Atenea pero en cabeza de mujer, se propuso generar conocimientos sobre las condiciones de vida de las mujeres; rescatar del pasado y del presente los aportes de las mujeres a la sociedad y la cultura; hacerlas visibles en la historia, en la creación y en la vida cotidiana. En principio, una postura más empirista, que partía de reconocer las carencias de información y reflexión existentes. nacen desde entonces en los centros académicos y en organizaciones no gubernamentales los proyectos, programas, institutos y centros de “estudios sobre la mujer” o “sobre las mujeres”⁵, que se multiplican en diferentes países del mundo. Y aún cuando se siguió escuchando un discurso parricida, en la práctica de la investigación, no rompieron con los andamiajes teóricos y metodológicos de las disciplinas en que se formaron, aunque fueron sometidos desde entonces a la crítica constante.

Convendría distinguir desde esos momentos, dos posturas diferentes que han acompañado a la investigación sobre las mujeres: una que centra el objeto de estudio en las mujeres, es decir, en generar, acumular y revisar información e hipótesis sobre las condiciones de vida y de trabajo, la creación y la cultura producida por las mujeres. Otra que privilegiará a la sociedad como generadora de la subordinación de

las mujeres. Para ambas posiciones, construir una teoría es a la vez un proceso largo y lento, que requiere de información muy abundante, de buena información del presente y del pasado y de un ejercicio permanente de diálogo entre hipótesis y datos. Para ambas posiciones la apuesta académica consistió en construir objetos de estudios a partir de recortes de la realidad empíricamente observables, que permitieran formular hipótesis plausibles y teorías de alcance medio, con un asidero más cercano a lo real. Se trataba de ir poco a poco definiendo el sexo social, es decir, observar, dimensionar, dar explicaciones coherentes a los hallazgos acerca de la sociedad dividida en sexos. Renovar y crear técnicas de recolección de información y análisis de los datos apropiados a los objetos de estudio construidos. la elaboración de la teoría quedó propuesta en el corto plazo, mas no abandonada.

Las dos posiciones reconocieron que el problema no era simple, localizado en un nivel, aspecto o problema. Todas las disciplinas sociales y humanas tenía que ser revisadas y por lo tanto, todas estaban convocadas a realizar sus aportes. Ambas planteaban la necesidad de acotar los estudios en el tiempo y en el espacio y controlar dimensiones tales como condición de clase o estatus, localización, grupos de edad, estado civil, etcétera. Pero mientras la primera perspectiva puso el énfasis en la generación de conocimientos sobre las mujeres y los determinantes de sus condiciones sociales, con un claro predominio del estudio de las relaciones mujer-varón y mujer-mujer (Hartmann, 1979), para la segunda, las premisas más generales, explícita o implícitamente formuladas sostenían:

- a) la subordinación de las mujeres es producto de determinadas formas de organización y funcionamiento de las sociedades. Por lo tanto, hay que estudiar la sociedad o las sociedades concretas.
- b) no se avanzará sólo estudiando a las mujeres, el objeto es más amplio. Requiere de analizar en todos los niveles, ámbitos y tiempos las relaciones mujer-varón, mujer-mujer, varón-varón.

Es en esta búsqueda donde surge y se expande en concepto de género como categoría que en lo social, corresponde al sexo anatómico y fisiológico⁶ de las ciencias biológicas. El género es el sexo socialmente construido⁷.

5. El empleo de la palabra en singular o plural no es teóricamente irrelevante, puesto que la mujer hace referencia a una esencial femenina única (el eterno femenino), ahistórica, de raíz a la vez biológica y metafísica. En tanto que las mujeres expresa la diversidad e historicidad de situaciones en que se encuentran las mujeres.

6. En la especie humana se distinguen varios niveles de la diferencia sexual: el sexo cromosómico, el gonadal, el hormonal, el anatómico y el fisiológico. Pero este conocimiento es muy reciente en la historia humana, por lo que puede suponerse que los sistemas de géneros se han constituido a partir de la observación de las diferencias anatómicas y fisiológicas que no han necesitado de microscopios electrónicos para hacerse evidentes.

7. Para una revisión exhaustiva de la literatura sobre la categoría género desde el punto de vista antropológico y de la historia del concepto véase el importante trabajo de Llamas, 1986.

Rubin (1987) lo define como: El conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el que se satisfacen esas necesidades humanas transformadas.

En otras palabras: los sistemas de género/sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas. En términos durkheimianos son las tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto sexuadas.

Los sistemas de sexo/género son por lo tanto, el objeto de estudio más amplio para comprender y explicar el par subordinación femenina-dominación masculina. La apuesta es estudiar estos sistemas de acción social y el sentido de la acción en relación con la sexualidad y la reproducción. Se trata de una categoría más neutra que patriarcado, como señala Rubin (op. cit) —un concepto de mayor generalidad y comprensión.. puesto que deja abierta la posibilidad de existencia de distintas formas de relación entre mujeres y varones, entre lo femenino y lo masculino: dominación masculina (patriarcal, pero otras posibles no necesariamente patriarcales), dominación femenina o relaciones igualitarias. Deja además la posibilidad de distinguir formas diversas en períodos diferentes y como utopía, pensar la liberación de las mujeres desde otras maneras de organización social.

Esta es la ruptura epistemológica de la que se habla en la filosofía, tal vez la más importante de los últimos veinte años en las ciencias sociales (Harding, 1988; Fraser, 1989). Se trata del reconocimiento de una dimensión de la desigualdad social hasta entonces no tratada, subsumida en la dimensión económica, ya en las teorías de las clases, ya en las de estratificación social.

2. Una lectura de la literatura existente da muestras claras de que las cosas no son sencillas en esta materia. Una pregunta es si el grado de elaboración de la investigación en las distintas disciplinas sociales y humanas permite hablar de una teoría. Pienso que estamos frente a conjuntos de hipótesis que no han pasado la etapa de prototeorías o a lo más a teorías de alcance medio, pero que faltan aún muchos vacíos sustantivos y metodológicos por llenar.

Convendría distinguir las diversas maneras en que se emplea la categoría género y el concepto de género, puesto que la literatura existente a comienzos de los años nos muestra usos no unívocos de la palabra. Muchas/os autoras/es sustituyen sin más la palabra sexo por género, en un proceso muy entendible (aunque no exento de frivolidad) una

vez que este último concepto se extiende y se pone de moda. Por ejemplo, en los estudios de tipo macrosocial —en la demografía, del mercado de trabajo, la educación, el comportamiento político, etc.—, a la desagregación por sexo se le llama género, pero no se llena de contenido la categoría, ni se explica a qué hacer referencia. El comportamiento diferente entre uno y otro sexo se analiza e interpreta como valores distintos de una misma variable independiente, pero no se le da el contenido de una construcción social compleja, más allá de la diferencia sexual anatómofisiológica.

Algo similar ocurre cuando la palabra género sustituye a mujeres. Joan Scott (1990) señala que es frecuente en publicaciones e investigaciones históricas hablar de “género e hisotria”, cuando en realidad son estudios de historia de mujeres. Esta observación puede extenderse a otras disciplinas sociales y humanas, y que deriva en lo que en forma un tanto despectiva se denomina “mujerismo” académico.

Lo anterior no quiere decir que tanto las investigaciones macrosociales como las históricas, los estudios de caso, etc., que describen en un momento o lapso determinados aspectos de las condiciones de vida de las mujeres o de las mujeres y de los varones no sean útiles, correctas y necesarias. Pero la categoría género es algo más y requiere de dar espacio a la búsqueda de sentido del comportamiento de varones y mujeres como seres socialmente sexuados. Es decir, tener en cuenta que hay una serie de determinaciones sobre las mujeres y sobre los varones que se expresan en, y a la que responden los comportamientos observados.

En la bibliografía sobre la condición de las mujeres que conozco, yo distingo tres perspectivas u orientaciones teóricas distintas⁸. Una primera es la denominada “las relaciones sociales de sexo”⁹, que privilegia la división social del trabajo como núcleo motor de la desigualdad. Esta corriente ha desarrollado importantes investigaciones acerca de la inserción femenina en el mercado de trabajo, la participación sindical y el cambio tecnológico, se desenvuelve en Francia y una de sus principales exponentes es Danielle Kergoat. En esta perspectiva, el peso teórico del marxismo es muy claro y en particular los estudios sobre la reproducción, aunque no significa que todos los aportes al género que incorporan las perspectivas marxistas se afilien a esta corriente.

8. No me detendré en el análisis sistemático de las diferentes perspectivas teóricas que se han perfilado hasta ahora, aunque reconozco que es una tarea necesaria de emprender a la brevedad.

9. En rigor las autoras que han desarrollado esta perspectiva no emplean el concepto de género, aunque algunas de las inspiradas en ella, pero que dejan de lado la ortodoxia, recurren a él.

Entre quienes estudian la diferenciación desde el género, están —por una parte— las autoras y autores que lo conciben como un sistema jerarquizado de status o prestigio social. Se trata de una perspectiva que en términos generales no ha roto con el funcionalismo sociológico y que en la recuperación de la teoría psicoanalítica, se afilia a las denominadas corrientes del yo, que dan peso mayor a la socialización como aprendizaje de papeles que se repiten a lo largo de la vida. La autora más conocida es Nancy Chodorow (1978) a partir de su estudio de la maternidad. Otra perspectiva considera los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social. Las jerarquías sociales entre los géneros responden más que a prestigio, a resoluciones del conflicto desfavorables hasta ahora para las mujeres frente a los varones. Esta corriente parte del análisis pionero de Gayle Rubin (1986), en el que somete a una crítica feminista las teorías de Lévi-Strauss sobre el parentesco y el psicoanálisis en la vertiente lacaniana. Según esta autora, estas serían las dos principales teorías en las que la diferencia sexual tiene un lugar privilegiado y por encima de otras diferencias¹⁰. Los desarrollos posteriores han incorporado otras hipótesis y lineamientos provenientes de las teorías del conflicto y del poder y recogen los aportes del posestructuralismo —Foucault, Deleuze, Derrida, entre otros. Se trata de una perspectiva en la cual los fenómenos sociales (siguiendo metodológicamente a Marx), se define por las relaciones que guardan entre sí. De ahí que la contextualización se vuelve un principio de primer orden a todo lo largo del proceso de investigación, desde la construcción de los objetos de estudio hasta el análisis de la información y la interpretación de los resultados.

3. Me detendré en esta última perspectiva porque estoy convencida que es la que abre más posibilidades para el análisis de los géneros en América Latina. Para una mejor comprensión, debemos volver a las diferencias anatómo-fisiológicas de los cuerpos humanos. Varones y mujeres tenemos la capacidad desde muy temprano en la vida de producir con el cuerpo. Varones y mujeres tenemos la posibilidad de producir placer en el cuerpo del otro/a. Pero sólo las mujeres tenemos un cuerpo que produce otro cuerpo (Torres Arias, 1989). Mujeres y varones somos imprescindibles para la fecundación, pero sólo el cuerpo de las mujeres ha asegurado hasta ahora —y pese a los intentos desmedidos

de cierta ciencia por eludirlo—, la sobrevivencia del huevo fecundado y por lo tanto de la especie humana. Todo grupo humano que pretenda sobrevivir, debe asegurarse la existencia de un cierto número de mujeres púberes que puedan reproducirlo. Hasta ahora, cualquier varón que desea realizar su posibilidad de paternidad biológica debe asegurarse una mujer dispuesta a gestar, parir y cuidar el fruto de la concepción. Si además desea ejercer la paternidad social sin desarrollar muchos esfuerzos, debe asegurarse una mujer dispuesta a acompañar el largo y lento proceso de maduración, aprendizaje, socialización, es decir, realizar la maternidad social. Por lo tanto, todo varón que busque trascender la muerte a través de la procreación debe pactar con una mujer durante un lapso de nueve o más meses. En sociedades que se proponen sobrevivir por más de una generación —y parece ser que han sido muy pocas que no se lo han propuesto a lo largo de la historia conocida— el cuerpo femenino en las edades reproductivas es valioso y ahí hay un poder particular, específico del cuerpo de las mujeres. Aclaremos: no es que el cuerpo femenino como entidad biológica tenga poder; son las sociedades las que le otorgan poder. ¿Quién o quiénes controla/n la capacidad reproductiva de las mujeres? ¿Cómo ejercen el control sin eliminarlas o destruirlas?

Pero para asegurarse un control efectivo sobre la reproducción, es necesario actuar también sobre la sexualidad, puesto que lo que analíticamente puede separarse, tiene dificultades en el plano de la práctica. En otras palabras, controlar la reproducción de manera que el o los varones puedan reclamar derechos sobre el producto específico de las mujeres, requiere de reglamentar el acceso al cuerpo femenino: ¿quién o quiénes tienen las preferencias en el acceso sexual? ¿Quién o quiénes pueden tener con ella o ellas relaciones sexuales? ¿Cómo crear mecanismos que aseguren a la vez la exclusividad o la preferencia pero que no lo impidan de por vida?

Controlar el cuerpo de las mujeres lleva a dirigir el trabajo de las mujeres, de manera de no dejar capacidad que se escape. Porque podría ser que sin controlar la capacidad de trabajo, las mujeres tuvieran posibilidades de dominar la sociedad o exigir el reconocimiento de su reproducción.

Como se puede ver se habla de control y no de eliminación del cuerpo. Las capacidades de reproducción, de acceso sexual y de trabajo no pueden ser extirpadas a las mujeres, porque si lo fueran desaparecerían y dejarían de cumplir las funciones de sus cuerpos. De lo que se trata, por lo tanto, es de controlar esas capacidades, sin que les sean quitadas.

El problema entonces en sociedades de dominación masculina es cómo, por qué, en qué condiciones, en qué momentos, desde cuándo los varones se apropian de la capacidad reproductiva, de la sexualidad y de la fuerza de

10. Rubin sostiene que *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, es un libro frustrante para los/as lectores/os que conocen las investigaciones antropológicas más recientes. "Sin embargo, las limitaciones del libro no deben disimular su considerable penetración. La idea de que las 'relaciones de sexualidad' pueden y deben distinguirse de las 'relaciones de producción' no es la menor de las intuiciones de Engels" (1986:102).

trabajo de las mujeres. ¿Cómo es que esos poderes de los cuerpos femeninos se trastocan en subordinaciones? ¿Cómo es que los que no tienen en sus cuerpos la posibilidad de gestar, parir y amamantar, transforman el órgano reproductivo visible —el pene— en el símbolo del poder: el falo? ¿Cómo es que si bien tanto el cuerpo de la mujer como el del varón tienen la capacidad de producir placer en el otro/a sólo el cuerpo femenino se constituye como el objeto erótico en nuestras sociedades? ¿Cómo es que la capacidad de trabajo de las mujeres es dirigida por las sociedades a la realización de un trabajo socialmente imprescindible pero desvalorizado?

Estas cuestiones nos llevan a recordar, una vez más, que en la especie humana, el relacionamiento sexual no es sólo un intercambio químico que asegura la reproducción de la especie. Mucho más allá, la sexualidad es el conjunto de las maneras muy diversas en que las personas se relacionan como seres sexuados con otros seres también sexuados, en intercambios que, como todo lo humano, son accidentes y prácticas cargadas de sentido. Hay aquí un plano o nivel de análisis que se juega en el psiquismo, en la constitución de los sujetos y los objetos de deseo, en la primera infancia y la resolución del conflicto edípico, que es objeto de estudio de la psicología profunda, en el cual no voy a entrar. Sólo quiero señalar que el psicoanálisis en sus distintas vertientes, se ha construido teóricamente a partir de la observación y el estudio del aparato psíquico en personas que viven en las sociedades occidentales a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, es decir, en una cultura de dominación masculina particular. Como cientistas sociales nos interesamos por las prácticas, símbolos, representaciones, valores, normas colectivos, compartidos por los integrantes de una sociedad en distintos momentos del tiempo y que son los que se absorben en el psiquismo en los años cruciales de la primera infancia.

Esas prácticas, símbolos, normas, representaciones, etc., son cambiantes. Disponemos hoy de un acervo de conocimientos sobre la historicidad de las maneras del relacionamiento sexual y la reproducción que dejan muy en evidencia las construcciones de sentido a su alrededor, ésas sí sociales y culturales: ideas y representaciones colectivas en torno al cuerpo de varones y mujeres, las relaciones sexuales, la fecundación, los sentimientos, las normatividades muy dispares por las que se someten los cuerpos, los controles que ciertos individuos, grupos e instituciones ejercen sobre los/as otros/as (Aries et al., 1987; Firpo, 1984) y que nos indican que en esta materia se juegan muchas más tensiones colectivas que el placer individual y la generación de nueva vida humana.

4. Desde estas preguntas se derivan algunas consecuencias metodológicas en las ciencias sociales. En primer lugar,

que no existe la mujer, como tantas veces se ha dicho, ni tampoco el varón (o el hombre). Existen mujeres y varones en diferentes situaciones sociales y culturales que es necesario explicitar. La primera tiene que ver con las etapas del ciclo de vida. Estas últimas son también como el género, construcciones sociales como ya lo sabemos a partir de los trabajos de Philippe Aries (1973), articuladas unas con las otras¹¹. Es particularmente importante la o las etapas en que las mujeres y los varones gozan de la plenitud de la capacidad de reproducirse, puesto que a partir de sus conocimientos se pueden captar los elementos clave de las relaciones prevalecientes en el sistema de género, de las maneras en que se ejerce el poder, de las representaciones imaginarias que lo justifican. En nuestras sociedades son las figuras de madre, esposa y ama de casa para las mujeres y las de jefe de familia y sostén económico principal del hogar, padre y esposo desde donde es posible partir para estudiar el núcleo de las relaciones de género¹². Las etapas previas permiten averiguar cómo se moldean niñas y niños para aceptar y ejercer la desigualdad y las jerarquías en función del género: desde el moño azul o rosa en las clínicas obstétricas contemporáneas y el enterramiento de la placenta cerca o lejos de la vivienda entre los mayas, los ritos de iniciación, los aprendizajes y enseñanzas formales e informales y todas las prácticas y símbolos con los que se convive, festeja y reprime en las diferentes culturas. Las etapas posteriores pueden mostrar el mantenimiento o desdibujamientos variados de las distancias y jerarquías y la disminución de la intensidad y fuerza de las normativas respectivas. Como consecuencia, debemos abrirnos a pensar los sistemas de género sexo no sólo binarios, sino también con más de dos géneros, producto de atribuir a las personas en edades y sexos distintos en determinados momentos de la vida, de posibilidades, deberes, normas de conducta específicos capacidad de decisión y autonomía diversas. Por ejemplo, siempre me ha llamado la atención que en las regiones de cultura andina o con influencia de ésta, a las/os bebas/es hasta los dos años se les llama “la guagua”. O el lugar particular que tienen en algunas culturas de evidente dominación masculina, las mujeres que han cerrado el ciclo reproductivo y han pasado la menopausia. Es decir, la dominación de los varones sobre las mujeres no siempre es igual a lo largo de las etapas de la vida socialmente definidas. Por lo demás, la literatura etnográfica e histórica está llena de ejemplos al respecto. Un

11. Es necesario preguntarse si las distancias en torno a las diferencias de edad y etapas de la vida constituyen un sistema en sí mismo o si forma parte del sistema de sexo/género.

12. La fuerte influencia del marxismo en los años setenta, llevó a privilegiar el papel de ama de casa y el análisis del trabajo doméstico en las mujeres de la clase obrera. Desde fines de esa década la maternidad cobra importancia, en tanto que la figura de esposa no parece haberse constituido en objeto de estudio por sí mismo. En relación con las figuras masculinas puede decirse que todo está por hacerse.

segundo ámbito o contexto a delimitar lo constituye la organización de la vida familiar y doméstica, espacio privilegiado de las mujeres e identificado en nuestras sociedades como *el lugar* de la subordinación femenina. Hay que tener en cuenta la composición, tamaño y ciclo de vida de los hogares, porque no todas las unidades domésticas son nucleares en un momento dado, ni lo son a lo largo de la vida de sus familia, como bien lo sabemos en América Latina. En ellas, es necesario distinguir las diferentes posiciones que ocupan las mujeres y los varones y los papeles que cumplan a lo largo del ciclo de vida de las unidades domésticas y las familias. Asimismo hay que tomar en cuenta las relaciones entre unidades domésticas y entre parientes de fuera del grupo doméstico.

El contexto de las condiciones económicas es ampliamente conocido y en la situación latinoamericana tan imposible de quedar desapercibido que no me extenderé sobre él. Se incluyen las diversidades y particularidades regionales y locales. Conviene sin embargo recordar que no es lo mismo un análisis de clase que uno de estratificación social, puesto que en tanto el primero busca comprender y explicar un conflicto, el segundo sólo describe, situaciones desiguales. En ambos, sin embargo, hay elementos de carácter estatuario que redefinen a los géneros: prácticas, símbolos y representaciones que la novelística y el cuento muestran tan bien y que conforman la vida cotidiana y el relacionamiento entre los géneros: las maneras de hablar, vestir, caminar, comer, reírse, etcétera.

En América Latina y en general en sociedades plurales desde el punto de vista racial, es necesario dar cuenta del contexto étnico-cultural, bajo el supuesto que los géneros se construyen de manera distinta en cada uno de ellos. Pero también porque el relacionamiento entre personas de razas distintas redefine las relaciones entre los géneros. Las abundantes monografías etnográficas y los documentos existentes desde la época prehispánica y la colonia, permiten una relectura desde la perspectiva del género. Muy escasos son en cambio los estudios sobre el relacionamiento interracial-intergénero y más concretamente las relaciones varón-mujer, varón-varón y mujer-mujer entre personas de razas, etnias y culturas distintas. Esta perspectiva de análisis es nueva, creo yo, y su puesta en el debate se la debemos en gran parte al movimiento feminista negro de Brasil (Nascimento, 1980), que ha permitido deslindar el conflicto étnico del de clase, como una extensa literatura de inspiración marxista y no marxista pretendió durante muchos años.

Al complejizar el análisis, se llegan a observar algunas cuestiones interesantes. Desde la perspectiva de las clases, se había puesto de manifiesto desde los inicios de los movimientos feministas y los estudios sobre las mujeres en América Latina, las relaciones desiguales entre mujeres que tie-

nen lugar en el servicio doméstico. La investigación histórica pone de relieve que la dominación puede ejercerse de maneras diversas en el tiempo y mostrar que no todo tiempo pasado ha sido peor, como el positivismo y el propio Marx suponían. Pero la ponerse en descubierto las tramas de relaciones sociales en función del parentesco y en los ámbitos familiar y doméstico, es decir, en mujeres que compartan la misma posición de clase —e incluso entre quienes comparten subordinaciones de clase y de raza—, se advierte que la subordinación y la condición femenina se redefine a lo largo del ciclo de vida, y que algunas mujeres pueden gozar de poder sobre otras mujeres. Más aún, en contextos de alta dominación masculina, ésta puede tener como agente dominador a ciertas y determinadas mujeres; al investir las de autoridad, el sistema crea zonas de incertidumbre, divide a las mujeres como género, impide alianzas, la constitución de oposiciones cohesionadas y se legitima como dominación¹³.

5. Teoría y empíricamente, al perspectiva del género como conflicto remite a analizar:

a) los sistemas de parentesco, es decir, las normas y formas del matrimonio, la filiación y la herencia, como lo ha indicado Rubin (1986). Es decir, las tramas de relaciones que orientan las lealtades y solidaridades más elementales entre las personas de sexos y generaciones distintas, incluyendo el tabú del incesto y las normas legales que reglamentan el relacionamiento intra e interfamiliar, así como los conflictos y sus resoluciones en dichos ámbitos¹⁴.

b) Tanto en los ámbitos domésticos como en el mercado de trabajo y en otras esferas de la sociabilidad, es necesario analizar la división social del trabajo según los géneros y las dinámicas particulares de la misma. Para quienes desarrollamos esta perspectiva teórica, la división social del trabajo es un ámbito fundamental del sistema de géneros, pero como consecuencia del conflicto de poder y por lo tanto del control que los avrones ejercen sobre la capacidad reproductiva y el acceso sexual a las mujeres, mas no como la clave desde donde se origina la subordinación-dominación entre los géneros. Es decir, el control sobre la capacidad de trabajo de

13. En México se observa en diferentes contextos urbanos y rurales una situación como la mencionada, vinculada a las pautas del patrilocalidad y la convivencia de suegras y nueras en el mismo espacio doméstico, mas allá del autoritarismo y la neurosis de las actrices. Aunque no ha sido suficientemente estudiado en sus modalidades en consecuencias, se puede sostener que las suegras ejercen el control sobre el acceso sexual, la capacidad de seducción y la capacidad de trabajo de sus nueras, sustituyendo en parte la presencia y el control directo del hijo-esposo. (Veáanse: Aranda, 1990; Da Barbieri et al., 1983; De Barbieri, 1990; González Montes, 1988).

14. Vease, por ejemplo, los trabajos de Aranda (1989) y González Montes (1988).

las mujeres, si bien es uno de los elementos centrales en el sometimiento del cuerpo femenino, no es el único, porque no es el que hace a la especificidad de la diferencia sexual como bien lo observó Rubin (1986).

c) Si el sistema de géneros es un sistema de poder, remite a las maneras como se estructura y se ejerce en los reconocidos del mismo. Es decir, es necesario dirigir la mirada a las definiciones de persona y de ciudadanía en tanto sujetos de derechos y responsabilidades, a las formas y contenidos de la participación en la esfera pública, al Estado, el sistema político (y de partidos) y a la cultura política¹⁵. Estos problemas están cada vez más presentes en la bibliografía sobre las mujeres y los géneros, donde se analiza y reflexiona sobre los movimientos sociales creados por las mujeres (incluido el movimiento feminista en sus diversas corrientes), la participación de las mujeres en el sistema político institucionalizado y la orientación de las políticas estatales dirigidas a atender las demandas de la población femenina. A partir de estos estudios se hacen cada vez más evidentes el carácter masculino de estas esferas, las dificultades para superarlo, los conflictos de intereses opuestos entre los géneros cada vez que los privilegios masculinos son cuestionados y se propone limitarlos, así como las alianzas que pueden trascender el género imputado de los y las actores/as. Es decir, varones que toman partido y se comprometen con las demandas de las mujeres; mujeres que actúan para mantener los privilegios del género masculino. No hay que olvidar además, en estos espacios, que el manejo de la capacidad erótica de los cuerpos (femeninos y masculinos) hace parte de la cultura política, así como las actitudes, el chiste, la burla y el chisme, recursos fáciles para reducir a las contrincantes.

d) El análisis de los sistemas de género remite a considerar la subjetividad de los distintos actores en el sistema, las formas como se estructura el psiquismo y se constituyen los sujetos y objetos de deseo (Rubin, 1986; Torres Arias, 1989; Lamas, 1986).

6. Pensar y tratar de comprender la sociedad dividida en géneros tiene algunas consecuencias metodológicas que quiero resaltar. Por un lado exige recoger y analizar la información a partir de la variable sexo, en la medida en que éste es el referente empírico más cercano e inmediato de observar. Pero será el análisis de la información contextualizada la que podrá dar cuenta del estado de los géneros en una

sociedad y en un momento o lapso determinados. En otras palabras, la variable sexo es condición necesaria pero no suficiente para que un análisis social sea un estudio de género.

En segundo lugar, es necesario estudiar los ámbitos sociales donde interactúan las personas en función de géneros distintos, los espacios de evidente predominio y exclusividad de cada uno de ellos, pero también aquellas esferas de la sociedad aparentemente neutras. Por ejemplo, investigaciones sobre estudios sobre educación, la ciencia, las fuerzas armadas, las iglesias, etc., han sido abordadas hasta ahora desde los conflictos y los intereses de la dominación de clase. Pero un enfoque desde los géneros en estas esferas aparentemente neutras de la sociedad, permitiría conocer con mayor precisión cuán asépticas o sesgadas lo son en realidad, cómo se juegan y redefinen lo masculino y lo femenino y elementos más sutiles, tales como los acuerdos y desacuerdos de intereses en función del mantenimiento de la dominación sobre las mujeres. En la filosofía, por ejemplo, las mujeres dedicadas a la epistemología se preguntan acerca de la neutralidad de género de las ciencias físico-naturales y en particular de las biológicas, no sólo por el lugar marginal que las mujeres ocupan en la investigación y en las burocracias respectivas, sino porque el sesgo de algunos de los resultados de las investigaciones son consecuencia de la construcción de los objetos de estudio, la manipulación de los datos y de las interpretaciones de los mismos (Fox Keller, 1989).

En tercer lugar, hay que destacar que para comprender y explicar los sistemas de género no basta con conocer los ámbitos donde mayoritariamente varones y mujeres se expresan e interactúan, ni los espacios de la "normalidad" por donde transcurre la vida de la mayoría de la población. Se requiere también de conocer las colas de las distribuciones y esas zonas oscuras y límites de la sociabilidad, sobre las que da miedo y produce dolor pensar. Por ejemplo, junto al matrimonio, hay que estudiar el divorcio y el celibato; el comercio sexual femenino y masculino; la hétero, la homo y la bisexualidad y las llamadas perversiones; junto a la maternidad y la paternidad, la esterilidad, la adopción, la negativa a reproducirse, la maternidad asistida, el filicidio, la venta y el tráfico de niñas y niños.

7. Hay algunas otras precisiones que me interesa realizar. Por una parte, como sistema de poder que busca controlar el cuerpo y algunas de sus capacidades, estamos en presencia de relaciones inestables e inseguras. Recordemos la célebre frase de Foucault: "el poder se ejerce, no se posee. No se guarda en una cajita" ni en un closet. Produce verdades, disciplina y orden, pero también siempre está en peligro y amenazado de perderse. Por ello no bastan leyes y normas, amenazas cumplidas y castigos ejemplares. Las/os

15. Tradicionalmente en los estudios sobre las mujeres, como en otros varios objetos de estudio de las ciencias sociales, se ha distinguido entre la esfera pública y la privada. La primera de predominio masculino y exclusión de las mujeres, la segunda definida como el ámbito de lo femenino. Pero esta representación social dicotómica está hoy muy cuestionada y requiere de ser superada (veáanse Pateman, 1988; De Barbieri, 1991).

dominadas/os tienen un campo de posibilidades de readecuación, obediencia aparente pero desobediencia real, resistencia, manipulación de la subordinación. De ahí entonces que los lugares de control sobre las mujeres —en nuestras sociedades el desempeño de los papeles de las madres— —esposas-amas de casa— sean también espacios de poder de las mujeres: el reproductivo, el acceso al cuerpo y la seducción, la organización de la vida doméstica (Torres Arias, 1989). Se vuelven entonces contradictorios, inseguros siempre en tensión. Las mujeres pueden, por ejemplo, tener hijos que no sean del marido, aparentar esterilidad o de plano negarse a tenerlos, embarazarse en situaciones inoportunas, relacionarse sexualmente con otras y otros, seducir para muy diversos fines, negarse a trabajar en el hogar e impedir la sobrevivencia de sus integrantes, incluidos los/as bebés/as recién nacidos, etcétera.

Justamente esa inestabilidad es lo que ha llevado a resolver el conflicto mediante una estructuración del sistema extremadamente poderosa. Porque no hay que perder de vista que el sistema de género incluye también la cooperación entre personas de sexos distintos, el relacionamiento afectivo y el reconocimiento más personal e intransferible, en prácticas sociales en las que además se juegan cuestiones tan fundamentales como la trascendencia de la muerte. Esto significa que la superación del conflicto no puede ser la guerra que mata y destruye al enemigo, sino la negociación permanente (y siempre inestable) que asegure la paz.

8. El género es una forma de la desigualdad social, de las distancias y jerarquías que si bien tiene una dinámica propia, está articulado con otras formas de la desigualdad, las distancias y las jerarquías sociales. Desde el inicio de la investigación sobre las mujeres y los géneros se ha planteado la articulación género-clase, incuestionable por lo demás en América Latina. Una serie de investigaciones, llevadas a cabo en la región a lo largo de la última década sobre los efectos de la crisis de endeudamiento en los sectores populares, sí como los estudios sobre reconversión industrial y del mercado de trabajo, dan cuenta del crecimiento de la participación femenina en la actividad económica generadora de ingresos. El notable incremento de las mujeres unidas, con hijos menores, en actividades asalariadas intensivas de mano de obra ha llevado a hipotetizar sobre la articulación género-clase. Se sostiene que para el capital —nacional e internacional— esas mujeres subordinadas en razón del género y de clase, le ofrecen una de las manos de obra más baratas y explotables del mercado laboral mundial, porque a la vez que capacidad de trabajo, tienen características psicológicas y entrenamiento desde las primeras edades que permiten aumentar los niveles de explotación: sumisión ante la autoridad, disciplina, paciencia para el trabajo tedioso, disponibilidad para extender la jornada de

trabajo, etc. La imperiosa necesidad de cubrir los gastos del hogar cuando los varones adultos y jóvenes no pueden hacerlo, refuerza estas características y cualidades femeninas y permite aumentar las tasas de explotación, la plusvalía y la acumulación del capital.

Pero ya Kate Millet lo señalaba en su trabajo de 1975 y la investigación lo ha puesto de manifiesto una y otra vez que la cuestión es más compleja, puesto que son las distancias de clase, de género, étnicas y raciales y de generación las que se intersectan y articulan unas con las otras. Esto entraña dificultades para la comprensión inmediata, como ya se ha visto, pero además plantea una serie de preguntas sobre el cambio social del sistema de género y de la dinámica de la dominación y de la desigualdad social más generales. Por ejemplo: ¿las distancias de género y generación constituyen dos sistemas con cierta autonomía y dinámicas propias o forman parte de un mismo sistema de diferenciación a partir de características corporales? ¿Cómo se articulan la dinámica de la reproducción del capital con las de las distancias y jerarquías entre los géneros, las generaciones y las razas? ¿Están los cuatro conflictos en el mismo nivel o varían en importancia en la estructuración de las distancias y la desigualdad social y el movimiento más general de las sociedades?

Son —creo yo— preguntas cada vez más claramente formuladas, pero de respuestas aún imprecisas para las sociedades del presente. Para otros tiempos, algunas investigaciones históricas dan pistas y muestran resultados interesantes en los que se articulan dos o más ejes de distancias. Autores como Veyne (1984) cuando estudia los cambios en el alto Imperio Romano, o Dubby (1981) cuando analiza la aparición del sacramento del matrimonio en el norte de Francia en el medioevo, muestran que las prácticas, símbolos y representaciones sociales sobre las mujeres y los varones han cambiado como resolución de conflictos en otras esferas sociales que poco tiene que ver con la sexualidad y la reproducción. Hausen (1975) en cambio, encuentra que el desarrollo de la sociedad burguesa en Alemania en el siglo XIX se fue moldeando con una progresiva polarización de los caracteres de género, que evitó la competencia femenina en los negocios y en la política, a la par que debía reconocerle ciertos derechos.

En América Latina, las respuestas posibles son cruciales para entender la estructuración y la dinámica de nuestras sociedades: una dominación capitalista cada vez más concentrada y excluyente, el machismo devastador, la discriminación racial a grupos y personas no blancas o en proceso de emblanquecimiento, la marginación de las personas en etapas no adultas de la vida. Es decir, muchas otras cosas que, a pesar de los derechos formales, no llegan a constituir-

se e interactuar como sujetos de derecho (personas) y como ciudadanas y ciudadanos.

Para responderlas es tal vez demasiado temprano, puesto que se requiere de mayor investigación y reflexión más profunda que la que se ha desarrollado hasta ahora. Metodológicamente nos obliga a continuar en la línea seguida en la investigación sobre las mujeres que consiste en acotar y contextualizar los sujetos en estudio. Pero cada vez se vuelve más imprescindible conocer a los dominadores: cómo los varones viven y se imaginan que son las relaciones de género. Sería, por ejemplo, de mucha utilidad e interés conocer con alguna precisión y detalle las prácticas y las representaciones sobre el relacionamiento sexual y la reproducción de los varones adultos, obreros, negros e indios en los que hay disonancias de poder y status muy notorias: dominados como clase y como etnia, pero dominadores en las dimensiones de género y generación. Y por supuesto, las de los empresarios blancos y adultos que ejercen el poder y la dominación en nuestros países y en el mundo. Estas líneas de investigación y de reflexión sería muy conveniente que las iniciaran y desarrollaran los varones interesados en las cuestiones de género. No para crear otra división del trabajo más, sino porque dada la virginidad de la cuestión, están mejor pertrechados vivencialmente que las mujeres. A fin de cuentas no hay que perder de vista que toda esta dimensión de las sociedades se constituyó en objeto de estudio y logró avanzar, porque las mujeres pudieron hablar con otras mujeres sobre cuestiones en las que había un marco de referencia común. Y por lo tanto, sensibilidad para plantear hipótesis, preguntas y comenzar a entender el sentido de las respuestas.

9. Quiero retomar ahora el problema del patriarcado. Como se puede ver en una revisión de la bibliografía existente, la categoría género sustituyó en el análisis y en el discurso político sobre la condición de las mujeres al concepto de patriarcado. Sin embargo, en los últimos cinco años, se vuelven a ver con insistencia la reaparición del concepto. ¿Qué ha pasado?

Por lo que conozco, ha habido dos líneas académicas diferentes: una proveniente de la etnología, la arqueología, la etnohistoria y el análisis de los mitos y de textos literarios muy antiguos, la otra proviene de una lectura crítica de los clásicos de la ciencia política.

Mediante la primera se vuelve a la prehistoria y a la crítica a la historiografía dominante acerca de períodos muy antiguos. Se trata sin duda de datos muy fragmentados y dispersos, pero que han permitido revisar las ideas prevalecientes hasta ahora acerca de la evolución de la humanidad, producidas en el siglo XIX (Badinter, 1986). De alguna manera confirman la hipótesis de Engels, en el sentido de que

la dominación masculina y concretamente las sociedades patriarcales son producto de un largo proceso llevado a cabo en las sociedades neolíticas: el descubrimiento del papel del varón en la gestión, el aumento de la productividad del trabajo que permitió la acumulación de cereales, la sedentarización, el empleo generalizado de los metales y la posibilidad de producir armas (es decir, de hacer la guerra) serían los elementos principales que llevaron a la organización de la dominación con base masculina. Esto pasó por cambios fundamentales en las estructuras del parentesco, que de matrilineales y matrifocales, pasaron a ser cada vez más patrilineales y patrifocales (Badinter, 1986; Dupuis, 1987).

No hay que olvidar trabajos de investigación histórica sobre períodos más recientes, muchos de ellos llevados a cabo en la denominada escuela de la *Annales* y en la historia social, los que permiten entender cambios en las estructuras del parentesco, en los sentimientos y en términos más generales, el relacionamiento entre varones y mujeres.

En la segunda vertiente ubico las investigaciones de la politóloga australiana. Carole Pateman (1988, 1990) quien al analizar críticamente el pensamiento de los contractualistas de los siglos XVII a XIX señala que la propuesta de cambio (que al final triunfó en las sociedades burguesas instaurando el orden que hoy día nos rige) sustituye la dominación del padre de familia —amo de siervos, hijos y haciendas—, por la de los hijos-hermanos varones.

Por ambas líneas de conocimiento y reflexión, es posible entonces pensar la dominación masculina con un comienzo en el tiempo, impreciso y vago, pero que permite desligar la subordinación de las mujeres de la evolución “natural” de la humanidad, y entenderla como un proceso histórico de resolución de conflictos. Permite además ver períodos y formas de dominación masculina diversas, los factores y los actores que provocaron el cambio, las alternativas que se dieron a las mujeres y los varones, los discursos que justificaron los cambios promovidos, etcétera. Finalmente, nos permite interpretar las posibilidades y limitaciones de las perspectivas de cambio en la actualidad.

Hubo un período de la historia que fue patriarcal, pero ni siempre ni en todas las sociedades el patriarcado se expresó y se ejerció de la misma manera. Otra cosa es el machismo, forma de organización social y de ejercicio del poder de dominación masculina, pero donde las mujeres existen como sujetos de algunos derechos y en la que tienen algunos espacios de autonomía, pero también muchas indefensión. Un buen objeto de estudio en América Latina, puesto que sabemos que no siempre se jerce de la misma manera.

Para la práctica teórica y para la práctica política se requiere de conocer y explicar los orígenes del problema que

se busca superar. Es seguro que nunca tendremos una historia completa, el pasado es tan remoto y los rasgos-datos tan fragmentarios, que por más que se avance en el conocimiento será difícil tener certezas. Pero por lo menos hay algunos atisbos que nos permiten dar sentido a nuestras propuestas de cambio radical en los sistemas de género/sexo.

10. Como se puede apreciar, comprender y explicar la estructura y la dinámica de los sistemas de géneros no parece ser simple. No se trata de rellenar una teoría, como en un momento ingenuamente se pudo sostener en particular en el ámbito de las mujeres marxistas. Tampoco se pudo efectuar el parricidio propuesto en los inicios del movimiento feminista. Es un proceso en permanente tensión entre teoría y dati, entre hipótesis plausibles que se llevan a contrastar y que de esta operación permite la reformulación de nuevas hipótesis, a la luz de los conocimientos y las teorías viejas y nuevas. Es un rompecabezas que se forma con innumerables piezas pequeñas, que se arman parcialmente y se vuelven a desarmar ante cada hipótesis y cada dato consistente y que arroja nueva luz al respecto. Las discusiones y las carencias señaladas por las feministas de los sesenta, dieron origen a una perspectiva de análisis social que ha permitido ordenar observaciones, plantear hipótesis, analizar informaciones muy dispersas y diversas. Creo que su vigencia prueba el vigor y las posibilidades teórico-metodológicas y políticas que encierra. No obstante, el trabajo acumulado no ha posibilitado construir todavía un cuerpo teórico consistente. Hasta ahora se pueden señalar importantes vacíos que deberán ser cubiertos para poder llegar a hablar propiamente de una teoría. Hay vacíos en los objetos de estudio, el principal a mi manera de ver es el mencionado acerca de la investigación y la reflexión que ha privilegiado a las mujeres y no ha generado información ni

análisis desde la perspectiva masculina y de los varones. Una segunda limitación, la percibo en la carencia de crítica desde la perspectiva del género, de las grandes teorías que han conformado el pensamiento de occidente. No basta repetir que ni Platon ni Aristóteles ni Kant tuvieron en cuenta la diferencia sexual, la sexualidad y la reproducción y que pensaron lo humano como masculino¹⁶. En los países latinoamericanos serían interesante una revisión crítica desde la perspectiva de género de algunos de los autores que han reflexionado sobre nuestras sociedades en distintos momentos históricos. Una tercera limitación que veo radica en el privilegio en las ciencias sociales de los análisis de tipo estructural sobre los del movimiento y la acción, aunque no desconozco los esfuerzos serios que se realizan en esta materia en los centros académicos y feministas de América Latina. Porque en el movimiento y el enfrentamiento es como los actores se perfilan y definen en sus intereses estratégicos y coyunturales, sus potencialidades y sus limitaciones. Por otra parte, la vitalidad de la propuesta del género radica en que ha permitido seguir líneas diferentes de investigación, basadas en última instancia en opciones teórico-metodológicas distintas. Un análisis y una reflexión más consistentes en cada una de las perspectivas señaladas al comienzo, debería afinar aspectos sustantivos de la estructuración y funcionamiento del sistema de género, profundizar en los elementos para la superación y el cambio del mismo así como debería contener propuestas metodológicas específicas¹⁷. Se trata pues de un campo abierto al debate, en el que las diversas perspectivas deberán confortarse en su coherencia interna, en su capacidad de explicación y en las posibilidades que abren a la acción y la transformación de las sociedades y de las probabilidades de vida de las mujeres y los varones.

16. Los trabajos De Pateman (1988), Alvaráz-Uría (1988), Fraser (1989) entre otras/os autores constituyen una línea muy prometedora. Este último autor, por ejemplo, hace una revisión crítica y contextualizada de la obra de Descartes, donde explicita los motivos que llevaron al filósofo a despreocuparse de la diferencia sexual.

17. No recojo aquí la mal llamada "metodología feminista" que se dirige al tratamiento personal con las entrevistadas y encuestadas en los trabajos de campo y que enfatiza la "devolución" del conocimiento a las mujeres objeto de la investigación. Existen, por lo demás, muchas formas de devolución del conocimiento y de compromiso con las personas que se abren y prestan su tiempo a las/os investigadoras/es, a la población afectada y en general a la sociedad. Así como también muy diversas maneras de vincular la generación de conocimientos con las necesidades del mismo de los grupos sometidos.

PERSPECTIVAS FEMINISTAS EN LA VIDA Y EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Marcia Millman y Rosabeth Moss Kanter



A comienzos de los años 70, la introducción del trabajo de las sociólogas feministas Marcia Millman y Rosabeth Moss Kanter identificaba seis críticas que han permanecido como preocupaciones centrales, no solo de la sociología, sino también de otras ciencias. Una de estas críticas se centra explícitamente en el problema de los métodos preferidos por los sociólogos. No obstante, el eliminar los otros errores señalados en la teoría de Millman y Kanter no ha sido o menos importante en la producción de lo mejor de la sociología feminista de la última década. Las críticas hechas por Millman y Kanter aparecen primeramente como objeciones sobre como se aplica la teoría sociológica y sobre los preceptos centrales de algunas teorías sociológicas. Una vez que uno empieza a ver el mundo desde la óptica de las mujeres, se requieren preceptos sociológicos radicalmente nuevos.

El ensayo plantea, además otros problemas interesantes. En sus primeros párrafos, Millman y Kanter toman prestado el cuento sobre el traje nuevo del Emperador con el propósito de explicar como es que el movimiento femenino puede producir retratos empíricos mas adecuados de la realidad social. En este ensayo proporcionan una formulación clara de una de las epistemologías feministas que serán examinadas en el capítulo 12. Pero el lector puede detectar ya algunas de las formas en que las explicaciones de Millman y Kanter se diferencian de las formulaciones tradicionales sobre como alcanzar una mayor objetividad en la ciencia. (Pista: ¿Recomiendan las formulaciones tradicionales la formación de movimientos de liberación social como una estrategia científica?)

El lector encontrara que las críticas sociológicas que Millman y Kanter presentan son poderosas. Este es un buen momento para preguntarse por que las ciencias sociales no han cambiado mucho como resultado de estas críticas. Una posibilidad es que a pesar de la importante contribución que las feministas han hecho en este campo, "las perspectivas feministas han estado contenidas dentro de la sociología mediante la conceptualización funcionalista del género, mediante la inclusión de género mas como una variable que como categoría teórica, y por haber sido ghettotizadas, especialmente en la sociología marxista". Mas aun, la excesiva adhesión de la sociología a los remanentes de la epistemología positivista y la baja posición que la teoría ocupa en esta disciplina también dificulta que los sociólogos aprecien la importancia de los análisis feministas. Un

sociólogo ha sugerido que podría ser muy desconcertante para los investigadores masculinos que se les solicite examinar críticamente las relaciones de genero en sus propias sociedades en vez de en las distantes relaciones geográficas o históricas con las que estudian disciplinas tales como la historia o la antropología. Veremos pensadores en otras ciencias sociales preocupados también por justificar las resistencias frente a la comprensión no-distorsionada de las mujeres y de las relaciones de genero creadas por las preocupaciones históricas, sociológicas y políticas de sus propias disciplinas.

Todo el mundo conoce la historia del Emperador y de su fino y nuevo traje: aun cuando los pobladores se convencieron de que el Emperador estaba elegantemente vestido, un niño, poseedor de una visión no-contaminada, demostró a la ciudadanía que el estaba verdaderamente desnudo. El cuento hace referencia a una de nuestras premisas sociológicas básicas: la realidad es subjetiva, o mejor dicho: esta sujeta a definición social. La historia nos recuerda también que las alucinaciones colectivas pueden ser destruidas por medio de la introducción de perspectivas frescas.

Los movimientos de liberación social son como la historia en este respecto: permiten que el pueblo vea el mundo desde una perspectiva mas amplia porque remueve las coberturas y anteojeras que oscuren el conocimiento y la observación. En la década pasada, ningún movimiento social ha tenido un impacto tan grande y de mayores consecuencias sobre la forma como ve y actúa la gente en el mundo que el movimiento femenino. Como los mirones en el desfile del Emperador, podemos ver y hablar sencillamente de cosas que siempre han estado allí pero que nunca las reconocimos formalmente. De hecho hoy resulta imposible evitar ver algunos rasgos de la vida social que fueron invisibles para nosotros hace apenas diez años.

Para ello invitamos a un grupo de autores reconocidos por su interés en este tipo de problemas para que revisaran críticamente algunos trabajos importantes dentro de sus campos y sugirieran los cambios necesarios para comprender las realidades y las perspectivas sociales que habían sido previamente descuidadas. Todos los autores llegaron a la conclusión de que la visión de la vida social reflejada en las ciencias sociales convencionales era limitada. Entre los temas que emergieron de su trabajo colectivo, notamos seis tipos de críticas importantes:



1. Importantes áreas de cuestionamiento social han sido desatendidas debido al uso de ciertos modelos convencionales de definición de áreas modelos alternativos podrían abrir nuevas área de examen, tanto sobre hombres como sobre mujeres.

Debido a que los sociólogos se han apoyado extensamente en ciertos modelos de estructura social y de acción, ha existido una ceguera sistemática hacia algunos elementos cruciales de la realidad social. La mayoría de los modelos que dominan la sociología se centran en preocupaciones tradicionalmente masculinas y en coyunturas masculinas. Horschind argumenta que el énfasis sociológico en la racionalidad weberiana para explicar la acción humana y la organización social declara fuera de existencia, desde el principio, el elemento igualmente importante de la emoción en la vida y en la estructura social. Ella sugiere un marco sociológico original para analizar las emociones en el estudio de la estructura social. Lofland argumenta que la dependencia incuestionada de los investigadores urbanos en el "modelo comunitario" imposibilitan identificar otras formas importantes de organización social en la ciudad, particularmente aquellas coyunturas y patrones de vida urbana que las mujeres pueblan y dominan. Millam argumenta que el análisis dramático de la desviación y del control social pueden enmascarar el sufrimiento genuino de las personas en esas coyunturas.

Estos temas surgen en debates más generales donde diversos autores cuestionan la sabiduría de varios modelos sociológicos que no utilizan a la persona ni su experiencia subjetiva (de el/de ella) como unidades propias de análisis. Este cuestionamiento nos recuerda los comentarios de Jessie Bernard (1973) y de Rae Carlson (1972) sobre la distinción que hace David Bakan entre dos tipos diferentes de enfoques de investigación caracterizados por la "agencia" o "comunidad". La agencia enfoca en las variables y la comunidad en los seres humanos:

La agencia opera por medio de la maestría y el control la comunidad por medio de la observación naturalista, la sensibilidad a los patrones cualitativos y mediante una mayor participación personal del investigador (Carlson, 1972). Nada en esta polaridad es esencialmente nuevo. Por mas de 50 años he observado uno u otro en la sociología, (por ejemplo, la estadística versus el método, lo cuantitativo versus lo cualitativo, el conocimiento versus la comprensión o el *verstehen*...).

No obstante, lo que es nuevo e ilustrativo es el reconocimiento de un elemento de machismo en la investigación. El proceso específico en la investigación agencial son las preocupaciones típicamente masculinas agencia se identifica con un principio masculino, la ética protestante, la búsqueda Faustiana de la verdad, igual

que con todas las fuerzas hacia la maestría, la separación y la exaltación del ego (Carlson, 1972). El científico que utiliza este enfoque crea su propia realidad controlada. Puede manipularla. El es el maestro. El tiene el poder. El puede agregar, sustraer o combinar variables. Puede jugar con una realidad simulada cual dios del Olimpo. Puede permanecer a distancia, seguro detrás de su escudo, sin involucrarse. El enfoque de comunidad es mas humilde. No alaba el control pues el control contamina los resultados. (Bernard, 1973).

Varios de los autores en esta colección demuestran como la investigación caracterizada por el enfoque cuantitativo, "agencial", falla en captar los rasgos mas importantes del mundo social.

2. La sociología se ha centrado en los actores públicos, oficiales, visibles y/o dramáticos y en las definiciones situacionales no obstante, las esferas de la vida y la organización social, no-oficiales, de apoyo, menos dramáticas, privadas e invisibles, pueden ser igualmente importantes.

Al igual como la sociología ha pasado por alto importantes realidades esenciales mediante el uso de modelos restrictivos para la definición de campos, de la misma manera ha ignorado grandes porciones de la vida social al utilizar nociones restrictivas del campo de la acción social. Cuando se enfocan solo los actores y acciones "oficiales", la sociología deja de lado importantes estructuras sociales privadas, de apoyo, informales y locales en las cuales participan frecuentemente las mujeres.

En consecuencia, no solo sub-examinamos y distorsionamos las actividades de las mujeres en las ciencias sociales, sino que fallamos también en entender como funcionan realmente los sistemas sociales porque no tomamos en cuenta uno de sus procesos básicos: el inter-juego entre las redes informales, interpersonales, y las estructuras sociales formales. Se puede decir que los sociólogos han estudiado solo la punta del iceberg al prestar atención únicamente a los actores y acciones formales y oficiales.

Para los feministas, estas estructuras no-oficiales y menos visibles han asumido cada vez mayor importancia ya que, como dice Pauline Bart (1971), las mujeres tenían que obtener mediante el poder informal la cuota de poder que se les había negado formalmente. Sin embargo, las redes informales también sirven para apoyar y proteger las estructuras sociales oficiales y formales. Judith Lober demuestra como un sistema fraternal e informal de promoción y padrinozgo masculino garantiza que solo médicos varones accedan a las mas prestigiosas residencias y especialidades médicas. Argumenta que esta red informal tiene mas consecuencias que los factores tradicionalmente citados de por

que las médicas mujeres están tan desproporcionalmente agrupadas en las especialidades peor pagadas y de menor prestigio.

Con argumentos similares Roby Kanter y Daniels demuestran de que manera las redes masculinas informales aíslan a las mujeres en el trabajo y burlan las metas de los programas de acción afirmativa. Millman demuestra como la investigación sobre la desviación y al control social se ha centrado en los incidentes dramáticos en coyunturas oficiales, tal como los tribunales y los hospitales psiquiátricos, prestando muy poca atención al tema -igualmente importante- del conformismo a largo plazo con la desviación. También argumenta que los sociólogos no han reconocido la importancia de estudiar el control social, interpersonal, cotidiano y las serie continua de maniobras sutiles que los individuos utilizan para mantenerse, unos a otros, en línea durante las actividades mundanas y ordinarias. Además señala como los sociólogos han centrado su atención en la relación entre las personas oficialmente etiquetadas como desviadas y los agentes oficiales de control social, al tiempo que se excluye a las víctimas, a los miembros de la familia y a otros individuos directamente involucrados pero que no tienen lugar en los procedimientos formales.

Este énfasis en la porción visible, oficial de la vida social también ha pasado por alto importantes estructuras de apoyo a empresas sociales simplemente porque no se encuentran a la luz publica. Kanter señala la necesidad de tomar en consideración estas estructuras en el estudio de organizaciones donde se ignoran las amplias capas de secretarías y oficinistas y la 'organización auxiliar' compuesta por las esposas. Tuchman argumenta que los sociólogos de la cultura se han centrado erróneamente en los "genios" artistas individuales (por lo general, varones ya que las mujeres han sido frecuentemente excluidas de esas oportunidades), y afirma que no es posible comprender la producción de arte sin tomar en consideración todas las estructuras sociales que apoyan los cambios y desarrollos en las manifestaciones artísticas. Afirma que las mujeres han sido cruciales en crear importantes avances en el arte, y aporta como prueba a las mujeres que patrocinaron los salones de arte en Francia en los siglos diecisiete y dieciocho, las mujeres de la clase media que en el siglo dieciocho apoyaron el desarrollo de la novela y de otras instituciones literarias, y las mujeres filántropas de la elite social que financian las artes escénicas en los Estados Unidos contemporáneos. Estos análisis ilustran como las perspectivas sociológicas previas no solo ignoraron la participación de la mujer, sino que fallaron en comprender muchos aspectos del funcionamiento de los sistemas sociales (sean estos culturales, organizacionales, interpersonales o médicos).

Finalmente, existen varias "coyunturas" locales, en lo fundamental pobladas por mujeres, que no han recibido

una atención sociológica seria. Como dice Lofland, importantes facetas de la vida humana, tal como la conducta de los consumidores y dependientes en las tiendas, de las madres y niños en los parques, de las mujeres en los salones de belleza, de las viudas en los cafés...son totalmente pasadas por alto por los sociólogos que dicen estudiar la "comunidad". La importancia de estos aspectos mundanos de nuestra vida social toma mas relevancia dentro de la perspectiva feminista (aun cuando son rasgos de la vida tanto de hombres como de mujeres) porque, como dice Daniels, las mujeres han estado tradicionalmente encadenadas a una existencia de limpiar y cuidar de otros.

3. La sociología con frecuencia asume una "sociedad única" con respecto a hombres y mujeres, en donde es posible hacer generalizaciones sobre todos los participantes, aun cuando hombres y mujeres puedan habitar mundos sociales diferentes, y estos deben tomarse en consideración.

Jessie Bernard (1973) señaló lo fácil que es demostrar que los hombres y las mujeres con frecuencia habitan mundos diferentes a pesar de vivir en una misma localidad física. La propia investigación de Bernard (1972) ilustra de que manera el mismo matrimonio puede constituir una realidad diferente para el esposo y la esposa. No obstante, los sociólogos con frecuencia no toman en serio este importante principio, y en vez de ello asumen generalizaciones que puede ser aplicables a todos en una coyuntura, indistintamente de la ubicación o de la posición. Varios de los autores en esta colección se exceptúan de esta omisión.

Hochschild dice que a pesar de que se afirma que las emociones con los grandes "niveladores" en la sociedad, en la realidad sentimientos tales como el amor y la ira se distribuyen de manera desigual en la estructura social (la ira se orienta hacia arriba y el amor hacia abajo en las escaleras del amor y del poder). Por tanto, las personas poderosas y las personas despojadas de poder habitan en mundos emocionales, sociales y físicos diferentes. McCormack afirma que a pesar de que los estudios de votación han asumido una única cultura política para ambos sexos (en los cuales las mujeres aparecen muchas veces como conservadoras o políticamente apáticas), es más exacto asumir que hombres y mujeres habitan en culturas políticas diferentes. Consecuentemente, su comportamiento no puede ser evaluado según los mismos criterios (masculinos). Myers critica el supuesto de las ciencias sociales de que las mujeres negras adoptan las mismas normas que la sociedad blanca (masculina), así como la inevitable creencia de que —por ello— la baja autoestima es inevitable entre las mujeres negras que son cabezas de familia. Por el contrario, Myers argumenta que las mujeres negras se valoran a sí mismas de acuerdo con sus propias normas y valores y que se sienten orgullosas por su posición fuerte como cabeza de familias

matriarcales. Finalmente, Roby analiza la situación y preocupaciones específicas de las mujeres de cuello azul, de la industria y de los servicios (en oposición a su contraparte masculina) y destaca que se requiere una investigación especial para comprender sus condiciones de vida y de trabajo.

4. En muchas áreas de estudio, el sexo no se toma en cuenta como factor del comportamiento, no obstante, el sexo puede ser una de las variables de explicación más importantes.

Lighfoot, en su crítica a la sociología de la educación, señala que la sociología ha fallado en considerar el hecho de que la mayoría de los maestros son mujeres. Por ejemplo, la investigación se ha negado a considerar temas tales como el impacto de las mujeres que ocupan una posición dominante en el aula (y en ninguna otra parte) sobre la población infantil masculina y femenina; o bien, de qué manera la sexualidad de la maestra afecta su interacción con los niños o niñas. De manera similar, Lorber señala que ya los estudios sobre los médicos han excluido siempre a las mujeres, no sabemos en qué medida el sexo del médico puede afectar las interacción médico-paciente. Kanter plantea que la organización informal en el mundo gerencial puede ser masculina y que las ideologías administrativas sustentan una "ética masculina". Tuchman señala que los estudios de reclutamiento en las carreras artísticas han fallado en considerar el sexo como una variable, gran omisión en una situación donde el sexo es un factor tan importante para la escogencia de carrera y de patrones. En algunos casos, estas omisiones de la presunción de los investigadores de que todos sus sujetos son hombres (en el caso de los médicos, gerentes, artistas); en otros casos, los científicos sociales no ven la dominancia masculina como un problema que demande explicación. Por tanto no discierne el significado de la distribución por sexo en diversas coyunturas. Cuando los sociólogos masculinos (o los hombres, en general) observan una reunión de una junta de asociados, piensan que están observando un mundo sexualmente neutral o a-sexuados, en vez de un mundo masculino. Porque, como sugiere Kanter, las mujeres son las portadoras del sexo.

5. La sociología con frecuencia explica el status quo (y, por tanto, proporciona racionalizaciones para la distribución desigual del poder); no obstante, se necesita que la ciencia social investigue las transformaciones que son necesarias y estimule la construcción de una sociedad más justa y más humana.

Los científicos sociales deben ser concientes del impacto que podría tener su investigación sobre la política social y sobre la legitimización de la actual situación social, y deben, por el contrario, tratar de indicar cuáles transformaciones son necesarias y deben alcanzarse. Como argumenta Roby, se requiere que los científicos sociales actúen en favor de las mujeres trabajadoras del cuello azul centrándose en las necesida-

des de este grupo y proporcionándoles la información que las podría ayudar a ser más efectivas en su propia protección y en el alcance de sus metas. De manera similar, Daniels señala que se necesita, no solo que la investigación se preocupe de analizar y de comprender las condiciones de vida de estas mujeres y las causas y consecuencias de la opresión femenina, sino también debe preocuparse de mejorar sus condiciones concretas de existencia. Por tanto, afirma que el conocimiento podría avanzar más y mejor alternando esfuerzos concretos orientados a la reforma social y reflejando el proceso de tal manera de movimientos sociales.

6. Ciertas metodologías (frecuentemente cuantitativas) y situaciones de investigación (tales como hacer que científicos sociales masculinos estudien situaciones que involucran mujeres) pueden de manera sistemática impedir que surga cierto tipo de información, a pesar de que esta información no descubierta puede ser la mas importante para explicar los fenómenos que se estudian.

Los preceptos y técnicas metodológicos pueden limitar la visión del investigador y producir resultados cuestionables. Tresemer analiza cómo la mayoría de los estudios estadísticos sobre diferencias sexuales conducen a conclusiones equivocadas debido al uso inapropiado de distribuciones bipolares, unidimensionales, continuas y normales. Tresemer sugiere métodos cuantitativos alternativos para explorar estadísticamente las diferencias de género de una manera menos sesgada. Pero los problemas del análisis cuantitativo no pueden limitarse al uso inapropiado de distribuciones. Como hemos señalado antes, varios autores manifiestan sus preferencias por el análisis cualitativo en contraposición al tipo de enfoques cuantitativos tradicionales que tratan con variables en vez de personas y que puede estar asociados a un estilo desagradablemente exagerado de control y manipulación masculina.

Lorber y Millman señala la dificultad que enfrentan los investigadores masculinos al hacer investigación sobre las mujeres: los hombres tienen esta limitación porque con frecuencia son incapaces de asumir el papel de sus sujetos femeninos. Los actores y sujetos masculinos son retratados por los sociólogos masculinos con un empirismo amoroso de manera que podamos ver el mundo a través de sus ojos, observarlos en el proceso de definición, de acción e interacción. Sin embargo, con frecuencia estos investigadores topan con dificultad para alcanzar el mismo nivel de empatía con sus sujetos femeninos. Como reflexiona Lofland, debemos esperar el día en que las categorías socialmente definidas no produzcan este tipo de separación entre los grupos de personas de manera de cada uno de estos grupos carezca de acceso a la mente y a la posición del otro. En ese momento podremos alcanzar la potencialidad de todos los seres humanos de asumir el papel de los otros.



Contenido

Presentación	5
Feminismo y Ciencia	7
<i>Eveling Fox Keller</i>	
Conceptos y categorías para los estudios de la mujer	17
<i>MSC. Grane Prada O.</i>	
¿Existe un método feminista?	25
<i>Sandra Harding</i>	
Los estudios de Género y sus fuentes epistemológicas: Periodización y perspectiva.	37
<i>Enrique Gomáriz</i>	
Una introducción Teórico - Metodológica	55
<i>Teresita De Barbieri</i>	
Perspectiva feminista en la vida y en las Ciencias Sociales	65
<i>Marcia Millman y Rosaberh Moss Kantén</i>	



Imprenta UCA
Universidad Centroamericana
Managua, Nicaragua

Editorial UCA

Colección Alternativa

Serie Género No. 6